



TONI NADAL

TODOS SE PUEDE ENTRENAR

LOS PRINCIPIOS QUE HAN AYUDADO
A **RAFA NADAL** A PERSEGUIR EL ÉXITO

A todo el equipo, el Team Nadal.
En especial, a mi hermano Sebastián.
A todos, agradecido.

Hay que ser un fanático o un tonto para no tener dudas.
TONI NADAL

INTRODUCCIÓN

«Éstos son mis principios;
si no le gustan tengo otros.»
GROUCHO MARX

Quiero aprovechar la introducción de este libro para hacer una aclaración extensiva a todos los capítulos. Es mi declaración de no principios.

Si hubiera escrito o encabezado la mayoría de las frases como deseo, hubiera sido de lo más repetitivo y les hubiera conducido irremediablemente al hartazgo. Si se harta el lector, lo cual es también muy posible, que no sea, por lo menos, por leer en cada frase: yo creo que, según mi opinión, bajo mi punto de vista, pienso que, etc. Pero así es como las encabezaría todas si no respondiera a unas mínimas normas de estilismo.

Lo último que pretendo es sentenciar. Sólo procuro argumentar lo que he hecho en mi trayectoria profesional y vital, que es grosso modo la misma realidad. No me gustaría nada parecer dogmático. Me daría vergüenza y me parecería un atrevimiento dedicarme a dictaminar y a no dejar margen a otra argumentación u opinión. Sé que hay otras formas y caminos para perseguir retos y para vivir la vida. Bajo ningún concepto quiero aleccionar, aconsejar, enseñar, ni, mucho menos, predicar.

Por mi vehemencia, sé que parezco categórico; soy más bien todo lo contrario. Sé que doy una imagen de polemista, contradictorio y hasta desesperante. Los que me tratan a menudo me definen así; por tanto, no lo puedo negar. Sin embargo, esa imagen se debe a una inquietud permanente que no admite descanso. A mí lo que me gusta es rebatir, incluso a mí mismo, y esto me lleva a no dar, casi nunca, con una versión racionalmente definitiva de casi nada.

Una de las cosas que me dan más placer es hablar con personas que aportan nuevos puntos de vista, más o menos acertados; eso casi me da igual si los argumentos son lógicos, explicables y, por consiguiente, enriquecedores. Me gusta hablar con personas que profundizan en las cosas y que no se quedan en la simple superficie, con gente que reflexiona y que busca ahondar en sus convicciones.

A mí siempre me sorprende que uno sea irreductible en sus puntos de vista, opiniones y forma de pensar.

¿Cómo es posible, pienso muchas veces, que la gente tome posiciones tan firmes? ¿No tendrán dudas? Algunas veces tengo la sensación de que es producto de la irreflexión, de haber tomado una postura inalterable y de permanecer anclado en ella por comodidad. Supongo que esto nos hace parecer más solventes intelectualmente, más seguros y, por supuesto, con más personalidad.

Hasta hace unos años, todos los sábados celebrábamos en casa de mis padres una comida familiar. Somos muchos, unos veinticinco, y casi todos muy habladores y ruidosos; pero las discusiones más intensas en nuestra mesa son las que he mantenido desde siempre con mi padre.

Un día surgió un tema de conversación que no recuerdo o que no viene al caso y le pregunté: «Papá, y tú, ¿qué piensas de esto?». Él me miró, hizo una mueca histriónica que se situaba entre la reflexión, la indecisión y la mofa, y me dijo: «Casi me da igual, Toni. Elige tú primero».

Esa forma de ser —debo admitir como retrato fidedigno la valoración sarcástica de mi padre— me lleva a poner en tela de juicio todo lo que no sea empíricamente

demostrable, y la enseñanza del tenis, o la formación en general, no lo es. Dudo que lo sea, para ser más exactos.

La finalidad de este libro es explicar en qué he basado mi labor de entrenador, cuál ha sido mi estilo de trabajo, pero para nada darlo como el adecuado para todo el mundo. Puede que no lo sea, ni tan siquiera para nadie más. Es más, estoy totalmente seguro de que es muy mejorable incluso para nosotros mismos. Pienso, de todas formas, que muchos de los principios que he aplicado son de utilidad para la mayoría de la gente.

Suelo repetir a menudo que si en vez de dedicarme a la enseñanza del tenis me hubiera dedicado a enseñarle a mi sobrino cualquier otra disciplina, hubiera aplicado básicamente los mismos principios. Intentaré describirlos en este libro y se verá, a mi pesar, que nada de esto lo he inventado yo.

Mi método se confunde con mi particular forma de entender la vida. He tenido un empeño en no separarlos jamás, simplemente porque pienso que todo en esta vida tiene un denominador común. Siempre he creído que el aprendizaje de mi sobrino a nivel profesional tendría una repercusión en su forma de vivir. Creo que lo que ha aprendido formándose como tenista le es útil también para su día a día y lo será para el resto de su vida.

Me he basado desde siempre en unos principios universales que han funcionado toda la vida y, por tanto, para mí han sido siempre los más lógicos. Mi forma de trabajar es simple y sencilla. No soy dueño de grandes teorías ni ejecutor de muchas complicaciones.

Durante toda la trayectoria deportiva de Rafael hemos trabajado más o menos igual. Su vida se ha complicado mucho a medida que ha ido cosechando éxitos profesionales, pero nuestro trabajo es básicamente el mismo que el que hacíamos cuando era niño. Sólo hemos ido cambiando pequeños matices y nos hemos ido adaptando poco a poco a las circunstancias.

Seguro que hay otras formas de alcanzar unos objetivos deportivos o profesionales; seguro que hay otras formas de entender la vida. Seguro que cada uno tiene su propia fórmula. Pero esto es lo que nos ha ido bien a nosotros; a mi sobrino como tenista y a mí como entrenador.

La única finalidad de este libro es, pues, contar, a quien le pueda despertar interés, nuestra fórmula, evidentemente válida pero no única, trabajosa pero buena, simple pero efectiva.

NOSOTROS Y NUESTRAS CIRCUNSTANCIAS

Todo el trabajo realizado hasta el día de hoy está enmarcado, y profundamente marcado, por la historia personal de Rafael y por la mía.

Nuestra historia es, en realidad, la suma de dos ambiciones distintas aunque

complementarias que se han forjado de forma paralela. Por una parte, está la aspiración de Rafael Nadal, un niño que desde muy pequeño supo que su pasión era el deporte, y su sueño, dedicarse profesionalmente a él.

Y por otra, está la mía, la de un entrenador de un pequeño club de cinco pistas, en Manacor, con una clara vocación por la instrucción deportiva.

El deporte formó desde siempre parte muy importante de los juegos de mi sobrino y de su forma de relacionarse con el mundo. Fue, y ha sido siempre, su máxima diversión y el motivo de una forma apasionada de entender la vida.

Yo creo que quien le ha transmitido más esa pasión por el deporte, aún a día de hoy, es su padre, Sebastián. De los cinco hermanos que somos es quizás el que menos lo ha practicado pero debe de ser el que lo ha vivido y lo sigue viviendo más intensamente. Y esa intensidad la ha heredado, como mínimo en la misma medida, mi sobrino.

El penúltimo de mis hermanos, Miguel Ángel, fue futbolista profesional en el FC Barcelona, en el RCD Mallorca y en la Selección Española. Mis otros dos hermanos, Rafael y Marilén, son también unos buenos aficionados al deporte; el primero jugó al fútbol en segunda B y en la actualidad sigue practicando actividades deportivas casi a diario, y la segunda juega al tenis desde siempre y compite en todos los torneos para veteranas que se organizan en nuestras islas. Así pues, es fácil entender que el deporte formó parte de la vida cotidiana de Rafael desde el día en que nació.

Yo no era un mal deportista. Tenía cierta facilidad e interés por todos los deportes en general. Competí en disciplinas tan distintas como el ping-pong, la natación, el ajedrez, hasta que finalmente descubrí el tenis. Gané campeonatos en todas estas disciplinas, a nivel local y regional. Creo que no tenía malas aptitudes físicas, pero sobre todo he tenido desde siempre algo que me ayudó, en mi modesta medida, y que he intentado aplicar después en la enseñanza del tenis: entender el deporte como algo simple.

Me acostumbré a adaptar las mismas deducciones sencillas a cualquier disciplina de las que practicaba.

Empecé a jugar al tenis relativamente tarde, sobre los catorce años. A los dieciséis, después de que le contaran a mi padre que tenía aptitudes para el deporte de la raqueta, me fui a Barcelona para acabar los dos últimos cursos del bachillerato y entrenar en el Tenis Club Barcelona.

Ni mi padre ni mi madre, de todas formas, contemplaron jamás la posibilidad de que me dedicara al deporte de manera profesional. Lo consideraban solamente un complemento a mis estudios.

Cuando acabé el bachillerato me matriculé en historia y, al cabo de dos años, me pasé a derecho para complacer a mi padre, que veía pocas salidas profesionales en lo otro. Lamentablemente, no completé ninguna de las dos carreras. No tenía suficiente interés y se me solaparon los estudios con el descubrimiento de que, quizás, había una salida profesional para mí en el mundo del tenis.

Participaba en competiciones a nivel nacional y local, aunque al cabo de un

tiempo me di cuenta de que no iba a ser un destacado tenista. Es verdad que debía dedicar un tiempo a la facultad y a los exámenes, que me había iniciado muy tarde y que competía con irregularidad. En cualquier caso, y fuera como fuere, sólo llegué a ser un tenista de segundo nivel. Esto no supuso para mí ninguna frustración; la percepción que me ha quedado de esa época no tiene nada de amargura. Durante el tiempo que lo intenté me lo pasé muy bien. No me lo tomé como un fracaso irreparable, ni mucho menos mermó mi autoestima.

Lo que hice fue buscar un plan B, otra forma de sentirme motivado y ocupado. No fue una decisión abrupta, en un momento determinado. No lo recuerdo, en todo caso. Más bien pienso que fue una nueva orientación que tomó forma de manera paulatina y que vino motivada por uno de los elementos más característicos de mi carácter: la constante persecución de objetivos.

Desde que tengo uso de razón, creo que ha sido así. Me sentiría desorientado de lo contrario. Perseguir una meta ha marcado siempre mi forma de entender el mundo.

Recuerdo la época en que descubrí el ajedrez, por ejemplo. Me compré unos cuantos manuales —*Ajedrez, Maestro contra amateur, Segundo libro de ajedrez, Práctica de ajedrez magistral*— y los estudiaba con auténtico deleite y sin descanso. Era una práctica, según mi madre, bastante obsesiva. Me estimulaba muchísimo pensar que podría competir en esta disciplina si lograba avanzar cada día un poco más, aprender las tácticas y estrategias. Y así, con el libro de ajedrez todo el santo día debajo del brazo, acabé finalmente compitiendo en los campeonatos locales.

No lo he dejado nunca. Mi amigo, y también entrenador profesional, Pepo Clavet se ocupa de pasear por todo el mundo su tablero y las 32 piezas, que suenan como unas maracas en su mochila, y podemos disfrutar de nuestra común afición en la sala de jugadores de los distintos torneos.

En casa, juego online, a diario con un programa que te permite competir con gente de todo el mundo, pero nada es tan estimulante como la amistosa rivalidad con Pepo, actualmente entrenador de Feliciano López.

A los veintiún años regresé a Mallorca, después de sacarme el título de entrenador, y seguí matriculado en la Facultad de Derecho. Fue en esta época cuando empecé a dar clases de tenis de forma bastante casual. Mi máximo objetivo era perder tiempo, o sea, seguir matriculado en la universidad, para tener una reducción en el servicio militar, que, finalmente, debido a un cambio de normativa en el último momento, no pude disfrutar.

Pronto me di cuenta de que esta casualidad me gustaba y pasé de dar clases a alemanes y a suizos con segunda residencia en Mallorca a trabajar en el Tenis Club Manacor con niños. Al cabo de un tiempo fui el director de la escuela y empezó a fraguarse en mí el anhelo de tener algún día un pupilo que pudiera dedicarse al tenis de manera profesional.

Empecé a diseñar un nuevo objetivo, como en el ajedrez: el de instruir a chavales con miras a competir a nivel local, después regional y más tarde nacional.

Sentí y alimenté desde el principio una aspiración elevada que, por decoro, sólo

podía ser subcutánea. Descubrí, y sigo manteniéndolo, aun después de haber vivido el tenis de élite, que lo que realmente me gusta es trabajar con chavales en sus años de formación. Siempre te vas formando, por supuesto, seas quien seas, pero las edades comprendidas entre los seis, siete años hasta que entras en el terreno profesional me dan mucha satisfacción.

En estos años el aprendizaje suele ser más galopante; los frentes abiertos son unos cuantos. El carácter está en formación, el cuerpo se está desarrollando y el aprendizaje tiene que estar sometido a una adaptación continua. Todo esto me estimula mucho. Además, me gusta mucho también percibir esas ilusiones aún intactas, tan poderosas que son un material precioso para cualquier entrenador con un mínimo de vocación. Recuerdo esos años en la Escuela de Tenis, con mis chavales y también con mi sobrino, como, probablemente, los mejores de mi carrera de instructor.

Suelo contar que mi primer gran éxito como entrenador de tenis fue, precisamente, mi hermano Miguel Ángel. Fue uno de los primeros chicos que entrené de forma más o menos seria. Le preparé para que fuera un buen tenista —tenía aptitudes suficientes— y, sin embargo, conseguí que fuera un buen futbolista.

Bromas aparte, tuve desde los inicios a chavales que contribuyeron a alimentar esa ambición de destacar en el circuito tenístico: Toni, Pilar, Sebastián me dieron muchas alegrías y me ilusionaron de forma constante. Consiguieron satisfacerme como entrenador y demostrarme que trabajando correctamente y con constancia se pueden conseguir buenos resultados aun entrenando en un pueblo pequeño.

Desde que empecé a dirigir la Escuela de Tenis, tuve una obsesión por que los chicos que yo preparaba estuvieran siempre entre los buenos. Me hubiera producido cierto bochorno, una especie de vergüenza íntima, participar en los torneos locales o nacionales y no contar con chicos que destacaran. Y no es porque me considere a mí mismo como un gran entrenador. Espero que no se me malinterprete. Es más bien porque pienso que si uno aplica el sentido común y trabaja con constancia para perseguir unos objetivos, lo normal y probable es lograr resultados. Ganarlo todo es difícil, es más bien imposible, pero no concibo no intentarlo. Yo, personalmente, no he concebido no intentarlo, no tener el particular impulso de despuntar, de intentar hacer las cosas bien y mejorar continuamente. Aún a día de hoy sigo sin tenerme por un gran entrenador, pero me gusta seguir pensando, por principios, que mejorar día a día debería ser posible.

Cuando uno trabaja con objetividad, cuando se hacen las cosas bien y se persevera, algún resultado positivo tiene que haber. Si no es así, uno habría de hacerse algún tipo de planteamiento. Vivir mi trayectoria profesional sin esta persecución constante de mejora habría supuesto para mí mismo una manifestación de dejadez y de cierto autodesprecio. Al final es una mera cuestión de autoestima, de pundonor y, sobre todo, es mi manera de perseguir la satisfacción.

Yo pensaba que si no tenía chicos en la escuela que destacaran, esto significaría que yo era, no un mal entrenador, sino una persona con muy poca consideración hacia

sí misma.

Unos diez o doce años después de haber empezado como director en la Escuela del Tenis Manacor tuve la enorme suerte de que aquella ilusión que había germinado en mí se materializara con el mejor de los guiones.

No sólo fue un alumno mío el que destacó como tenista, el que fue ganando torneos locales, nacionales, internacionales, el que consiguió dedicarse al tenis de forma profesional, sino que fue mi sobrino Rafael, el hijo de mi hermano mayor, Sebastián. Él, que era un niño pequeño cuando yo ya competía con mis otros alumnos, empezó a imaginar un modelo de vida que se ajustaba a la perfección con su máxima pasión desde que fue capaz de jugar con una pelota, con cualquier tipo de pelota.

Rafael fue el primer sobrino para mí y para mis hermanos; el primer nieto para mis padres y un verdadero juguete para todos.

Se crió en ese ambiente que he descrito antes, profundamente marcado por el deporte. Sus cuatro tíos permanecíamos solteros y él se convirtió pronto en un apéndice de todos nosotros.

Puede quedar mal que diga esto siendo su tío, pero vaya en mi descargo que no digo lo mismo de todos mis sobrinos ni, aún menos, de mis hijos; Rafael fue siempre un niño dócil y muy bueno. Su temperamento ha sido siempre tan apasionado como conciliador. Jamás te daba la oportunidad de tener que llamarle la atención o amonestarlo. Disfrutábamos de que viniera con nosotros a todos lados, al fútbol, a tomar un helado con nuestros amigos, a la playa... Era como un bolso. Fue desde el primer día un miembro de la familia con plena participación en todo. Charlábamos mucho de fútbol o de otros deportes y él manifestaba siempre sus opiniones y su entusiasmo.

Un día, cuando tenía tres años, vino con su padre al club de tenis. Yo estaba impartiendo clases y en un momento dado le dije que se acercara: «¿Quieres probar a ver qué tal le das a la pelota de tenis? Mira —le dije—, yo te la voy a lanzar; intenta golpearla con la raqueta». La golpeó un par de veces y mi hermano y yo sonreímos sorprendidos por la destreza que mostró siendo tan pequeño. La red sobrepasaba su estatura pero él logró mandar la pelota al otro lado en todos sus intentos. Lo hizo de forma natural e intuitiva, claro está.

Esto se quedó ahí, evidentemente, aunque algo permaneció en mi cabeza, un poso, el primer matiz de una ilusión tan sólo incipiente. Algo empezó a generarse en mi interior porque buena prueba de ello es que sigo acordándome de ese momento en principio insignificante, veinticinco años después.

Pero aquel día Rafael aún era muy pequeño y prefería jugar con su padre al fútbol en el pasillo de su casa al final de la jornada laboral.

No fue hasta un año más tarde cuando empezó a tomar clases conmigo de forma más asidua. Desde el primer día fue un niño dispuesto a aprender y a hacer todo lo que yo le ordenaba. No se rebelaba, no se impacientaba. Nunca se quejaba.

Y así empezamos, juntos, a alimentar una ilusión.

En muchas ocasiones, sobre todo entre amigos, he contado el mundo irreal y

fantástico que yo inventé para mi sobrino, porque me divertí muchísimo con él. Su temperamento apasionado, a la vez que inocente, era el caldo de cultivo perfecto para hacerle creer todo tipo de barbaridades.

Dicen que la imaginación infantil no tiene límites; bueno, pues la mía no se quedó en la retaguardia. Empecé contándole cuatro tonterías sobre mi persona y, ante su credulidad total, fui animándome y acabé siendo un auténtico fenómeno en distintos ámbitos.

Mi hermano Miguel Ángel había fichado ya por el FC Barcelona y yo le conté a mi sobrino que lo de mi hermano no era nada comparado con lo que yo había hecho en el mundo del fútbol.

«Bah, eso no es nada, Rafael. ¡El buen futbolista de la familia he sido yo!»

En esa época el Milan era el mejor equipo del mundo y le conté que yo había sido el mejor delantero del club italiano.

Le fui narrando partidos épicos en los que yo, el Gran Natali, fui siempre la estrella indiscutible, el que resolvía las mejores jugadas.

Le recitaba toda la alineación: Tortellini y Spaghetti en la defensa, Macaroni y Carpaccio en los laterales, Parpadelle de media punta, Fetuccini en la portería. El Gran Natali, el que los eclipsaba a todos.

En cierta ocasión, se celebró en nuestro pueblo una cena en la Peña Barcelonista y tenía que asistir, junto con mi hermano, su buen amigo Txiqui Begiristain. Yo, que pude saludarlo unas horas previas al encuentro en casa de mi hermano, le dije: «Escucha, cuando entres en el local, yo estaré con mi sobrino Rafael, hazme el favor de saludarme como “el Gran Natali”».

Le conté todos los detalles de mis invenciones y él, que se divirtió con la historia, me ayudó a darle credibilidad total.

«¡Hombre, Natali!, ¡El Gran Natali! —me abrazó con mucho aspaviento—, ¡qué ilusión verte! ¡Con lo que yo te admiraba!»

A continuación pasó a relatarle a mi sobrino lo bueno que yo había sido en el campo de fútbol. ¡Cómo no se lo iba a creer!

Un día organizamos un partido de fútbol entre mis hermanos y unos cuantos amigos y Rafael, que observó todo el partido y muy particularmente se fijó en mí, se fue a su casa desolado.

«¡Natali ya no es tan bueno, papá!», le comentó a mi hermano.

A partir de aquí empecé a contarle que mi declive en el mundo del fútbol, sin embargo, había dado paso a otra época deportiva en la que también había cultivado grandes éxitos: el ciclismo.

Induráin ya había ganado los cinco Tours de Francia. Yo, seis.

En Italia no destaqué tanto, pero tampoco me fue nada mal: tres Giros.

Pero la mayor genialidad fueron siempre los poderes mágicos que yo poseía y con los que podía hacer lo que se me antojara. Lo volvía invisible y nadie de la familia, cómplices de la treta, lo podía ver.

«¿Dónde se ha metido, Rafael?», preguntaban todos, mientras él, que se paseaba

a sus anchas, se moría de la risa con mucho cuidado de no hacer ningún ruido.

Hice llover, durante su primer partido de competición, cuando él iba perdiendo aunque estaba en plena remontada.

A los pocos minutos de que yo detuviera el partido, él, con su habitual confianza, me pidió que parara la lluvia.

«Puedes parar la lluvia, Toni —me susurró después de acercarse sigilosamente—, yo creo que le puedo ganar.»

Cualquier artimaña era fácil e inmediata con mis extravagantes poderes brujos. Yo era rápido, listo, fuerte, ingenioso. Le contaba a diario, por capítulos, todas mis hazañas en el mundo del deporte, y también como hechicero. Él me pedía que le repitiera una y otra vez mis gestas más espectaculares; sobre todo las que tenían que ver con mis éxitos deportivos, que eran las que más le gustaba escuchar.

No dudaba sobre la veracidad de mis historias y, como es natural, sentía una gran admiración por mí, un héroe de carne y hueso capaz de hacer lo más imaginable, en casa.

La diversión estaba asegurada, día a día.

En una ocasión, subí de la playa y él estaba en casa, con mi madre, con quien pasó muchas horas en su niñez. Le dije:

—¡Ufff, vaya mañanita! Estoy molido. Me he ido nadando hasta la raya —esto era usual, la raya era el horizonte, la línea donde se unen el mar con el cielo—, y me he encontrado con un tiburón enorme, hambriento, furioso, con unos dientes afilados como cuchillos. Y, el ignorante, como no sabía que yo soy muy fuerte, ha intentado morderme... ¡Le he dado tal paliza!

—¡Qué dices! ¿Le has pegado a un tiburón? —me preguntó él con los ojos abiertos como platos.

—¿Que si le he pegado? No quieras saber cómo lo he dejado. ¡Se le han pasado las ganas de comer!

Le conté todo el episodio, con todo lujo de detalles y al final le dije:

—Escucha, todo esto no se lo cuentes a tus amigos, ¿eh? Ellos no saben que yo soy tan fuerte. ¡No saben que para mí un tiburón es como para ellos una sardina!

—No, no... Tranquilo, no se lo contaré. No vaya a ser que quieran intentarlo y se metan en problemas.

En esa época, es fácil de imaginar, Rafael no había cumplido aún los siete u ocho años, pero esa inocencia la arrastró hasta bien entrada la adolescencia. Por supuesto, paulatinamente, tuve que ir rebajando la espectacularidad de mis narraciones. Pero esto no convirtió a mi sobrino en un bobalicón, a pesar del temor de mi madre, que me advertía continuamente. Es verdad que siempre ha carecido de malicia o de astucia malintencionada, pero jamás fue un niño atontado; más bien todo lo contrario. Recuerdo un sinfín de pillerías que se gastaban él y sus compañeros cuando estábamos de viaje para disputar torneos. Se bebían medio refresco de la neverita del hotel y rellenaban la botella con agua del grifo, comían dos veces con el mismo vale en los bufetes de los clubs; a esas edades y compitiendo tenían siempre un hambre

voraz, difícil de contentar.

La relación que he mantenido con mi sobrino a lo largo de todos estos años no está hecha en su totalidad de un solo bloque. Consta de distintas facetas que se entrelazan y complementan, pero también que se diferencian entre sí. Por una parte, está la estrecha relación familiar, el sentimiento que se ha ganado él solo a pulso, por méritos propios, según el cual he deseado para él lo mismo que desea un padre para su hijo. Su manera de ser ha estrechado unos lazos que no siempre se dan con tanta intensidad dentro de las familias. Este vínculo es el que disparó mi ilusión y la alimentó de manera muy intensa. Es el vínculo que ha alimentado una unión muy especial, diaria, de juegos cuando era más pequeño, de compartir preocupaciones, ilusiones, alguna confidencia, a medida que él ha ido creciendo. Pero cuando entramos en la pista de tenis, aun cuando era un niño, cuando he intervenido en su formación, en la parte que me ha correspondido —en ningún momento suplantando a sus padres—, surgía otra figura, la de su ascendente, su entrenador o formador; el que era intensamente apremiante, el que impuso desde los inicios una forma muy exigente en el trabajo diario y en las valoraciones respecto a éste. Pocas personas le desean tanto bien a mi sobrino como yo, después de sus padres. Y pienso que él lo ha sabido siempre. Por esto, ha aceptado incondicionalmente mis distintas facetas, las amables y las difíciles de sobrellevar. Se han dado en mi persona una confluencia de actuaciones tan diversas en mi relación con él que sólo un equilibrio buscado a pulso las ha podido gestionar. Yo pienso que no es tan difícil combinar en el ámbito formativo una forma de proceder afectiva positiva, basada en el cariño y en la querencia, con una rectitud que no es conveniente abandonar.

Con todo, pues, ya en sus inicios yo tenía una relación muy traviesa y desenfadada con mi sobrino, de juegos y bromas continuas, pero también ejercía con él una seriedad en el trabajo como entrenador. Desde muy jovencito aprendió a separar lo que era diversión y asueto de lo que era obligación y trabajo. Una cosa no debería estar reñida con la otra, a mi entender. Complementando mi relación afectivo-familiar y no en contradicción con ella he actuado con autoridad porque creo en ella como pilar básico de una correcta formación.

Hoy en día, a medida que los niños han ido ganando protagonismo en la sociedad y se les han concedido tantos privilegios adultos, la forma de relacionarnos con ellos ha cambiado. Actualmente no podemos engañar a los menores con bromas estúpidas. Es como una ofensa. La tendencia, por lo que observo, es tratar a los niños de tú a tú. Hay unos nuevos códigos que nos instan a darles explicaciones de absolutamente todo. Se ha establecido hacerles recapacitar con largas argumentaciones cualquier contratiempo con el que ellos no estén de acuerdo. El «porque sí» y el «porque no», eso que nos repitieron tanto a todos los de mi generación, son vistos como una práctica malévolas. Esto ya no se puede hacer sin incurrir en una falta. Hay que tener en cuenta, sin excepción, su opinión. Hay que valorar con ellos cualquier decisión. Hay que darles voz y voto, porque el criterio infantil ha ganado un terreno que jamás le había pertenecido.

Todas estas consideraciones que, en principio se alejan de lo que pueda contar un simple entrenador de tenis, bajo mi punto de vista son primordiales para cualquier ejercicio de formación. En realidad, son primordiales para mí. Habrá otras formas de entenderlo. Me voy a repetir porque no quiero parecer dogmático. Éstas son mis consideraciones y lo que nosotros hemos hecho. Son mis convicciones personales aun a riesgo de ser considerado un anticuado. Es lo que sigo haciendo con mis propios hijos, aunque seguramente no serán tenistas. La formación que yo persigo responde, como ya he dicho, a una percepción global de lo que hay que hacer, sea cual sea la disciplina y sea cual sea el objetivo.

A mi entender, pues, no podemos tratar a los chicos que se están formando de tú a tú si queremos que nos obedezcan y que se dejen guiar. No podemos pretender que acepten una orden, una petición, una presión si contamos, como inalterable punto de partida, con su opinión. A mí me parece una equivocación dejar de ser autoritarios. Otra cosa muy distinta sería ser violentos, opresivos o agresivos. Yo entiendo que son cosas muy distintas. De hecho, la autoridad, que siempre había sido considerada un eje básico en la formación en cualquier ámbito, el familiar o el académico, se ha ganado, a santo de la demagogia que impera en todos los ámbitos de nuestra sociedad, la peor de todas las consideraciones.

La autoridad es el prestigio y crédito que se reconoce a una persona o institución por su legitimidad o por su calidad y competencia en alguna materia. No logro verle la parte negativa. No concibo que hayamos desvirtuado tanto un principio sin el cual no podemos ejercer la influencia siempre necesaria para llevar a cabo cualquier ejercicio formativo.

Y quien ejerce la autoridad es un autoritario. Bueno pues si uno consulta el diccionario, verá que autoritario es sinónimo de déspota, tirano, dictador, abusivo, opresor. No me cabe duda de que, efectivamente, así ha derivado el significado de esta palabra. Quisiera aclarar que, yo, siendo como fui con mi sobrino, autoritario, para nada fui ninguna de esas cosas. Mi autoridad es de antiguo cuño. He intentado que sea la autoridad del que guía e instruye y jamás ha sido una autoridad violenta, caprichosa o abusiva. No entiendo la aplicación de la autoridad sin ese paraguas afectivo que debería cobijarla siempre.

Estas reflexiones y una observación de los derroteros que están tomando las nuevas generaciones son las que me han llevado a creer que gestionamos bastante regularmente la educación de los jóvenes cuando tenemos más información y más preparación que nunca. Yo no soy ningún experto en nada. Me limito a observar y analizar los valores, o algunos de los valores, con los que fuimos criados y educados en mi generación, y creo que nos estamos desviando si lo que queremos es formar una sociedad de adultos maduros, sensatos y esforzados. Las consecuencias de este cambio ya están a la orden del día. Es una sociedad cada vez más antojadiza, infantil y poco acostumbrada a la adversidad y al esfuerzo.

La mente infantil o adolescente, no desarrollada del todo, inocente y por fraguar es un abanico de posibilidades tan inmenso que sigue siendo objeto de estudio. No soy

yo, desde luego, uno que se haya dedicado a esto y, por tanto, no puedo hacer valoraciones fiables. Sin embargo, me despierta gran curiosidad ver los resultados tan distintos que dan las circunstancias diversas, que pueden ser culturales, socioeconómicas, contextuales, ideológicas, particulares, colectivas, temporales. Las posibilidades son infinitas y cambiantes, dignas, por lo menos, de nuestra atención.

Pero estábamos, antes de desviarme, en los inicios de mi historia en común con mi sobrino, el contexto en el que empezó a desarrollarse todo.

En estos primeros años, Rafael combinó sus estudios en su colegio en Manacor con entrenamientos de tenis conmigo en el club y también con entrenamientos de fútbol.

El fútbol es quizás el deporte que más le ha gustado desde siempre. Jugó en el CD Manacor y fue un chaval destacado en su equipo. Era el máximo goleador y en esta disciplina se caracterizó también por su entusiasmo y su entrega.

Normalmente tenía partido los sábados y se ocupaba de hacernos saber, a todos sus tíos y abuelos, la hora de la convocatoria para que fuéramos a verlo. «El sábado tengo partido a las diez de la mañana en Manacor. ¿Vendrás al partido?», nos decía uno por uno. «Uf, este sábado me resulta imposible. Tengo trabajo», le decía uno. «¿A las diez? ¡Qué mala suerte! He quedado con mis amigas para jugar al tenis», le decía mi hermana.

Le hacíamos sufrir un poco, le hacíamos creer que no iría nadie, pero al final siempre había alguien que iba al partido, casi con la misma ilusión que él tenía, puesto que la importancia que él le daba era ya comparable a la de un auténtico profesional.

A pesar de que hubiera jugado un partido de fútbol, jamás abandonábamos el entrenamiento de tenis posterior. Yo me ocupaba de organizar y ajustar mi agenda de tal forma que pudiéramos cumplir con nuestra obligación. Así pues, se comía un bocadillo, un poco de fruta y del campo de fútbol nos íbamos a la cancha de tenis. Y, si no daba tiempo antes de comer, pues íbamos por la tarde.

Los sábados también retransmitían fútbol por la televisión, partidos de la Liga que disfrutábamos o padecíamos todos con gran pasión y con afectación personal, ya que seguíamos los partidos del FC Barcelona y la actuación de mi hermano Miguel Ángel. Los años del Dream Team fueron motivo de gran alegría en la familia. Lo vivíamos con intensidad y, a mi sobrino, sobre todo, parecía que le iba la vida en cada partido. Ahora le va la vida con cada partido del Real Madrid, como es bien sabido.

También mirábamos juntos partidos de tenis, de los grandes torneos mundiales. A mí me gustaba ver el tenis, desde siempre, pero si lo veía con Rafael sentado a mi lado, era mucho mejor. Tenía un valor añadido. Íbamos comentando todo tipo de cosas. Me gustaba escuchar sus valoraciones y yo le hacía las mías, entendiendo que esto también formaba parte del aprendizaje. Además le hacía notar, los comportamientos que me parecían correctos y los que me parecían poco edificantes.

Un sábado por la tarde daban un partido en diferido —porque era del Open de Australia, si no recuerdo mal— y yo, que lo había visto en directo, sabía cómo iba a resolverse el encuentro.

Jugaba Ivan Lendl y su adversario era, creo, Stefan Edberg. Yo sabía que Lendl, que estaba dominando el partido, iba a tener la mala suerte de lesionarse en el cuarto set. Mi sobrino desconocía que el partido no era en directo.

Íbamos comentando y admirando el juego de los dos tenistas y yo empecé a decirle de forma creciente: «Sí, es verdad, este tío es buenísimo —refiriéndome a Lendl—. Pero ¡estoy empezando a hartarme de verlo ganar! ¡Esto, Rafael, empieza a ser una grosería!». Él se reía de mis comentarios, divertido, y me confirmaba que a él también le parecía que era muy bueno. «Sí, es muy bueno, pero está empezando a cansarme. Te lo digo de verdad, ¿eh? No está bien que gane tanto. Si sigue así, haré que se lesione. Bah, míralo, ¡menudo golpe!». Al rato, Rafael empezó a preocuparse por mis comentarios. «Haré que se lesione. Se lo está buscando», seguí con mis amenazas. «No, Natali, ¡no le hagas esto, por favor!», empezó a pedirme él. «¿Que no? ¡Ya verás si sigue así!», continué una y otra vez, hasta que al poco de empezar el cuarto set, justo en el momento en que yo sabía que iba a pasar, dije: «¡Hala! Que se lesione, ¡ya me tiene harto!».

E Ivan Lendl, por capricho mío, se lesionó.

Mi sobrino ese día se quedó estupefacto. No por mis poderes, a éstos estaba sobradamente acostumbrado, sino por la jugarreta que su tío y héroe acababa de hacerle a uno de los mejores tenistas del mundo. Yo creo que ese día empezó mi declive y mi sobrino empezó a admirarme un poco menos.

Rafael empezó a competir en tenis a partir de los ocho años. Es fácil, pues, imaginar que ya desde jovencito tuvo una vida organizada al minuto: entrenamientos de tenis, de fútbol, competiciones de lo uno y de lo otro, y por supuesto, la exigencia de sus padres de que hiciera los deberes y se aplicara en sus estudios.

Aunque pueda parecer pretencioso, ya en esa época, exactamente cuando ganó el Campeonato de Baleares en una categoría superior a la suya, yo creía en sus posibilidades para ser un buen profesional del tenis en el futuro. Por supuesto, no me atreví a decirlo jamás en voz alta; tan sólo le hice algún comentario a mi hermano Sebastián. Yo sabía que me podía equivocar y que no llegara a serlo, pero soy su tío y mi ilusión era comparable a la de su padre.

Es verdad que las cosas han salido muy bien, pero aun a sabiendas de que podía no ser así, nunca quise renunciar a ese anhelo y a esa confianza en él.

Si, conscientemente, no luché contra ese sentimiento fue por dos motivos principalmente: primero, porque la ilusión es el gran impulsor de muchas cosas, lo que nos empuja a trabajar con perseverancia y a no dejar de perseguir los objetivos marcados. Y en segundo lugar, y quizás el más importante, porque la ilusión es un elemento fundamental en la felicidad de las personas. La ilusión por lo que podemos conseguir da sentido al día a día. Para nosotros, por lo menos, ha sido y sigue siendo así. Un aforismo de Narosky dice: «Mi mayor ilusión es seguir teniendo ilusiones». Lo comparto, pero con una aclaración. Desconozco la filosofía del pensador, pero pienso que no debemos entender tener ilusiones como un regalo que nos viene dado de forma predeterminada. Las ilusiones dependen en gran medida de que nosotros

mismos nos las creemos. De lo contrario, se esfuman, desaparecen y caducan.

En estos años en que Rafael iba a contrarreloj desde que se levantaba hasta que se acostaba exhausto, sufrimos en nuestras propias carnes algo que no ha sido un hecho aislado en mi propia familia: el lugar que ocupa el deporte dentro del sistema educativo y del concepto de formación.

En mi época, por lo menos donde yo me crié, el deporte tenía una importancia muy escasa, si no perjudicial o mutiladora, en el marco de una correcta formación. El deporte se consideraba un mero juego que practicábamos los chavales en la calle, puro entretenimiento que se iba dejando de lado paulatinamente a medida que uno crecía y se iba preparando para ser un adulto como tenía que ser.

No sé exactamente la edad que yo tendría, pero un día llegué a casa tarde para comer y mi madre me increpó preguntándome de dónde venía a esas horas.

El ayuntamiento de Manacor había organizado unas jornadas deportivas y yo había quedado campeón en tres disciplinas: ping-pong, ajedrez y tenis.

Le contesté a mi madre que venía de recoger mis trofeos.

A la expresión de su cara, puro reflejo de perplejidad, le siguió la pregunta: «¿Y tú has participado en las competiciones?».

Esto era lo normal en mi época. Los chavales practicábamos distintos deportes e incluso competíamos sin comentarlo en casa. El deporte no era algo a tener muy en cuenta. Y mis padres, que tenían cinco hijos muy aficionados a las prácticas deportivas desde pequeños, esperaban que al alcanzar la madurez iríamos dejando de lado ese divertimento para formarnos más seriamente en el aspecto puramente académico. El deporte era simplemente parte de nuestros juegos y podía ser en nuestra edad adulta una forma de ocio.

Después vino mi época en Barcelona y se fue materializando el desengaño de mis padres, que vieron como yo no conseguía despegarme de esa afición que me apartaba de los estudios.

Unos años más tarde, vieron como el menor de mis hermanos, Miguel Ángel, conseguía tener una carrera bastante exitosa dentro del fútbol profesional. Mi hermano, como ya he dicho, jugó con el RCD Mallorca en dos épocas distintas, y con ese club ganó una Copa del Rey. Con el FC Barcelona ganó una Copa de Europa y nueve Ligas. Participó en tres Mundiales de Fútbol con la selección y fue considerado uno de los mejores defensas del mundo de su época. La carrera deportiva de mi hermano fue un gran entretenimiento familiar, motivo de muchas alegrías, y un hecho que propició diversas cosas antes insólitas en nuestra familia.

Para empezar, el concepto de entretenimiento de mi padre se vio seriamente alterado. Mi padre es un hombre al que siempre vimos preocupado por su formación humanística. Es maestro de escuela, director de orquesta y titulado superior en piano. También es procurador y API. Fue, además, muy buen amigo de uno de los mejores escritores en lengua catalana que ha dado nuestra comunidad, Miguel Ángel Riera, con el que compartía afinidades y largas charlas. Mi padre, que siempre se había ocupado de ampliar sus conocimientos de filosofía, literatura y, sobre todo, música, su

desmesurada pasión, empezó a hablar de la Liga de Fútbol, del nuevo entrenador que promete mucho, de tal fichaje que incrementará las posibilidades del equipo y de que, en vistas de que Miguel Ángel ha sido seleccionado para el próximo Mundial, tenemos que organizar un viaje toda la familia y seguirlo hasta Reino Unido o Estados Unidos, por poner dos ejemplos.

Mi padre, que como Napoleón tuvo cinco hijos —la música es el ruido que menos nos molesta—, nunca ha dejado de asistir a conciertos en Barcelona, Berlín o Salzburgo, pero aprendió, en contra de sus planes, que el deporte también es un entretenimiento, una posibilidad con la que te puedes ganar la vida y, sobre todo, una disciplina con la que te puedes formar. En parte, por supuesto.

Mi madre aprendió las reglas del fútbol y a disfrutar de este deporte como el resto de la familia. Años más tarde, cuando según ella empezaba a entender el deporte nacional por excelencia, tuvo que acostumbrarse a las reglas de otro deporte que entró con pleno derecho en la familia, el tenis.

El deporte ha llenado muchas horas de nuestra vida familiar en común. Ha sido tema de debate, de preocupación, de ilusiones, de proyectos. Ha sido el hilo conductor de toda una familia que no ha parado de crecer desde que nació Rafael y que se ha convertido, en contra de lo previsto, en una herramienta que jamás hemos dejado de considerar como educativa, también.

A partir de los doce años más o menos, Rafael empezó a sufrir las consecuencias de un sistema educativo que no contempla que un chaval destacado en una especialidad pueda disfrutar de una adaptación necesaria para una vida mínimamente saludable. En esa época ya entrenábamos en la Escuela de Alto Rendimiento en Palma. Teníamos que desplazarnos a la capital cada día, cuarenta y cinco minutos de ida y otros tantos de vuelta. Muchas veces tenía que comer un bocadillo en el coche, estudiar en los trayectos cuando no se quedaba dormido e ir siempre con la sensación de que no llegaba a cumplir con sus deberes académicos. Cuando llegábamos, realizaba a diario un entrenamiento de unas tres horas o, incluso, un poco más. Trabajábamos también los sábados y algunos domingos y festivos si teníamos la sensación de que quedaban cosas por hacer. Todo esto lo compaginábamos con los torneos que tenía que disputar.

En esa época, él ya era campeón de Baleares, de España y de Europa y, sin embargo, en el colegio debía hacer voleibol o atletismo durante sus clases de educación física. A mí siempre me pareció una broma. Me sigue pareciendo una broma y algo inaudito que el sistema educativo contemple la posibilidad de ayudar a los chavales que tienen problemas de aprendizaje —que me parece imprescindible, claro está—, pero que no haya una alternativa que se adapte a los chicos que destacan en una determinada actividad.

Supongo que lo mismo les ocurre a los que realizan estudios avanzados de música, por ejemplo, y que siendo virtuosos tocando el violín en su vida privada, después en el ámbito escolar tienen que tocar la flauta o el xilófono.

Nosotros padecemos una inflexibilidad institucional —los docentes poco pueden

hacer al respecto— que nos costó entender, para que luego, años más tarde, esas mismas instituciones valoraran el sobreesfuerzo que tuvo que realizar Rafael en esos años.

Cuando mi sobrino ha ganado títulos importantes, los mismos políticos que regulan el sistema educativo y tantos ámbitos de la vida social, se han fotografiado con él y han ensalzado muy positivamente su trayectoria.

No desprecio para nada estas manifestaciones, lo único que lamento es que las valoraciones se hagan demasiadas veces de manera retrospectiva. Cuando manifiesto mi opinión, vaya esto por delante, de ámbitos que no son el puramente deportivo, lo hago con total respeto y, espero, con educación.

No pretendo descalificar a nadie con mis apreciaciones, ni tan siquiera a los políticos, que están muy infravalorados en la actualidad, en bastantes casos con motivos sobrados, pero también entiendo que en muchos casos no. Y mucho menos quisiera desprestigiar el papel de los docentes de este país, uno de los colectivos que más valoro junto con el del sistema sanitario.

Mi máxima intención a la hora de hacerlas es la de propiciar que nuestra experiencia sea de utilidad a talentos futuros o presentes que pueden estar sufriendo también un sistema poco flexible.

Si nuestra sociedad valora tanto a los deportistas y los valores que éstos deberían promocionar —y yo pienso que está sobrevalorado, pero éste es otro tema—, no entiendo por qué no hay una intención de facilitar el currículum a los chicos que se esfuerzan en este ámbito.

En el sistema educativo español, aun siendo un sector que valoro muy positivamente, se producen una serie de circunstancias que a mí se me antojan paradójicas.

Por una parte, podemos observar un desprecio bastante creciente y generalizado en nuestra sociedad hacia lo que es la adquisición de unos conocimientos culturales básicos. Voy a poner un ejemplo muy sencillo. En mi época estudiantil empezaron a organizarse los viajes de estudios. Este viaje era, por definición, un viaje cultural, un modo de completar la adquisición de los conocimientos generales humanísticos a base de visitar ciudades de gran peso cultural, como París, Roma, Londres, y sus museos y monumentos. En esa época aún se estimaba la adquisición de una cultura de mínimos, conocer de primera mano las pinacotecas más importantes, haber leído las obras imprescindibles de la literatura universal, visitar los monumentos más icónicos de las ciudades o conocer, por lo menos, su existencia.

Hoy en día los viajes de estudios me parece que se han desvinculado de ese objetivo inicial. Han perdido por completo su sentido formativo y se han convertido en una ocasión más para que los niños monten una juerga a deshora y para que los padres se tengan que rascar el bolsillo muy en contra de su conveniencia debido a la lamentable situación económica actual. Esto es lo que pasa, por lo menos, en nuestra comunidad.

Es un despropósito ver cómo escribimos, yo el primero —a este libro me remito

—, y nos expresamos los españoles en las cuatro lenguas oficiales de que disfrutamos en este país. Y lo peor del caso es que, lo que antes era un hecho sumamente bochornoso, parece que nos tiene poco preocupados. Nos llenamos la boca hablando de la importancia de hablar idiomas extranjeros, que la tiene, sin la menor duda, y maltratamos a diario las lenguas que son nuestras y que tanta riqueza literaria y cultural atesoran.

Y lo peor de ello es que parece que sentimos poca turbación por ello. En todas las épocas anteriores a la actual se ha tenido un máximo respeto y admiración por las personas cultas. De hecho, éste fue siempre un motivo de distinción y una aspiración de cualquier persona con una solvencia intelectual mínima.

Dentro del grupo de personas respetadas en una sociedad estaban los docentes. Se valoraba mucho su papel en el aspecto formativo y, aun habiendo de todo como en todas las profesiones, había un orgullo inherente en la profesión del maestro que preservaba esa aspiración que teníamos todos a intentar ser o parecer menos tontos.

Hoy en día, vemos continuamente casos en los que el más tonto acaba siendo considerado el más listo. El bufón es el rey. Queda patente a diario con los datos de las audiencias que disfrutaban los programas televisivos más grotescos.

Con todo esto no quiero dar a entender que ha mermado la calidad de la educación, nada más lejos de mi intención. Carezco de estos datos. No es éste el problema que estoy intentando describir. Está claro que jamás tanta gente había tenido acceso al sistema educativo público. Jamás habíamos tenido a tantos docentes y tan preparados. Jamás habíamos tenido los recursos que hemos disfrutado durante estos últimos años, a pesar de los recortes económicos que ha sufrido el sector, lo cual lamento de verdad. No voy a adentrarme en estos aspectos porque además carezco de la preparación y los conocimientos para hacerlo. Estoy hablando de otro fenómeno que no sólo sobrevuela, empaña y perjudica al sistema educativo, empaña a toda la sociedad en general. Estoy hablando de una frivolidad generalizada que nos aqueja y que nos hace despreciar todo lo que no sea fácil, divertido, rápido, banal y de sencilla digestión.

Esto, de forma generalizada y poco profunda, es una parte del panorama actual. Asistimos a un desprecio hacia lo que toda la vida había sido la cultura, para considerar como tal lo que nunca lo había sido y ahora lo es. En realidad, lo que estamos haciendo, como describe de manera fabulosa Mario Vargas Llosa en *La civilización del espectáculo*, es otorgar máxima importancia a «la idea temeraria de convertir en bien supremo nuestra natural propensión a divertirnos».

La paradoja, a mi entender, estriba en lo siguiente: si hemos restado importancia a esa adquisición de conocimientos tradicionales —y, repito, lo lamento bastante—, ¿por qué no hemos rellenado el hueco que se ha producido con esos nuevos elementos formativos que aprecia nuestra sociedad y que responden al desarrollo de nuevos tipos de inteligencias?

Más de treinta años después de la publicación de la teoría de las Inteligencias Múltiples de Howard Gardner, seguimos sin prestar atención a un riguroso estudio

mundialmente aceptado por psicólogos, neurólogos y científicos de diversos campos del conocimiento. Seguimos empeñados en conservar un sistema educativo que ignora la pluralidad de la inteligencia humana.

En 1983 este psicólogo estadounidense —que fue reconocido en 2012 con el Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales— publicó *Frames of Mind*. Era la culminación de un profundo trabajo de investigación y, a su vez, una revolución porque, por primera vez, introdujo el concepto «múltiples» para resaltar el número desconocido de capacidades humanas y el concepto «inteligencias» para resaltar que estas capacidades son tan fundamentales como las que tradicionalmente han detectado los test de CI (Cociente o Coeficiente Intelectual) y las únicas en las que están basados los sistemas educativos del mundo civilizado; eso sin contar con algunas opciones alternativas, muy encomiables, pero privadas.

Desde el principio Gardner ha realizado sus estudios con un grupo de investigadores y colegas de la Universidad de Harvard, lo que se ha denominado el Proyecto Zero, y han tenido el respaldo, la colaboración y la ampliación en contenidos de otros reconocidos investigadores a nivel mundial.

Por lo visto, los test de CI predicen con una precisión considerable el éxito escolar. Pero la escolarización o los sistemas educativos tradicionales están basados fundamentalmente en el desarrollo de las capacidades lógicas o lógico-lingüísticas. Esto explica por qué en muchas ocasiones estudiantes que fueron normales o mediocres han tenido un éxito considerable cuando han tenido la oportunidad de desarrollar sus capacidades en el ámbito laboral adecuado para ellos, y en cambio, algunos estudiantes «brillantes» en su época escolar han sufrido experiencias decepcionantes cuando han entrado en un mundo laboral que se ha apartado de su encasillada capacidad lógica o lógico-lingüística.

Y ahí es donde empezamos a vislumbrar la importancia de la teoría de las Inteligencias Múltiples. Esta teoría pluraliza el concepto tradicional y, por tanto, lo pone a prueba, por no decir que lo hace tambalear.

En *Frames of Mind* Gardner hace una primera descripción de siete inteligencias que él detectó y demostró: la inteligencia musical, la inteligencia cinético-corporal, la inteligencia lógico-matemática, la inteligencia lingüística, la inteligencia espacial, la inteligencia interpersonal y la inteligencia intrapersonal.

Posteriormente se ha añadido la naturalista y se ha aceptado de forma unánime e inapelable la multiplicidad de la inteligencia humana así como tantas combinaciones entre ellas como seres humanos hay en este planeta.

Sólo en mi familia se han dado dos casos que corroboran la teoría de Howard Gardner y la conveniencia, entiendo yo, de plantearnos otro tipo de educación que tenga en cuenta la multiplicidad de la inteligencia humana.

Para mi hermano Miguel Ángel y para mi sobrino Rafael la escuela fue un universo formativo bastante ajeno a sus características personales más destacadas.

Con lo poco que sé, puedo deducir, sin embargo, que ambos tienen un buen desarrollo de la inteligencia cinético-corporal o kinestésica. Los kinestésicos tienen la

capacidad de utilizar su cuerpo para resolver problemas o realizar actividades. Dentro de este tipo de inteligencia están, además de los deportistas, los cirujanos, los actores o los bailarines.

Si la sociedad piensa que este tipo de actividades no deberían tener tanto peso y, por tanto, no deberíamos procurar su máximo desarrollo, entonces quizás podemos dejar las cosas tal y como están. Pero si, como yo espero, valoramos positivamente el trabajo de un buen cirujano, de un buen actor, de un buen deportista, entonces deberíamos replantearnos el sistema actual e intentar favorecer el despliegue de distintas capacidades.

He puesto un ejemplo muy somero centrándome sólo en un tipo de inteligencia, pero los ejemplos se multiplicarían si atendemos a tantas inteligencias como individuos y a tantas actividades que de ellas se puede beneficiar nuestra sociedad.

Yo, me repito, no sé cuál es la solución, pero imagino que hay personas preparadas y con el sentido común suficiente para rediseñar un sistema más justo y de mejor calidad.

Aun adentrándome en terrenos desconocidos para mí, osaré decir que necesitamos educar a nuestros jóvenes por encima de todo en el interés por las cosas y en darles las herramientas para descubrirlas.

Hay que perseguir unos conocimientos de cultura general básicos y de calidad, claro que sí. Hay que saber expresarse bien. El idioma es fundamental; el uso que sepamos hacer de él es lo que más nos define ante el mundo. Hay que aprender a reflexionar bien, a argumentar y a sacar conclusiones. Ya podemos tener muchos conocimientos que si no sabemos analizarlos, sintetizarlos y expresarlos, difícilmente nos servirán.

Hay que abrir el sistema educativo al desarrollo de nuevos tipos de inteligencia. Deberíamos ser capaces de identificar otras capacidades aparte de las tradicionales y no correr el riesgo de expulsar otros talentos como los que tienen mi hermano y mi sobrino. Si no llega a ser por la intensa intervención familiar y por un componente de suerte, probablemente se habrían desperdiciado. Soy consciente de la osadía de la última palabra.

Y, por supuesto, hay que introducir valores en el sistema educativo. En este sentido, los docentes necesitan la ayuda de toda la sociedad porque si no es así, la labor es demasiado ardua para ellos. El valor del respeto hacia el maestro, hacia sus conocimientos y hacia el bien que les hacen a nuestros hijos. El valor de querer esforzarse y de que este esfuerzo tenga buena prensa. El valor de cuidar nuestros colegios e institutos, que están, en muchos casos, deteriorados por el mal uso que hacemos de ellos.

El valor de toda una sociedad que quiere otorgar a los docentes el prestigio del que disfrutaron antaño y que los hizo un pilar valorado dentro de ella.

Todos estos valores, junto con los conocimientos que nos han regalado estudiosos como Howard Gardner, deberían ponerse en práctica, pienso yo, a pesar de ser consciente también de la magnitud de lo que deseo y de lo bonito que queda

cuando uno lo escribe en un libro como éste aún auténtico inexperto en el tema.

LA EXIGENCIA

«La finalidad de un maestro debería ser conseguir que el alumno quiera hacer lo que debe hacer.»

DANIEL GOLEMAN

La segunda entrada del diccionario de la Real Academia Española de la Lengua define la palabra «exigencia» como «pretensión caprichosa o desmedida».

Esto me ha llevado a plantearme si debería buscar otro título que se acerque más al contenido de este capítulo. No se me ha ocurrido ninguno. Sigo pensando que es el más adecuado, aunque no estoy de acuerdo con esta definición y soy consciente de que o bien dejo constancia de mi ignorancia o bien tengo una visión distorsionada de mí mismo. Para mí la exigencia es, en verdad, una pretensión, pero, bajo mi punto de vista, no tiene por qué ser ni caprichosa ni desmedida. En todo caso, no debería considerarse así de forma predeterminada y por definición.

Puedo afirmar con rotundidad que la exigencia ha convivido con nosotros desde siempre, desde los inicios tenísticos de mi sobrino. Ya en esos años iniciales, cuando la diversión era la nota dominante en nuestras sesiones tenísticas, establecimos un código de trabajo en el cual la exigencia tiraba de mi sobrino. Según mi entendimiento, una cosa no está reñida con la otra.

Rafael era un niño pequeño cuando empecé a entrenarlo, pero yo creo que a un niño también hay que imprimirle unas obligaciones y unos objetivos; el niño, en cualquier ámbito, el escolar, el familiar, el deportivo, necesita de unos instigadores que lo lleven a formar su capacidad de aprendizaje y de trabajo.

Es un hecho que la tendencia actual es intentar que los más pequeños vivan en un universo perpetuamente «de cuento» en el que la finalidad máxima es dar preferencia a un mundo ideal, lúdico, bonito y carente de obligaciones o problemas. Jamás habíamos desarrollado una sociedad tan protectora como la actual. Usamos eufemismos para hablarles de cualquier contratiempo o situación que juzguemos un poco adversa para su frágil entendimiento de la realidad y, no digamos, para hablarles de temas más serios pero igualmente presentes en nuestras vidas, como son los problemas económicos, las desigualdades sociales, etc.

Los niños han pasado a ser el centro de los núcleos familiares. Los planes para el fin de semana se hacen pensando en ellos, las vacaciones también, y prácticamente todos los momentos de ocio. Los padres vemos con ellos sus canales de televisión, que se han multiplicado en los últimos años. Es obligatorio ir a todos los estrenos infantiles en el cine, que no son pocos, y dejamos de ver las películas más adecuadas a nuestra edad porque ellos son lo primero. Vamos con ellos al circo, a los musicales infantiles, a los parques temáticos nacionales y extranjeros. Los acompañamos a mil fiestas de cumpleaños, de Halloween, actuaciones de Navidad y de fin de curso en el

colegio, con la grabadora en marcha, siempre, para dejar constancia para la posteridad de sus grandes actuaciones, logros y hazañas. Todo esto, y muchas más cosas que me he dejado, hay que hacerlo porque si no es así, eres un padre que no piensa en la felicidad de sus hijos y en proporcionarles lo mejor que se le puede proporcionar a un niño: la diversión en bandeja.

Yo no digo que el acercamiento afectivo que se ha producido en estos últimos años entre padres e hijos esté mal, siempre y cuando no suponga una inversión antinatural de los roles. En mi época, que está muy caduca ya, estaba muy claro que los progenitores tenían una ascendencia sobre los hijos. Los hijos íbamos siempre por detrás de nuestros padres y, por supuesto, de nuestros abuelos. Era lo natural y lo indiscutible. Yo pienso también que era lo más formativo. Dejando de lado las excepciones que han habido siempre y que siguen habiendo hoy en día, crecer en un ambiente en el que se da por consabido que los jóvenes y niños se están formando y por tanto aún no deciden, ni dominan, ni imponen, me parece lo más adecuado y acertado. Eso no quita, para nada, y ésa es la errónea creencia tan extendida hoy en día, que puedas criarlos en un ambiente con todo el cariño necesario para una formación emocional correcta.

El panorama actual desmonta esta concepción, tan anticuada ya, que yo viví en mi niñez. Hay una frase que no debe resultarle ajena a casi nadie con hijos y que define perfectamente adónde hemos llegado: «Lo más importante es que los niños se lo pasen bien». La he escuchado un sinfín de veces cuando llevo a mis hijos a entrenar al fútbol o al tenis o al baloncesto, que es lo que hacen los míos, pero se puede extrapolar a cualquier otra actividad que realicen los niños. En eso estoy también en desacuerdo. No me gusta para nada que el máximo objetivo sea que nuestros descendientes se lo pasen bien. Para nada. Es más, me sentiría estúpido si yo, que he rebasado la cincuentena, me dedicara a entretener y a divertir a mis hijos. Mi dedicación y mi máxima aspiración es intentar formarlos bien. Lo del entretenimiento les será más fácil si consigo que sean adultos cabales y no adultos caprichosos.

A mí, como a cualquier padre, o en el caso de mi faceta profesional, como entrenador, también me gusta ver cómo mis hijos o cómo mi sobrino se lo pasan bien. Pero para que este beneficio sea duradero no puede ser ni el punto de partida, ni la nota dominante. Es por esto por lo que procuro que el esparcimiento esté más bien contenido.

La diversión, aunque a mí me gusta más perseguir la satisfacción, para que sea duradera, tiene que ser merecida. Y no entender esto desde el principio nos lleva inevitablemente al fracaso. Si buscamos la diversión, tanto la nuestra como la de nuestros hijos, en elementos externos, en lo que se consigue fácilmente y sin esfuerzo, en cosas que se han inventado para divertirnos, estamos abocados al fracaso o, cuando menos, a la insatisfacción. Si es así, los elementos que producen diversión tienen que renovarse continuamente porque enseguida nos hartan, dejan de ser novedad y hay que sustituirlos urgentemente por otros.

Esta forma actual de entender la diversión, una diversión de usar y tirar, está

reñida, según mi entendimiento, con el sosiego y la tranquilidad que produce la verdadera satisfacción.

Todo esto que he expresado de forma tan general y tan generalizada me parece un desatino que nos conduce a tener una visión bizca de muchos valores tan injustamente denostados a día de hoy. Uno de ellos es, sin duda, y como ya he mencionado, la exigencia.

Yo creo que la exigencia es necesaria a lo largo de toda la vida; es más, pienso que da mucho sentido a la vida. Me cuesta concebir una vida que no tenga unos objetivos, unas ilusiones y, por consiguiente, unas exigencias.

No entiendo cómo hemos logrado valorar este concepto tan negativamente.

Mi sobrino, que ha soportado una gran exigencia, primero impuesta por mí, y después, paulatinamente, impuesta por él mismo, creo que ha vivido muchas satisfacciones y que ha recibido muchas recompensas debido a ello.

Es verdad que el término «exigencia» es muy relativo y que cada persona tiene unas características que la hacen más o menos predispuesta a aceptarla. Un niño no tiene la misma capacidad de esfuerzo que un adulto porque tiene mucho más desarrollada esa dispersión propia de su edad, pero eso no significa que no debamos instruirle en el esfuerzo.

Ya desde el principio dediqué muchas horas a explicarle a Rafael todo lo que yo creía vital para su evolución. Desde muy pequeño le obligué a plantearse cuáles eran sus objetivos y a ser consecuente con ellos. La exigencia es esto. Nada más. Ser consecuente con una meta, con los desafíos que se plantea uno mismo.

Recuerdo que yo le decía: «Rafael, ¿adónde quieres llegar? ¿Cuál es tu meta? ¿Quieres ganar el torneo de Manacor o el Campeonato de Baleares? Si tu objetivo es ganar el torneo de Manacor, ya hemos entrenado suficiente. Podemos irnos los dos a casa y entretenernos en lo que más nos plazca. Pero si lo que pretendes es ganar el Campeonato de Baleares, tranquilo, que hay que entrenar más, porque esto no es un sorteo, no lo ganarás mirando dibujos animados. Sólo lo gana el mejor de las Baleares. Y si quieres ser campeón de España, aún hay que entrenar más».

Durante su formación fui muy incisivo haciéndole este tipo de reflexiones. Una parte importantísima en mi labor de entrenador, podría afirmar que la más importante de todas, ha sido hablar con mi sobrino, hacerle estas reflexiones y repetírselas continuamente, ponerle ejemplos de futbolistas, de otros tenistas y de otras personas que con exigencia y tesón habían conseguido sus propósitos.

Aprovechábamos las muchas horas que pasábamos juntos, los muchos trayectos en coche, para hablar de su próximo objetivo, de lo que había que mejorar, de la intensidad que habíamos de perseguir en el entrenamiento, de lo importante que era entregarse a fondo.

Siempre he intentado que Rafael entrara en la pista de entreno, no ya de competición, con unos objetivos que le marcaran una exigencia a imponerse. Y, de hecho, mi sobrino se ha caracterizado siempre por imprimir gran ritmo e intensidad en sus entrenamientos diarios. Cuando entra en la pista, tiene en mente lo que tiene que

hacer, qué persigue o qué quiere conseguir.

Normalmente, si sus problemas físicos no se lo han impedido, ha trabajado muy seriamente en todos los entrenamientos.

Esta manía mía, que hartaría al más paciente, de hablar y reflexionar con él durante horas responde a mi concepción entronizadora de la exigencia y a una intención de transformar la exigencia impuesta por el maestro en exigencia autoimpuesta por el propio pupilo. Yo he pretendido siempre que mi sobrino hiciera suya la reflexión, que la adoptara y que actuara en consecuencia. Mi máximo objetivo era lograr que fuera autoexigente.

En términos puramente tenísticos, siempre intenté que fuera él quien tomara las decisiones; que él mismo supiera percibir la acción adecuada al reto.

Es muy común que los entrenadores hagan ejercicios en la pista de repetición de pautas. Por ejemplo, ejercicios tipo, drive, revés, subir a la red y hacer una volea o un *smash*. A mí particularmente no me ha gustado nunca hacerlos. No me gustan las pautas repetidas. No me gusta lo mecánico porque implica no reflexión. Yo intenté siempre que llevara a cabo cualquier acción bajo su propia decisión. Y que su decisión respondiera de forma consecuente con un objetivo. Por ejemplo, le hacía jugar y le decía: «En los próximos diez minutos quiero que subas a la red, cuantas más veces mejor, o que hagas tantas voleas, o tantos golpes ganadores... pero hazlo bajo tu criterio, no esperes a que yo te lo diga, hazlo cuando tú quieras, pero has de querer por ti mismo». De esta forma, pensaba yo que le traspasaba la exigencia a él. La toma de decisión era suya, no estaba tan orquestada y, por tanto, ponía en marcha su propio mecanismo para obligarse a hacer algo.

Es un mero ejemplo.

Como he explicado ya, Rafael fue un niño muy obediente desde siempre y esto, bajo mi punto de vista, es un buen signo de inteligencia que nos ha facilitado mucho la vida a quienes lo hemos rodeado, pero que, sobre todo, le ha beneficiado sumamente a él.

Cuando hablo de obediencia, otro término injustamente denostado, no hablo de una obediencia ciega, sino de reconocer y aceptar que hay que dejarse guiar por las personas que te preceden en la vida y que, por eso, saben más cosas que tú. Desde siempre, mi sobrino se dejó guiar por mí en la pista de tenis. Y eso fue fundamental en su formación deportiva en esos años en que mi intención primordial era enseñarle a aceptar la exigencia, a proponerse unos objetivos y a actuar en consecuencia.

Podría poner numerosos ejemplos de la obediencia de Rafael en esa época formativa, y para nada se puede considerar que este hecho haya mermado su personalidad o su autoestima. A mi entender, ha sido más bien todo lo contrario.

Cuando Rafael participó en el Torneo de Mallorca, tenía dieciséis años y estaba a las puertas de su entrada en el circuito profesional, pero éramos conscientes de que su tenis no estaba consolidado ni mucho menos. En nuestro trayecto en coche hacia el club le pedí que intentara subir muchas veces a la red. Yo sabía que esto no sería positivo para la resolución del partido, pero pensaba que era lo que había que hacer en

aquel momento para impulsar su aprendizaje. A veces hay que dejar de lado lo que nos va bien para ganar un partido en pos de un aprendizaje o una evolución de miras no tan inmediatas.

Como era de esperar, así lo hizo y perdió el partido. En nuestro camino de regreso a casa, me comentó que si no hubiera subido tantas veces a la red, habría tenido más probabilidades de ganar aquel partido. Yo también lo creí así. Pero lo importante en este caso fue su actitud consecuente con un plan de aprendizaje y el hecho de que él lo tuviera asumido, y, sobre todo, que no se dejó llevar por las ansias de victoria sino por la aceptación de lo que yo le había exigido. Podría haber obviado mi petición una vez en la pista, pero no lo hizo y fue obediente.

Yo he escuchado a no pocos padres o entrenadores vanagloriarse de que sus hijos, a muy temprana edad, ya tienen una personalidad muy formada y que esto les ha impedido someterse a exigencias o a aceptar imposiciones. Muchas veces la frase usada es: «Es que mi hijo tiene mucho carácter». Yo siempre he entendido que la frase que querían decir era más bien: «Es que mi hijo tiene “muy mal” carácter».

Mi sobrino me ha demostrado siempre —hablo de su época formativa; a día de hoy compartimos más bien impresiones y nos escuchamos mutuamente, todo se ha complicado muchísimo y casi nada es ya blanco o negro— un respeto a mi figura de formador. No creo que haya sido sólo por su buena educación y talante sosegado; ha sido más bien por tener, precisamente, una gran personalidad que le ha conferido siempre la paciencia para encarar su aprendizaje y la muchísima necesaria para soportar todas mis lecciones e insistencias.

Puede parecer por todo lo que he expuesto que soy un medidor preciso de la cantidad de exigencia que se debe aplicar, en la enseñanza del tenis en este caso. Este capítulo se quedaría aún más cojo de lo que es si no hiciera esta aclaración.

Si bien soy un gran defensor de la exigencia, que creo es necesaria, imprescindible y muy positiva, también creo que hay que aprender a aplicarla en su justa medida.

En muchas ocasiones, y no me siento orgulloso de ello, me he pasado de la raya. A mí me ha ocurrido siempre lo mismo que a cualquier padre —sin suplantar nunca a nadie, actué siempre como tal—, que entre las ganas de que el niño fuera bueno y el miedo a que no lo consiguiera, me excedí en impulsividad, en manifestaciones verbales y también en exigencia.

Por eso reconozco que Rafael ha tenido muchísima paciencia conmigo. En esto también ha demostrado siempre su equilibrada personalidad y buen entendimiento. Él sabía positivamente que es difícil imprimir el justo apremio, pero aceptó en todo momento mi ascendencia sobre él.

Sólo una vez, que yo recuerde, contestó a mis presiones y lo hizo con su característica educación: «Toni, no sé más». Esto es lo único que me dijo.

Con el paso de los años, como es fácilmente deducible, he ido rebajando la intensidad de mis presiones sobre mi sobrino, por dos razones básicamente.

En primer lugar, porque la exigencia impuesta hacia otra persona sólo la entiendo

en el marco de la etapa formativa. Si tiene que persistir pasada la barrera de una edad determinada, la que coincidiría de forma relativa con la entrada en la edad adulta, es porque la formación perseguida ha sido un fracaso.

La exigencia impuesta sólo tiene sentido y efecto si va encaminada a la adquisición de la autoexigencia por parte del pupilo.

La otra razón es simplemente una cuestión formal y de decoro. Me sentiría estúpido si aún a día de hoy estuviera entre mis obligaciones ser la voz que obliga a Rafael Nadal a perseguir sus propios objetivos. Muy mal habríamos hecho nuestro trabajo, él y yo mismo, si esto ocurriera.

Del mismo modo que hoy en día circula tanta información sobre tantas materias, que no sabemos digerir o que no está bien contrastada, en el terreno de la psicología se ha producido una auténtica tergiversación que debe de tener sorprendido a cualquier psicólogo mínimamente capaz.

Lo digo con toda la cautela, pero pienso que en este ámbito se ha producido una deformación que ha permitido la necesidad de contar con psicólogos en todos los ámbitos de nuestras vidas y, por consiguiente, se ha frivolidado su finalidad.

Espero que no se molesten los especialistas en este terreno. En mi ánimo no está desprestigiar su labor, sino más bien todo lo contrario. Pienso que se ha producido tal banalización de esta ciencia que estudia la mente humana y sus comportamientos que hemos llegado a convertir en patología cualquier conducta, por muy cotidiana y por pocas consecuencias negativas que tenga.

Hemos logrado suplantar el sentido común por la necesidad de un especialista que analice todos nuestros actos y, sobre todo, que nos diga cómo tenemos que proceder.

La tendencia, me temo, es anestesiar o difuminar cualquier sensación que nos pueda causar una mínima molestia.

Indagando un poco sobre el tema de la autoexigencia, he constatado esa tendencia a convertir en un problema o en un desarreglo lo que debería ser simplemente consecuente con unas metas.

Hay muchos manuales y libros de autoayuda, repito, según mis indagaciones, que relacionan la autoexigencia con una deformación conductual que necesita tratamiento psicológico y la reconducción por la buena senda del no sufrimiento.

La persona autoexigente es vista como demasiado perfeccionista y con un trastorno de personalidad que le impide estar satisfecha consigo misma.

Si cualquier lector investiga un poco también verá cómo se define a la persona autoexigente como una persona que no soporta cometer errores, una persona que se frustra muy fácilmente y, por consiguiente, sufre una disminución de su autoestima, desaprobación, mal ánimo y frustración.

Yo no digo que no se produzcan casos como éstos. Supongo que los hay y que, efectivamente, necesitan ayuda de un psicólogo. Lo que no me parece bien, sin embargo, es que todos estos desarreglos mencionados estén sistemáticamente relacionados con la palabra «exigencia» y, mucho más, con la palabra

«autoexigencia».

Si yo recibo continuamente mensajes que me alertan sobre la posibilidad de excederme y de autolesionarme, acabaré pensando que realmente me estoy excediendo, que me estoy lesionando y que tengo un problema.

«La autoexigencia es un generador de estrés, angustia y vacío existencial.»

«La autoexigencia significa excederse de los límites del dominio de sí mismo y convertirse también en un esclavo, pero de las obligaciones.»

Este tipo de mensajes proliferan en la red, en los manuales de psicología de andar por casa, y están teniendo un efecto que a mí me parece contraproducente.

Los psicólogos deben lamentar que se haya trivializado tanto su labor y que lo que debería ser competencia del sentido común, lo sea ahora de la ciencia que ellos tratan.

La autoexigencia per se, pienso yo, no debería considerarse una patología. En todo caso, es patológico o poco recomendable tener una distorsión sobre nosotros mismos.

Se frustra quien tiene una valoración sobredimensionada de sí mismo. Se autolesiona quien no sabe evaluar de forma realista sus propios recursos y capacidades. Se desilusiona quien no es capaz de reflexionar positivamente sobre sus propias equivocaciones y ver que éstas son naturales en el ser humano.

En estos casos seguramente se necesitará la intervención de un psicólogo, pero la deformación que sufre este tipo de personas no es una cuestión de autoexigencia. Es más bien una carencia de unos mecanismos muy básicos que los psicólogos sabrán analizar mucho mejor que yo. Para ellos tendrán diferentes nombres clínicos. Debido a mi desconocimiento de la materia yo los llamo simplemente «ausencia de juicio y sensatez».

A día de hoy, yo que fui un entrenador muy exigente cuando Rafael era pequeño, apenas le digo a mi sobrino lo que tiene que hacer. Hace unos cuantos años que me limito a intentar aportar otras cosas que pueden serle más o menos útiles, pero que ya no encajan con los adjetivos que podrían calificar a un maestro o a un formador. Ya no le exijo, ni le alecciono, ni le pido o exhorto. Ahora soy más bien un acompañante que intenta aportar una perspectiva complementaria a la suya, es él quien está en la pista. Obviamente, expongo mis puntos de vista y mi opinión, dirijo los entrenamientos y marco lo que vamos a hacer. En mis valoraciones sigo siendo poco condescendiente, esto es verdad. Sigo sin maquillar las apreciaciones que me parecen pertinentes y necesarias. Pero lo nuestro se ha convertido más bien en un diálogo. Mi sobrino me sigue pidiendo consejo, me cuenta sus dudas y temores. Yo intento aportar cosas positivas. Intento ser objetivo en mis apreciaciones en un mundo que casi nunca lo es con los que triunfan, pero ya no ejerzo esa presión exterior.

Lo único que queda, quizás, de todos estos años en que fui tan apremiante es algo más bien decorativo pero que le debe recordar a Rafael todas esas pautas tan repetidas: mi presencia cercana e intensa en la pista de entrenamiento, esas miradas que intercambiamos punto tras punto en los partidos, mi rictus y mi postura

enfurruñados y mis análisis, como digo, poco indulgentes. Es la fuerza de la costumbre.

He constatado también que muchas veces se define a una persona autoexigente como a alguien muy exigente asimismo con los demás.

En esto tampoco estoy de acuerdo. Es verdad que habrá personas así, muy exigentes consigo mismas y también con los demás, pero podemos comprobar a diario como muy fácilmente somos más críticos con los demás que con nosotros mismos.

Mi madre, como muchas abuelas, me reprende cuando ve que soy muy exigente con sus nietos, mis hijos, y me reprendió muchas veces por mi actitud con mi sobrino. Respecto a los primeros, en no pocas ocasiones me dice: «Pero ¡Toni no les regañes tanto! ¿Que no te acuerdas de cómo eras tú, cuando eras pequeño?». Yo le contesto siempre con una frase que dijo Johan Cruyff cuando le recriminaron su exigencia hacia sus jugadores cuando él mismo había sido un jugador muy poco ortodoxo: «Por esto lo hago —se mofó él—, porque no quiero que sean como yo».

Hace años, unos diez más o menos, estaba yo hablando con un periodista mallorquín, para más delito, que me hizo un comentario despectivo sobre Carlos Moyà. Carlos, mucha gente lo sabrá, ganó veinte títulos individuales, entre ellos el Roland Garros en 1998, fue número 1 del ranking mundial y dio a España el punto decisivo en la Copa Davis que ganó el equipo español en Sevilla en el año 2004.

CARLOS MOYÀ

Extenista profesional, número 1 del ranking mundial, ganador de Roland Garros y de la Copa Davis

Sería difícil describir brevemente a Toni Nadal, todo un personaje, entiéndase en el buen sentido de la palabra. Sin duda es alguien con las ideas muy claras, ya que es probablemente el mayor responsable del Rafa Nadal tenista.

Buen y culto conversador, es muy conocido por llevar la contraria a cualquiera, sea cual sea el motivo de conversación. Si tú le dices que Messi es el mejor del mundo, te argumentará que el mejor es Cristiano. A la semana siguiente, le dices que Cristiano es el mejor y te dirá que estás loco, que es Messi. Pero hay más, si somos dos y uno dice que Messi y otro que Cristiano, te saldrá con que el mejor es un tercero.

Cosas de genio que hacen que las semanas fuera de casa sean más amenas.

Aparte de todo esto, en Mallorca tiene, por lo menos entre los que entienden el deporte, el mérito de habernos hecho creer que ser mallorquín y tenista de élite es posible. No hay que olvidar que vivimos en una isla pequeña con más dificultades a la hora de competir y con pocas infraestructuras que permitan la alta competición. Antes mucho más que ahora, de todas maneras. Y, más importante aún, en Mallorca no había habido nunca tradición tenística. Él sentó un precedente, un ejemplar precedente.

Bueno pues, el periodista en cuestión me estaba hablando de un torneo determinado y de la participación de Carlos después de una larga lesión, y me dijo: «Mira si tiene poca importancia este torneo que Carlos Moyà es cabeza de serie».

«¿Perdón? —le contesté en un tono que dejaba pocas dudas. Y a continuación le dije —: Carlos Moyà en estos momentos es el número cinco del tenis mundial. El cinco del mundo —le repetí exagerando la entonación—. ¿Qué número eres tú, entre los periodistas del mundo? ¿El mil, cuatro mil, un millón? No veo que te hayan otorgado ningún Pulitzer y, sin embargo, no te tengo en mala consideración.»

No supo qué contestarme y seguí con mi discurso: «¡Qué fácil es ser exigente con los demás y, en cambio, serlo tan poco con uno mismo!».

En este caso, se daban otras circunstancias también. Es bien sabido que en muchas ocasiones se cumple el refrán: «Nadie es profeta en su tierra». Desde luego, ésta no es mi apreciación.

Hoy en día hay una creencia más o menos extendida según la cual para triunfar tienes que ser capaz de pisotear a todo aquel que se interponga en tu camino. O, por lo menos, infravalorarlo. Jamás me ha parecido una idea acertada. No juzgo necesario pisotear a nadie ni intentar perjudicar a tu adversario. Carlos nos demostró desde los inicios tenísticos de mi sobrino que comparte este pensamiento, amén de unos componentes emocionales poco comunes que le hacen contradecir cualquier actuación poco deseable.

Él demostró algo que no siempre es fácil de hacer y, mucho menos, de sentir. Siempre tendió una mano a ese niño que empezaba a destacar en su misma isla cuando él era uno de los mejores tenistas del mundo. Las primeras veces que entrenamos con Carlos, mi sobrino no se atrevía casi a mirarlo a los ojos. Siempre estuvo dispuesto a darnos un buen consejo y a entrenar con nosotros en un momento en que Rafael aún no había desarrollado la fuerza física que acabaría igualándolos.

Empezamos a coincidir cada vez más en los torneos. Mi sobrino y él fueron cimentando una amistad que, a día de hoy, se me antoja inquebrantable y llegó un momento en que la igualdad entre ambos los posicionó muy cerca el uno del otro en la lista del ranking mundial. Era el año 2005 y, de ese momento en particular, recuerdo una anécdota que he contado en *petit comité* en distintas ocasiones pero que bien merece ser contada aquí.

El contexto era el que acabo de mencionar. Carlos precedía a mi sobrino en la lista mundial pero por muy pocos puntos. Estábamos en el torneo de Miami. Lo que pasó me lo contó Joan Bosch, el entrenador menorquín que acompañaba a Carlos en ese momento y con el que todos mantenemos una buena amistad. No había nadie que los pudiera escuchar y, Joan le comentó a Carlos lo siguiente: «Hoy nos convendría que Rafael perdiera su partido». La contestación de Carlos no deja lugar a dudas sobre el tipo de persona que es: «Yo nunca deseo que Rafael pierda».

Por esto, y por muchas razones más, me sentí tan molesto por el injusto comentario del periodista. Fue una constatación de lo inapropiado que puede ser exigir tanto a los demás y hacerlo en menor medida con nosotros mismos.

A nosotros también nos ha pasado, padecer esa presión exterior que te puede hacer sentir que no haces lo suficiente. No es que yo piense que hay que gustar a todo el mundo. Sólo faltaría. Todos tenemos nuestras aficiones, nuestras admiraciones y

nuestras valoraciones sobre los demás. También es cierto que Rafael ha disfrutado de forma realmente intensa del cariño y la admiración de mucha gente por todo el mundo. Pero también hemos sentido, alguna vez, esta crítica exterior que a mí me cuesta comprender.

Cuando ocurren estas cosas, por puntuales que sean, a mí me sorprenden muchísimo. La exigencia exterior sólo se puede sostener cuando quien la instiga es alguien realmente ejemplar. Yo, desde luego, intento ser muy poco exigente con los demás porque pienso que, en general, yo mismo no soy tan escrupuloso como para poder permitirme valoraciones negativas sobre lo que hacen los demás.

Para exigir una impecable corrección, una impecable educación, una impecable bondad, hay que ser impecablemente correcto, educado y bueno.

Como yo no lo soy, intento no esperarlo tampoco de los demás.

CUESTIÓN DE ACTITUD

«Yo creo que la verdad es perfecta para las matemáticas, la química, la filosofía, pero no para la vida. En la vida, la ilusión, la imaginación, el deseo, la esperanza cuentan más.»

ERNESTO SABATO

MASTERS DE MONTECARLO. AÑO 2006

Rafael ha llegado a la final del torneo. El año anterior lo ganó por primera vez. Su rival era el argentino Guillermo Coria. Este año el oponente no es más tranquilizador. Es Roger Federer.

Como hacemos siempre, paso la hora u hora y media previa a salir a la pista hablando con mi sobrino. La ocasión es, evidentemente, complicada y tensa.

Como tantas veces, mi sobrino me preguntó: «Bueno, Toni, ¿cómo ves el partido?». Hice una mueca de contrariedad, resoplé y le dije sin muchos ambages: «Bueno, vamos a ver. Federer tiene mejor drive que tú. Su revés también es mejor que el tuyo. La volea, mucho mejor. El *smash*, no hay color...». Y, cuando me dispuse a hablarle del saque, mi sobrino me interrumpió enseñándome la palma de una mano y me dijo: «Para, para, para... ¡Vaya moral que me das para salir a la pista, Toni!». Después de otra mueca típicamente mía, añadí: «Mira, Rafael. Lo que te digo es la verdad. Si quieres te puedo engañar y decirte que tú eres mejor que él. Pero tranquilo, Federer no te va a engañar, cuando salgas a la pista en una hora te dirá lo mismo que yo».

Si le hubiera dicho esto a secas, realmente, habría sido un auténtico bárbaro. A mí me gusta apretar, pero no ahogar. Cuando empecé con mi poco halagüeña perorata, ya tenía pensado añadir lo que le dije a continuación: «Pero tú le puedes ganar en actitud, Rafael, en ilusión. Contra su superioridad tenística, poco puedes hacer. Pero puedes ganarle por tus ganas. Juega cada punto como si te fuera la vida en él, como si fuera el último punto del partido. Hay otras cosas que también entran en juego. ¡En tu

ilusión y en tu actitud está la posibilidad de ganar esta final!».

Estuve repitiéndole este mensaje, con estas y otras palabras; con vehemencia y, además, creyéndomelo yo también. Se lo estuve repitiendo incansablemente, con ilusión. Con mi propia ilusión.

Ya sé que es poco común que un entrenador dé este tipo de mensajes a su jugador antes de un partido de tanta importancia. Y, de hecho, no siempre he tenido el mismo patrón de actuación. Todo depende del momento, de las circunstancias, del estado de ánimo. Lo común, creo yo, es obviar lo negativo en un momento de tensión y destacar sólo lo que nos favorece. Calmar los ánimos. Para nosotros, sin embargo, ha habido y hay una premisa que precede casi todos los valores que hemos perseguido: la objetividad.

Siempre lo he procurado así. No engañar a mi sobrino en mis apreciaciones ha sido una herramienta imprescindible para que él desarrollara unas estrategias poco caprichosas. De hecho, hago más hincapié en este aspecto en el capítulo siguiente.

A primera vista, puede parecer que objetividad e ilusión son dos términos antagónicos e, incluso, opuestos. No lo han sido para nosotros. En realidad, han convivido en un logrado equilibrio, complementándose como dos puntales que han alimentado la ambición de Rafael.

La ilusión sin esa objetividad que la debe acotar es demasiado pueril. Los niños se ilusionan y se desilusionan con facilidad porque no tienen la capacidad de ser objetivos consigo mismos. Se ven capaces de hacer o conseguir cualquier cosa por el mero hecho de desearla. Los niños suelen tener sueños elevados y, muchas veces alocados, porque no contemplan sus propias carencias y porque catapultan sus propias facultades aun antes de adquirirlas. Esto no puede pasarnos a partir de una edad. Es verdad que un adulto puede desilusionarse por razones de peso, pero debería ser monopolio de los más pequeños llevarse una decepción por partir de una valoración propia inadecuada.

También es verdad, sin embargo, que la objetividad sirve hasta cierto punto y que no siempre es garantía absoluta de nada. La objetividad nos permite contar con una realidad, la nuestra, pero hay toda una serie de variables que escapan de ella. Y entre estas variables está el enorme poder que tiene la actitud. Y la actitud más poderosa de todas es la que viene impulsada por la ilusión.

Muy a pesar de lo que acabo de decir, y en aparente contradicción, pienso que tiene razón Ernesto Sabato en que muchas veces la ilusión tiene poco que ver con la realidad. Está más cerca de ser un acto de fe. Pertenece al mundo de lo intangible, de las esperanzas. Y es, por supuesto, un componente imprescindible para ser felices. Así lo percibo yo.

La ilusión es lo que da sentido a todo, según mi concepto de la vida. Si no tengo ilusión, muy difícilmente voy a perseverar y, por tanto, muy difícilmente voy a conseguir nada.

Evidentemente, no estoy hablando de la ilusión momentánea y circunstancial que te puede producir levantar la Copa en el Country Club de Montecarlo, o en el All

England Club. Esto es de cajón. ¿Cómo no te va a ilusionar levantar la copa en un torneo? ¿Cómo no te vas a ilusionar el día de la final? ¿O el día que te dan un premio, un reconocimiento? Yo no hablo de esto, yo hablo de la ilusión atávica, la que debería formar parte de nuestra fibra más íntima, la que nos impulsa a hacer las cosas día a día.

A mí me sorprende bastante, y me produce cierta incomodidad si me siento afectado, ver la cantidad de gente que se pasa toda la vida trabajando en lo que sea, en cualquier ámbito, y que logra estar en un permanente estado de sopor. ¿Cuántas personas están en sus puestos de trabajo en incansable mal humor esperando el ansiado momento de liberarse y escapar de la tortura? Según unos datos que leí hace poco proporcionados por el barómetro «Bienestar y motivación de los empleados en Europa 2014», el 51 por ciento de los españoles sólo es feliz «a veces» en el trabajo, el 8 por ciento no lo es «nunca», el 62 por ciento se considera mal pagado, la mitad asegura que su implicación no se valora y el 61 por ciento dice haberse estancado profesionalmente y sentirse poco o nada realizado. Estos datos excluyen, por supuesto, el 24 por ciento de personas que están en paro en estos momentos.

Y uno puede pensar que soy hasta gracioso, por no decir lerdo. ¡Claro, es que no todo el mundo es Rafa Nadal! No todo el mundo cosecha éxitos y reconocimiento. No todo el mundo alcanza sus anhelos, ansias, objetivos. Tampoco todo el mundo viaja por las mejores ciudades del mundo como entrenador de un tenista de éxito, como es mi caso. No es lo mismo trabajar toda tu vida en una oficina, encima de un andamio, en un comercio, o en un hospital.

Es verdad que nosotros somos unos privilegiados. Primero, porque nos dedicamos a algo que nos gusta, que resulta que es un juego, y, encima, disfrutamos de éxito profesional y reconocimiento. No estar muy agradecidos a la vida sería realmente demencial y vergonzoso. Sin embargo, hablando puramente a nivel personal, ya que soy yo, solito, quien hace estas reflexiones y el único responsable de ellas, hace veinte años me dedicaba a dar clases de tenis y trabajaba más horas que el reloj. Trabajaba en un pequeño club, de un pequeño pueblo, de una pequeña isla. No había en nuestra tierra ninguna tradición tenística, y muy escasamente deportiva. Recuerdo perfectamente las veces que mi madre me repitió: «Toni, ¿te vas a dedicar a dar clases de tenis toda la vida?». Evidentemente, ella hubiera preferido mucho más verme acabar mis estudios de derecho.

Como ya he dicho, yo no era nadie en el mundo del tenis profesional. Y en esa época, aparentemente, parecía algo totalmente inalcanzable. En una ocasión, estando de viaje en Londres, me desplazé hasta Wimbledon con el único propósito de ver la catedral del tenis. Desde fuera, por supuesto. ¡Había admirado el histórico club tantas veces por televisión! En esa época no sabía que un día tendría la suerte de sentarme en la pista central, ni que decir tiene como entrenador de uno de los ganadores de la copa dorada. Ese día me saqué una foto, que lamentablemente he perdido, delante de la puerta principal. Pero ya en aquel entonces, de forma íntima, no descartaba cumplir mi sueño. El contexto me era realmente desfavorable, el objetivo muy elevado, el

juego de probabilidades realmente desalentador.

Sin embargo, con todas esas circunstancias, trabajé siempre con la ilusión de conseguir algo en el mundo del tenis. Diariamente. En mi fuero interno no existía la palabra imposible. Siempre acaricié la idea de buscar la posibilidad y descarté abandonar esa ilusión.

No me gustaría que eso me hiciera parecer pretencioso, ni soberbio, ni iluso. Mi ilusión, ya en aquel momento, respondía a una motivación más bien filosófica. ¡Qué estúpida iba a ser mi faceta de entrenador si no! Cuando empecé a dirigir mi humilde escuela de tenis, cuando la competición consistía en disputar torneos en otros pueblos de Mallorca, mi pretensión era que mis tenistas fueran de los mejores. Ya he explicado que luché siempre porque mis niños fueran esforzados, que jugaran bien, que no pasaran desapercibidos. Tuve, como ya he dicho también, chicos destacados desde el principio, tanto en las categorías masculinas como en las femeninas. A algunos iba a buscarlos a la salida del cole para aprovechar el tiempo al máximo. No miraba el reloj cuando los entrenaba. Intentaba enseñarles esas mismas premisas y convicciones que más tarde puse en práctica con mi sobrino. No contabilizaba las horas de dedicación con los niños de la escuela como clases particulares. Eso formaba parte de mi proyecto, de mi deseo íntimo de tener una buena escuela de tenis.

Quiero hacerme pesado y repetir que esa forma de entregarme a mi trabajo no respondía a una concepción elevada de mí mismo como entrenador, ni a que sea una persona obsesionada sólo con trabajar. Respondía a la intención de darle un sentido a mi día a día, de ir a trabajar con ganas. No concibo no tener ilusión por las cosas que uno hace, sea lo que sea, al nivel que sea. Yo creo que es una cuestión de actitud. Estar contentos con lo que hacemos depende mucho más de nosotros que de las circunstancias. Estar contentos con lo que nos ha tocado o con lo que hemos elegido hace mucho por la felicidad de los que nos rodean, pero sobre todo por nuestra propia felicidad.

Estoy seguro, también, de que todos conocemos ejemplos de personas que desempeñan trabajos más o menos rutinarios y monótonos, mejor o peor remunerados, mejor o peor considerados, que, sin embargo, demuestran que es posible desempeñar las obligaciones y demostrar que la actitud correcta te da mucha más satisfacción.

Evidentemente, estoy entrando en el terreno de la inteligencia emocional. Seguro que es así, porque ésta entra y determina todos los terrenos y ámbitos en los que se desenvuelve el ser humano.

Daniel Goleman empieza su primera edición de *Inteligencia emocional* con un párrafo que es muy ejemplar de lo que estoy explicando. Dice así:

Era una bochornosa tarde de agosto en la ciudad de Nueva York, uno de esos días asfixiantes que hacen que la gente se sienta nerviosa y malhumorada. En el camino de regreso a mi hotel, tomé un autobús en la avenida Madison y, apenas subí al vehículo, me impresionó la cálida bienvenida del conductor, un hombre de raza negra de mediana edad en cuyo rostro se esbozaba una sonrisa entusiasta, que me obsequió con un amistoso «¡Hola! ¿Cómo está?», un saludo con el que recibía a todos

los viajeros que subían al autobús mientras éste iba serpenteando por entre el denso tráfico del centro de la ciudad. Pero, aunque todos los pasajeros eran recibidos con idéntica amabilidad, el sofocante clima del día parecía afectarles hasta el punto de que muy pocos le devolvían el saludo.

No obstante, a medida que el autobús reptaba pesadamente a través del laberinto urbano, iba teniendo lugar una lenta y mágica transformación. El conductor inició, en voz alta, un diálogo consigo mismo, dirigido a todos los viajeros, en el que iba comentando generosamente las escenas que desfilaban ante nuestros ojos: rebajas en esos grandes almacenes, una hermosa exposición en aquel museo y qué decir de la película recién estrenada en el cine de la manzana siguiente. La evidente satisfacción que le producía hablarnos de las múltiples alternativas que ofrecía la ciudad era contagiosa, y cada vez que un pasajero llegaba al final de su trayecto y descendía del vehículo, parecía haberse sacudido de encima el halo de irritación con el que subiera y, cuando el conductor le despedía con un «¡Hasta la vista! ¡Que tenga un buen día!», todos respondían con una abierta sonrisa.

Atendiendo a las estadísticas que he expuesto un poco más arriba, está claro que casos como éste son muy poco frecuentes.

Estábamos un año en el torneo de Montecarlo, precisamente, y un tenista que no voy a nombrar, pero que no ha alcanzado ni de lejos el éxito de mi sobrino, se quejaba absolutamente de todo. Esto no me gusta, aquello tampoco. ¡En el torneo de Montecarlo! Yo sigo pellizcándome cada vez que estoy allí. Es un torneo emblemático para los seguidores del tenis y para los profesionales de este deporte. La primera victoria de mi sobrino en ese lugar me hizo una ilusión tremenda por el prestigio que atesora y por los cuidados detalles que impregnan esa competición. El de Montecarlo es un club con solera que sigue conservando todo el *glamour* que lo ha hecho tan famoso. Las vistas sobre el mar Mediterráneo son impresionantes. El hotel en el que nos hospedamos cuando estamos allí es una auténtica maravilla. Y el susodicho se quejaba de esto, de aquello y de lo de más allá.

He visto a algún tenista viajar a Australia, que no está a la vuelta de la esquina, y tirar el primer partido del torneo por adoptar una postura rayana en la dejadez y, por consiguiente, en el desagrado. Esta vez en particular se lo hice notar a mi sobrino. El tenista que había sido derrotado después de una actitud poco esforzada en la pista estaba desolado en el vestuario, con la cabeza entre las manos, pensativo. Le dije a mi sobrino: «Ves, Rafael, esto es lo que pasa cuando uno no se esfuerza. Cuando uno no quiere hacer lo que tiene que hacer, consigue esto, estar hecho polvo, afectado y muy poco satisfecho de no haber hecho lo que toca».

Mi sobrino ha puesto ilusión en lo que hace desde siempre, no ya cuando ha cosechado éxitos. Y lo ha hecho no sólo por sentir esta ilusión atávica que está en su ADN, sino por imposición, porque trabajar la ilusión ha formado desde el inicio parte primordial de nuestro entrenamiento.

Yo estoy convencido de que todo se puede entrenar, no sólo la parte técnica de lo que hacemos. Para mí es tan importante la actitud como la aptitud. Y es

definitivamente más importante la formación del carácter que el entrenamiento tenístico.

Y por esto, pienso que la ilusión también hay que trabajarla, tanto si eres un deportista profesional, como si eres un banquero, un técnico en rayos o un vendedor ambulante. Si no se hace así, bajamos paulatinamente nuestro nivel de interés y la abulia gana terreno de forma inexorable.

Una de mis obsesiones, desde siempre y con todos mis alumnos, era que pusieran buena cara. ¡Buena cara! ¡Las veces que le he dicho esto a mi sobrino como única insignia antes de salir a un partido! Nunca he llevado bien que ocurriera lo contrario. Es posiblemente lo que más me molesta. Incluso arrastrando problemas físicos, anímicos, he obligado a Rafael a poner buena cara. «Rafael, la cara es el espejo del alma. Una persona que tiene ilusión nunca pone mala cara.» En los momentos difíciles —y sin duda hemos atravesado muchos— hubiera sentido vergüenza ante la queja, el desánimo ingrato o el descontento. Se lo he repetido muchas veces en los momentos más delicados: «No podemos olvidar que somos unos privilegiados. Mira atrás y verás que hay que estar contentos. No hay lugar para el desánimo».

Y he entendido perfectamente, he sentido con él, la decepción y la impotencia que te produce no poder participar en un torneo o en varios para los que se te has preparado a conciencia, con ilusión. Claro que lo entiendo. Pero mis conjeturas y el decoro me llevan a disfrazar estos sentimientos y a contenerlos. Estoy convencido de que esto se aprende con un ejercicio de reflexión y con agradecimiento. Esto, como casi todas las virtudes que podemos desplegar, se entrena. Si uno piensa lo contrario, es muy tentador amilanarse.

Trabajar con ilusión acarrea todo un compendio de beneficios y no tiene ningún inconveniente. Con ilusión se tiene mucho más éxito. Esto cae por su propio peso porque con ilusión se persevera mucho más. La ilusión es un motor que te impulsa a trabajar y a no desfallecer.

Las personas que trabajan con ilusión, como mi sobrino, hacen la vida mucho más agradable a los que trabajan con él y, lo que es más importante, son mucho más felices ellos mismos.

Y, en el peor de los casos, cuando uno no consigue los objetivos que se ha propuesto, como me ocurrió a mí como tenista, por lo menos ha sido feliz, o algo parecido, todo el tiempo que lo ha intentado.

Sería muy ingenuo, sin embargo, si entendiera que la ilusión por sí sola es suficiente para conseguir objetivos. Esto lo entendería quizás un niño, pero no un adulto que conoce la dificultad de una empresa como la que hemos llevado a cabo.

El día de la final contra Roger Federer en Montecarlo no le hablé sólo de ilusión. Le hablé de algo más que habíamos valorado en muchas ocasiones. Yo he contado siempre con el talento de mi sobrino y he intentado que él mismo fuera consciente de ello.

He constatado cómo se confunde muchas veces el talento con saber desplegar un juego bello, con una elegancia que, por supuesto, aporta un beneficio extra al

espectador pero que no siempre va acorde con el talento. No es el caso de Federer, por supuesto. Él tiene un tenis realmente elegante, todos sus golpes tienen una técnica y una armonía que rozan la perfección. Además de esto, tiene talento. El talento es lo que ha llevado al tenista suizo a ser el mejor de la historia, no la belleza de sus golpes. Lo dicen los datos, no lo digo yo. Pero hay una tendencia a confundir estilo con talento. Y esto sí que me parece equivocado.

Si se entiende esto de manera errónea en los primeros estadios del aprendizaje de un chaval, se puede incurrir en graves errores.

Talento es la capacidad para desarrollar un aprendizaje. Cuanta más capacidad tiene uno de aprender una disciplina, más talento tiene. El que tiene talento encuentra el camino que lo conduce a sus objetivos. El que tiene talento es el que se da más oportunidades. El que tiene talento es, sobre todo y lo repito, el que tiene más capacidad para aprender y tiene su propio límite alejado.

Este aspecto se comprueba con más facilidad cuando uno ha trabajado con niños y adolescentes, en pleno proceso de formación. Hay chavales, yo he tenido algunos, que demuestran unas habilidades que llaman la atención por prematuras. Yo creo que esto ocurre en muchas disciplinas, no sólo deportivas. Pienso que debe de ocurrir lo mismo en otros ámbitos: el musical, el artístico e, incluso, en ámbitos tradicionalmente más académicos. Hay niños que aprenden muy rápido y muy pronto. Lo que ocurre en estos casos es que se entiende, y de hecho se dice, que tienen mucho talento para desplegar cierta actividad. Lo que ocurre después, en ocasiones, y todos hemos observado de algún ejemplo, es que ese aprendizaje tan veloz y llamativo se ralentiza o, incluso, se estanca. Después viene la sorpresa. «Tenía mucho talento e inexplicablemente no ha logrado alcanzar los elevados objetivos que se le vaticinaban.»

Es que eso no era talento. Eso era un precoz aprendizaje. El talento se produce cuando la capacidad de aprendizaje tiene largo recorrido. El talento sí que te lleva a lograr los objetivos si éstos se persiguen y se hace lo necesario y correcto para lograrlos.

Para concluir todas estas reflexiones, me gustaría hacer una aclaración que he tenido que hacer en distintas ocasiones cuando he contado la anécdota con la que he encabezado el capítulo. «¡Vaya forma de motivar a tu sobrino!», me han comentado en más de una ocasión, con más o menos intención incriminatoria. Seguramente me equivoco, pero jamás he considerado que una de mis aportaciones tuviera que ser motivar a mi sobrino. Lo que yo he intentado ha sido contribuir a su aprendizaje y hacerlo en unos cuantos aspectos que me parecen importantes. He intentado que aprendiera a jugar al tenis, por supuesto. He intentado que se adaptara al juego cambiante, a las circunstancias cambiantes, también. He intentado que su formación técnica fuera acompañada de la que me parece más determinante: la formación del carácter. Y es en este apartado donde, como explicaré en el capítulo dedicado exclusivamente a ello, entraría la parte que corresponde a la motivación.

Una correcta formación del carácter, junto con una correcta formación

emocional, si es que no es lo mismo, es lo que me excluye de ser el encargado de motivar a mi sobrino. Si mi sobrino tuviera la necesidad de que yo lo motivara antes de salir a disputar un partido, muy probablemente no habría adquirido las herramientas que con más fiabilidad lo llevan a uno a la victoria.

UN MÉTODO ANTICUADO

Siempre he lamentado que la infancia de mi sobrino, esa época en la que el tenis era pura diversión, fuera tan breve.

Destacó mucho desde muy temprana edad y eso propició una entrada muy prematura en el trabajo demasiado serio. Fue algo que yo, como entrenador, no busqué de forma muy consciente, sino que vino dado por el desarrollo de los hechos. Y los hechos fueron que Rafael Nadal no dejaba de aprender ni de ganar.

Recuerdo muy especialmente el primer torneo que ganó y que ya he mencionado, el Campeonato de Baleares, porque compitió en una categoría superior a la suya imponiéndose en la final a un chaval de doce años cuando él sólo tenía ocho.

Y la tónica fue desde ese momento siempre la misma. Llamaba la atención por su garra, por su entusiasmo durante los partidos y, sobre todo, por sus victorias.

Durante dos temporadas consecutivas, a los once y doce años, ganó el Campeonato de España Alevín. A los doce años ganó también el Campeonato de Europa de la misma categoría. Con trece ganó el Campeonato de España Infantil y el Campeonato del Mundo oficioso. Se llamaba Les Petits As y se disputó en Tarbes, Francia. Con quince años ganó seis Futures en un mismo año y con dieciséis ganó dos Challengers.

También con dieciséis años participó por primera vez en el torneo de Montecarlo y ganó al tenista número siete del mundo: nuestro admirado Albert Costa, amén de buen amigo a día de hoy.

Así pues, no puedo decir que la entrada de Rafael en el circuito profesional me pillara por sorpresa. Aspirábamos a ello desde muy pronto, pero había fundamentos sobre los que apoyar nuestros deseos personales.

Todos estos resultados prematuros me facilitaron la posibilidad de reflexionar sobre cómo quería hacer las cosas con mi sobrino. Atendiendo a mi carácter sumamente analítico, medité mucho sobre cómo nos convenía trabajar y actuar. Jamás he improvisado en lo primordial porque traía los deberes hechos de casa. Con la objetividad como punto de partida inexcusable, intenté hacer simplemente comparaciones, analogías y deducciones. Nada más. En eso podría resumirse nuestro método.

Siempre he creído que mi forma de proceder es de sentido común, pero cuando he convivido con otros entrenadores me he dado cuenta de que no siempre he seguido el camino que establecen las normas.

Después de observar otras carreras deportivas de éxito y ver cómo me he desviado en algunos aspectos para mí primordiales, no me queda más remedio que definirme como un entrenador anárquico, poco ortodoxo y, cuando menos, lateral. Nunca he seguido los manuales clásicos y es por esto por lo que, a veces, me resulta complicado encajar en una determinada escuela o corriente.

Aunque parezca relativo, arbitrario y poco dado a seguir las reglas actuales, esto no significa que mi forma de trabajar sea caprichosa ni azarosa. A mi modo de entender, es más bien todo lo contrario. Todas mis actuaciones han respondido a un análisis bastante estudiado aunque, también, muy personal; asimismo, mis propias reglas han sido algo cambiantes por estar en constante evolución. Cada valoración, decisión o determinación puede ser momentánea y, desde luego, casi siempre es circunstancial. Por eso mi respuesta más repetida en términos formativos es: «Depende».

Mi forma de entender el tenis se corresponde con bastante exactitud con mi forma de entender la vida en general. No lo sé separar. Yo encaro el tenis según mis principios, no según las teorías de este deporte.

Mi concepción es amplia, se puede aplicar a cualquier disciplina. En este libro hablo de tenis porque es nuestra dedicación, pero es una palabra que se puede obviar totalmente. Me sirve simplemente de metáfora y me da derecho, quizás, a escribir este libro, ya que soy sólo un entrenador.

Como ésta es mi forma de entender el mundo y no sólo de entender el tenis, me atrevo a debatir con quien sea, un banquero, un político, un empresario, mi manera particular de enfrentarme al trabajo. Entiendo que si yo estuviera en su lugar, aplicaría los mismos principios y actuaría de la misma manera. Obviamente, arropado por los conocimientos que se requieren en cada campo, que son, en muchos casos, bastante más complejos que los del tenis.

Nuestro método se basa exclusivamente en «mi» lógica, «mi» sentido común y «mis» reflexiones. Así pues, no es nada difícil que otra persona con otras deducciones pueda defender una postura distinta a la que yo he adoptado. Y mucho más fácil es que otra persona con mejores reflexiones que las mías discrepe de todo lo que yo pueda decir u opinar.

La reflexión primera sobre la que yo he basado toda nuestra labor es que la vida en general, a pesar de toda su complejidad, y el tenis en particular son mucho más simples de lo que queremos creer. Así es como lo veo yo y así es como voy a seguir con mi metáfora. De ahora en adelante hablaré de tenis, cuando en realidad hablo de «cualquier actividad o dedicación», y voy a dar por supuesto que el lector perdonará todas mis ignorancias técnicas e inherentes a otros campos.

Como punto de partida, mi forma de entender el mundo y mi forma de acercarme al tenis ha sido siempre la simplicidad. No me gustan las explicaciones estrafalarias y rebuscadas sobre algo tan sencillo conceptualmente como pasar una bola por encima de una red y colocarla donde no está el adversario. Mi intención es hacer siempre análisis sencillos y, por lo tanto, buscar el camino con menos recovecos, que es

también el más fácil.

LA SIMPLICIDAD

A mí me producen cierta sorpresa y escepticismo las manifestaciones sobre lo difícil o complejo que es llevar a cabo cualquier actividad, sobre todo cuando quien lo asevera es el propio ejecutor.

Hace años un buen amigo y compañero del colegio que había ido escalando peldaños dentro de su ámbito laboral, el de la banca, me estuvo contando durante un tiempo que se me hizo tedioso los pormenores de sus nuevas responsabilidades y, sobre todo, lo difícil que era lograr su grado de éxito.

Cuando me harté de escucharle vanagloriarse por activa y por pasiva, le espeté: «¿Y tú sabes hacerlo, este trabajo tan complicado?».

Su respuesta no fue verbal. Consistió en una sucesión de gestos que transmitían seguridad y contento y que significaban: «¿Es que no lo ves?».

«Entonces, tranquilo —proseguí—, si tú sabes hacerlo, no debe de ser tan difícil.»

Se lo dije desde la confianza y la cercanía que se tienen dos amigos, con cierta sorna amistosa, pero también desde la tranquilidad que me da aplicar a mi propia persona idéntico análisis.

Hay que reconocer que vivimos en un mundo en el que se da boato e importancia a la actividad más simple si ésta tiene repercusión. Y el tenis es una de ellas. Estoy excluyendo, por supuesto, actividades que se pueden realizar sólo con una gran preparación y con unas características y conocimientos que no todo el mundo tiene. Ser un gran cirujano, un gran escritor, un gran científico o un gran abogado, por poner unos cuantos ejemplos, requiere de una preparación innegable. Esto supongo que nadie lo pone en duda.

A veces, hablando con otros entrenadores, y siempre desde el respeto, he defendido esta visión simple de nuestro trabajo, igual que lo hago con muchas otras actividades. Cuando he escuchado de algún compañero que el tenis tiene estas o aquellas complicaciones, que nuestro papel es multifacético, que debemos tener una visión técnica de alta precisión o una gran capacidad psicológica, siempre contesto lo mismo que le dije a mi amigo Miguel: «Vamos, hombre, tranquilo, que lo nuestro no debe de ser tan difícil. Si lo fuera, ni tú ni yo sabríamos hacerlo».

De todas formas, aunque sea tan dado a este tipo de ironías, en el fondo sólo dirijo el comentario de manera seria hacia mí mismo. Tengo un gran respeto por todos los entrenadores con los que he coincidido. Muchas veces me siento menos profesional que ellos. De vez en cuando escucho teorías y análisis que yo no había percibido. A veces, incluso, sigo sin percibirlos una vez me los han explicado. Simplemente, hay cosas en las que no me gusta fijarme, cosas que se me pasan

totalmente por alto hasta que me las dicen. Me gusta escuchar todas las opiniones y prestarles atención, pero las que parten de mi propio análisis, siempre son sencillas. Y mi intención es que lo sigan siendo.

En mi trabajo con mi sobrino, trabajar desde la simplicidad es lo que me ha permitido creer que yo lo puedo hacer. Ver que hemos logrado nuestras metas, mi sobrino como tenista y yo como entrenador, me ha reafirmado, a mí personalmente, en la creencia de que realmente lo que he hecho no debía de ser tan difícil. Otra cosa muy distinta es lo que ha hecho mi sobrino.

Cuando Rafael empezó su andadura como tenista nuestro equipo técnico lo formábamos nosotros dos. Íbamos él y yo a los distintos torneos y entre los dos resolvíamos todo lo relacionado con nuestra labor. A medida que su incursión en el mundo profesional vino acompañada de éxitos, el tenista se fue convirtiendo en un producto mucho más complejo. Poco a poco se fueron incorporando distintas personas al equipo, que se dedican a llevar a cabo una labor que yo no podría ni sabría hacer. El núcleo lo forman su representante, Carlos Costa, su fisioterapeuta, Rafel Maymó, su preparador físico, Joan Forcades, el otro entrenador que lo acompaña alternamente conmigo, Francis Roig, su jefe de prensa, Benito Pérez-Barbadillo. También están los médicos que han intervenido y le han tratado a lo largo de todos estos años, con el doctor Ángel Ruiz-Cotorro como aglutinador, el doctor Ignacio Muñoz, Tuts, elemento fetiche imprescindible y representante de la marca de ropa que usa para competir. Hace poco se ha incorporado, asimismo, Gemma Bes, la nutricionista que se ocupa de la correcta alimentación de Rafael. Por último, y no por esto menos importante, el más valorado vigilante de todo y de todos nosotros: mi hermano Sebastián.

FRANCIS ROIG

Entrenador de Rafa Nadal, extenista profesional y director de la Academia de Tenis BTT.

Ante todo debo comentar que conozco a Toni desde hace muchos años. Coincidimos en algunas competiciones, pero ha sido en los últimos diez años cuando la relación ha sido mucho más estrecha gracias a mi colaboración en el programa de preparación y acompañamiento de Rafa. Ello me ha permitido conocer a Toni mucho más en profundidad, y aunque en ocasiones no coincidimos durante las competiciones, he convivido con él lo suficiente para poder aportar alguna idea sobre cómo es Toni «persona» y Toni «entrenador».

No es fácil separar a los «dos Tonis», ya que él siempre intenta encontrar un paralelismo entre lo que tiene que ser la vida cotidiana, el día a día, con el trabajo de entrenador. Su lógica de actuación puede parecer a priori muy sencilla, pero cuando la vemos en la práctica y la analizamos no resulta serlo tanto.

Toni es una persona que tiene muy claros una serie de conceptos de actuación de las personas en todas las facetas de la vida, y defiende estos conceptos por encima de todo. Por ello, cuando ve a otras personas que no actúan según estos criterios, le cuesta aceptarlo y entenderlo. Es muy típica de Toni la expresión «*no pareix possible*»

(‘no parece posible’) cuando la actuación de algunos se aparta de sus parámetros lógicos. En estos casos su cara de incredulidad es bien palpable y no se esconde en absoluto de demostrarlo.

Otro aspecto que destacaría sobremanera es su facilidad por el debate. Toni es el «rey de la tertulia». Le gusta intercambiar opiniones con todo el mundo sobre los temas más diversos, siendo capaz de posicionarse de un lado u otro de una discusión dependiendo de lo que defiendan los demás.

En estos intercambios de opiniones Toni tiene una ventaja importante delante de sus contertulios, y es su exagerada memoria. Ella le permite recordar comentarios realizados hace muchos años por otras personas. Muchas veces le he oído decir: «Recuerdo que un día me dijiste...». Cuando esto ocurre, es mejor no negarlo porque con toda seguridad ese comentario existió.

Siguiendo con los debates, siempre me ha llamado la atención su capacidad de tenerlos bajo presión mediática. Veo la tranquilidad con la que argumenta y defiende sus criterios delante de cámaras y micrófonos sin cambiar su tono de voz, como si fuera la persona más tranquila del mundo.

En el trabajo diario con su jugador, Toni cuida mucho todos los detalles y tiene muy claras cuáles deben ser las funciones de cada uno. No le gusta que su jugador reciba excesivas facilidades que le permitan acomodarse o «aburguesarse», y le molesta ver como otros entrenadores realizan funciones que, según su opinión, deberían realizar los propios jugadores.

También destacaría su capacidad de decir siempre lo que piensa, aunque sepa que lo que está diciendo no será del agrado de algunos. Sabe que es una persona pública y que su opinión y sus comentarios tienen alta repercusión ya que son escuchados y valorados por mucha gente. A pesar de ello prefiere mantenerse fiel a sus opiniones.

Toni suele huir de triunfalismos exagerados y procura que su jugador siga esta misma línea. Siempre recordaré cuando Rafa ganó el Campeonato de España Alevín. Al día siguiente averiguó a través de la Federación los nombres de los últimos veinticinco ganadores de ese mismo campeonato para poder decirle que ninguno de ellos había llegado a profesional y que, por tanto, lo que había hecho hasta entonces no era primordial para serlo.

Como conclusión a la forma de actuar de Toni respecto a su jugador, podría decir que Toni es un entrenador duro y exigente que intenta conseguir el máximo rendimiento de su pupilo, pero también es cierto que siempre está a su lado para defenderlo como el que más delante de posibles injusticias.

Finalmente, sólo me queda decir que valoro de una forma muy positiva los años que llevo colaborando con Toni y, por tanto, quiero agradecer que pensara en mí en su momento y que continúe confiando en mí en la actualidad.

CARLOS COSTA

Representante de Rafael Nadal y extenista profesional

Conocí a Toni en diciembre de 1992. Fui a disputar el Campeonato de España

absoluto y él, como buen amante del tenis, vino a ver la final. Al terminar el partido me lo presentaron y, entre otras cosas, me dijo: «Tengo un sobrino de seis años que jugará muy bien al tenis». En aquel momento, os podéis imaginar lo que uno piensa de un comentario así de una persona que acaba de conocer.

Casualidades de la vida. Nueve años después, en septiembre de 2001, empecé a trabajar con Rafa y Toni. Hoy, catorce años más tarde, os podría contar muchas situaciones, experiencias o anécdotas vividas con Toni, unas buenas y otras no tanto; pero yo me quedo con que Toni es una persona a la que le gusta dialogar y, aunque en principio siempre cuestiona otras teorías, si tiene que rectificar, rectifica; no con su palabra pero sí con su actitud.

Reflexión: rectificar es de sabios...

Toni, gracias por todos estos años de trabajo juntos. He aprendido mucho a tu lado.

He aquí el primer enfrentamiento a mi principio de simplicidad. No me refiero a los vínculos que surgen entre personas que trabajan juntas, pero sí a la complejidad que supone un equipo que ha ido creciendo sin parar.

Evidentemente, cada uno de nosotros tiene su radio de acción pero hay una interdependencia inevitable. La relación entre todos nosotros ha sido desde siempre muy respetuosa y cordial y, a día de hoy, después de tantos años y de tantas horas juntos, formamos una especie de familia con afectos personales.

Esta nueva situación, este grupo que se ha nutrido de especialistas de distintos ámbitos, ha conllevado toda una serie de complicaciones inherentes. Por mi forma de ser, lo repito otra vez, este hecho entró, en su momento, en clara discordancia con mi visión simple del mundo en general y del tenis en particular.

Con el tiempo, hemos aprendido a gestionarlo bien, pero la verdad es que cuanta más gente está autorizada a opinar e intervenir, por muy válido que sea cada cual, más complicado se vuelve todo. Yo soy un acérrimo defensor de que cada cual se ocupe de lo suyo y de que cuanto menos opinemos de lo que le corresponde al otro mejor. Me gusta que las parcelas estén bien divididas. Yo ya sé que el fisioterapeuta de Rafael sabe hacer bien su trabajo, no hace falta que coordine conmigo lo que le hace. De hecho, si lo hiciera, correría el riesgo de escuchar mi opinión y estoy seguro de que sería contraproducente.

Yo soy un individualista. Soy muy poco gregario en todos los ámbitos de mi vida aunque sé que esto está muy mal valorado hoy en día. Intentaré explicar mi postura, pero antes, y una vez hechas todas estas aclaraciones, me gustaría encajar una anécdota que ejemplifica perfectamente las complicaciones que surgen cuando tantas personas, y no afirmo que demasiadas, tienen derecho a opinar.

Justo después de renovar Rafael su segundo contrato con Nike, contrato que se había mejorado mucho en el aspecto económico, nos encontrábamos en Lyon para disputar un torneo en esa bonita ciudad francesa. Hasta allí se desplazó desde Estados Unidos un alto directivo de la firma americana con la intención, supuse yo, de verificar si habían hecho una buena apuesta.

El sábado por la noche salimos a cenar a una pizzería y nos acompañó el directivo. Rafael, como de costumbre, tenía mucha hambre y cenó dos pizzas.

Entre otras cosas, comentamos que al día siguiente iríamos a jugar al golf a un campo cercano a la ciudad. El golf es una de las aficiones de mi sobrino, que yo comparto con él, y de vez en cuando vamos a jugar durante los torneos de tenis. Lo podemos hacer sólo cuando el torneo aún no ha empezado, como era el caso de Lyon. Como ya he dicho, fuimos el domingo y hasta el miércoles mi sobrino no tenía que jugar.

Llegó el día de su debut y éste supuso también su despedida del torneo. La verdad es que no jugó muy bien y sufrió una derrota contra el francés Benneteau.

No había pasado una hora desde el final del partido, cuando me llamó Carlos Costa para contarme que acababa de recibir a su vez una llamada del directivo de Nike quejándose de que Rafa no era un buen profesional. Le comentó, por una parte, que Rafael no se alimentaba bien y, por otra, que se distraía y se alejaba de su objetivo yendo a jugar al golf. Yo le contesté a Carlos: «Bueno, toda la vida lo hemos hecho así y nos ha ido bien. No me había planteado nada nuevo al respecto. No cena muy a menudo dos pizzas, esto es verdad, pero no se me ocurrió recriminarlo por ello. En una pizzería hay pocas opciones. Lo del golf no se me antojó como algo malo en absoluto, y mucho menos cuando faltaban tres días para disputar el primer partido. Pero, bueno, quizás me estoy equivocando».

Al cabo de dos semanas, Rafael sufrió otra derrota en el Master 1000 de Madrid contra un jugador que se suponía en el declive de su carrera tenística. Después de este segundo contratiempo, celebramos una especie de cónclave en el que distintas personas del equipo lamentaron que Rafael perdiera demasiadas energías fuera de la pista en vez de estar más centrado en los partidos. Exactamente, se hacía referencia a que había estado jugando al ping-pong y al billar en el club antes del partido. Se hicieron algunas reflexiones que ahora no recuerdo.

Yo repetí lo mismo que le había dicho a Carlos en Francia, que no se me había ocurrido que nada de esto pudiera serle perjudicial porque en mi opinión no lo era; pero la verdad es que cuando un grupo de personas te repite la misma idea, por supuesto, te entran las razonables dudas.

Al cabo de pocas semanas, en diciembre de 2004, el equipo español de tenis ganó la Copa Davis en Sevilla contra Estados Unidos. Los tres capitanes de aquella eliminatoria, Jordi Arrese, Juan Avendaño y Josep Perles, dieron un voto de confianza a mi sobrino que fue calificado de bastante aventurado. Rafael tenía sólo dieciocho años pero había entrenado muy bien toda la semana. El resultado de tal decisión fue que ganó uno de los puntos de la eliminatoria en un partido muy disputado contra un potentísimo Andy Roddick. El punto decisivo de verdad nos lo regaló Carlos Moyà en un partido que ha pasado a la historia del tenis español.

JORDI ARRESE

Extenista profesional y capitán ganador de la Copa Davis

A Toni lo apodé con el sobrenombre de «Doctor No» cuando yo era uno de los

capitanes de la Copa Davis porque tiene la habilidad o la virtud de discutirlo todo, aunque siempre de manera positiva.

Creo que lo mejor que tiene es su forma de entender la vida. La ve de una manera clara y transparente. Su filosofía pasa por aplicar una serie de valores y mantenerlos, sin dejar entrar ningún tipo de vicio o miedo del exterior. En este aspecto, creo que se ha aplicado tanto con sus tres hijos como con Rafa, el mejor deportista español de la historia.

Toni, desde que Rafa empezó a ganar títulos importantes, siempre le ha mantenido con los pies en el suelo, sin dejar que se encumbrara por el éxito, sobre todo cuando llega a tan pronta edad. Sin la presencia de Toni a su lado, no hubiera sido tan fuerte mentalmente, eso seguro, en el momento de afrontar todas las situaciones, tanto dentro como fuera de la pista.

Toni analiza las cosas de una manera fría y, por encima de todo, muy simple, como si tuviera la cualidad de verlas con la mejor perspectiva.

Los valores competitivos del Nadal tenista no se entenderían sin la presencia de Toni en el banquillo. Rafa es todo un número uno pero en ningún momento ha dejado de prestar atención a los consejos de su tío. Ahí ha sido una ventaja que tengan un vínculo familiar de por medio.

Recuerdo una entre varias anécdotas que ya son más privadas.

Estábamos caminando con toda su familia y su hijo Toni, que justo empezaba a dar los primeros pasos, se cayó. Se dio un buen trompazo y yo reaccioné rápido para levantarlo del suelo. De inmediato Toni me dijo que no lo hiciera. Tan sólo lo animó cariñosamente a que se levantara, a pesar de haberse hecho un poco de sangre, y el niño no lloró.

Fue una manera de no traspasar temores. De Toni he aprendido muchas fortalezas mentales.

A partir de entonces, el panorama cambió. La percepción de todos sobre la actitud de mi sobrino se transformó. No sólo no hubo más quejas ni más cónclaves, sino que las dos pizzas, no siendo buenas, pasaron al olvido o se dedujo que quizás no le perjudicaban tanto. Más bien las necesitaba a tenor del esfuerzo que realizaba a diario. El golf pasó a ser una válvula de escape más que recomendable, ya que al ser una gran afición de mi sobrino, lo abstraía de la presión de los torneos y ejercía sobre él un efecto muy positivo.

No hace falta decir que el ping-pong y el billar antes de un partido le restaban tensión y le permitían enfrentarse al partido con la cabeza más liberada.

Esto es exactamente lo que pasa cuando muchas personas opinan, intervienen, valoran y aconsejan. Es decir, cuando se cae en la tentación de dar trascendencia a cualquier detalle.

En la época en que ocurrió la anécdota de Lyon mi sobrino no había alcanzado aún su total madurez ni había entrado de lleno en una estabilidad técnica ni mental. Tuvimos que adaptarnos rápidamente a un mundo nuevo que se nos abrió y, poco a poco, fuimos tomando en consideración aspectos que yo había ignorado hasta ese

momento.

La ignorancia normalmente viene dada por el desconocimiento, pero no había sido mi caso. Llevo muchos años en el mundo del tenis y desde siempre ha habido entrenadores ocupados en otorgar valor a muchos aspectos que yo quería desatender de forma consciente y premeditada. Mis reticencias en este aspecto fueron muy enconadas aunque no caprichosas.

En los años de formación de mi sobrino me molestaba bastante que se entendieran como importantes factores externos ya que, a mi entender, iban a tener una repercusión más negativa que positiva.

Cuando Rafael era joven, él nunca supo con qué tipo de cordaje jugaba, ni el peso que llevaba en la raqueta. Yo no quería que tuviera en la cabeza cosas que fueran ajenas a su preparación tenística y mental porque entendía que esto le haría más delicado y frágil. ¿En qué porcentaje es determinante el estado de la raqueta, del cordaje, de la alimentación para un niño que está en pleno aprendizaje? ¿Un 1 por ciento, un 3 por ciento? ¿Un 10 por ciento? No lo sé. El porcentaje me daba igual. Mi obsesión era no darle importancia porque yo quería que Rafael estuviera pendiente de lo que a mí me parecía realmente determinante.

En su época de formación rehuí de forma estudiada y consciente todo esto. Esa época fue la que, de verdad, ha sido significativa y decisiva. Me lo sigue pareciendo, en tenis y en cualquier otro ámbito. Yo creo muy profundamente en un correcto adiestramiento y en lo inaplazable que es. El aprendizaje se da en el marco de unos años preciosos que no entienden de reválidas ni de segundas oportunidades. El deterioro de carácter que sigue a una mala formación se me antoja irrecuperable.

Mi determinación de contener los elementos beneficiosos para mi sobrino en sus primeros años debe de ser uno de los aspectos que me han alejado más de los métodos actuales.

Yo pienso que cuando tú facilitas las cosas, unos aspectos mejoran, pero otros se resienten. Se resiente y se debilita, sobre todo, el más importante de todos: la cabeza. Yo creía que los avances iban a perjudicar la fortaleza de un carácter en plena consolidación y, por esto, intenté evitárselos a toda costa. Hoy en día está bastante extendido que los chavales en plena formación deportiva tengan todo tipo de atenciones: psicólogos, fisioterapeutas, nutricionistas, médicos. Nosotros no hicimos nada de todo esto. Y lo volvería a hacer igual.

Cuando empezamos a entrenar en el centro de Alto Rendimiento en Palma, todos los chavales que habían entrenado hasta ese momento en sus pueblos, sin ningún tipo de infraestructura propicia, empezaron a necesitar atenciones del fisioterapeuta, del médico, del psicólogo. Y esto ocurrió simplemente porque allí tenían todo esto a su disposición. Si no lo hubieran tenido, no habrían manifestado la mitad de problemas. No me cabe la menor duda.

Un conejo en estado salvaje desarrolla unas estrategias que pierde si lo ponemos en una jaula y le damos comida puntualmente y todos los cuidados. En este caso, pierde reflejos, atención, se acomoda y deja de saber defenderse.

Yo fui muy reticente a ceder importancia a aspectos que veía más como una amenaza que como una ayuda. Hasta que mi sobrino tuvo un carácter bien consolidado, me opuse con resistencia a que pudiera disfrutar de comodidades.

Nuestra entrada prematura en el circuito supuso, pues, una afrenta a mi forma de hacer las cosas. Cuando pasó lo de Lyon yo seguía anclado a mis suspicacias y choqué con lo establecido en el mundo profesional.

A día de hoy, todos los detalles están mucho más cuidados, el material que utiliza y también todo lo que tiene que ver con su condición física y nutricional. Pero es que ahora Rafael tiene ya una madurez bastante sólida y me parece muy difícil que pueda verse perjudicado por detalles que, si bien son importantes, seguro que no son decisivos.

Desde hace unos cuantos años ya, no sólo no me opongo a las atenciones mencionadas, sino que me parecen positivas. La alta competición es muy agresiva y se tienen que cuidar muchos aspectos porque las diferencias entre los tenistas son milimétricas. Sin embargo, por inercia y por sentido común, sigo pensando lo mismo que pensaba en Lyon en cuanto a valoraciones se refiere. La moderación es la actuación más conveniente, si no acabamos siendo muy delicados.

No me parece una buena idea querer creer que la victoria o la derrota, una buena racha o una mala racha, dependen de factores externos como una cena de pizzas o una partida de ping-pong previa a un partido.

Pero es que además, incluso ahora, sigue sin divertirme mucho que se considere determinante lo que, aun siendo importante, no lo es.

La tendencia, sin embargo, es ésta. Hoy en día, estamos muy sometidos a un modelo claramente heredado de Estados Unidos, sobre todo en el mundo de la empresa, que consiste en dar vital importancia a todo tipo de detalles hasta convertirlos en concluyentes. Se ha puesto de moda un modelo que a mí me resulta más amenazante que útil.

Actualmente las grandes corporaciones diseñan unas estrategias muy necesarias, supongo, pero que vienen acompañadas de toda una serie de adornos, lemas, consignas, tácticas, eslóganes. Los empleados asisten continuamente a cursillos que se parecen mucho a un retiro religioso o ideológico. En estas empresas hay un creciente interés, de hecho, en que el empleado se sienta parte de una comunidad con vínculos familiares o afectivos, con adhesiones obtusas y que recortan el despliegue individual.

Según mi poco fiable visión del ámbito empresarial, el hecho de carecer de cierto desapego a la firma puede ser contraproducente. Las lealtades férreas adolecen de perspectiva y de objetividad y, por tanto, llegan a ser perjudiciales en vez de beneficiosas.

Yo tengo la completa certeza de que ninguna empresa seria me aceptaría en su plantilla de empleados pero, por otra parte, yo no encajaría en un sitio donde todo se tiene que discutir, consensuar y responder a una estrategia que alguien ha diseñado para mí. El simple hecho de que me dieran una estrategia con un lema —hoy en día suele ser así— me causaría un problema. Tendría que luchar contra mi defecto

personal más acentuado: la tentación de buscar argumentos plausibles para demostrar que pienso exactamente lo contrario de lo que me imponen.

Yo, en este sentido, he intentado preservar mi marco de actuación y someterlo exclusivamente a mi propia decisión. Nunca he querido verme arrastrado por la corriente, por las modas y, mucho menos, por estrategias o tendencias formativas que alguien ajeno ha pensado para mí. Las circunstancias, el contexto y nuestras características siempre son únicas, tanto en el caso de Rafael Nadal como en el caso de cualquier empresa. Por tanto, a mí no me sirven los protocolos ni situaciones precedentes parecidas.

El año pasado una multinacional con sede en una ciudad española me invitó a dar una charla a un grupo de sus directivos. Unas semanas antes del encuentro me pasaron unas directrices que describían grosso modo cuál sería su línea de actuación en los meses siguientes y, por supuesto, tenían un lema que no recuerdo muy bien y que, además, no viene al caso. La cuestión es que mientras preparaba la charla que iba a darles, tenía que reconducir mis argumentos para no desdecir el eslogan que me habían pasado.

Preparé mi discurso con el propósito de evitar razonamientos controvertidos y llegó el día del encuentro. Hice mi exposición en un edificio muy moderno y en un ambiente muy agradable. Realmente, la sensación que daban los directivos era la de pertenecer a un club al que estaban asociados por vocación o por absoluta afinidad. Expuse, como he dicho, mis ideas y cuando se abrió el turno de preguntas y se dio pie a un diálogo entre todos los que estábamos allí, no logré contenerme más. Vino a colación por una pregunta que me hicieron y acabé admitiendo que no comulgaba con la inscripción que tenían sobreimpresionada en una pared, con letras muy grandes, en negro y, por supuesto, en inglés. En este momento, se abrió un debate que se me antojó interesante, no por lo que aporté yo, desde luego, sino porque se dio vía libre a toda una serie de consideraciones particulares, que es lo que precisamente tiende a anularse en las grandes corporaciones. Igual que la tendencia es la de moderar cualquier pensamiento que no sea de adhesión ciega.

Al final, la sensación que me producen estas nuevas tendencias es que nos estamos instalando definitivamente en un mundo en el que se confía poco en la responsabilidad individual. Ya sé que las personas que ocupan puestos de responsabilidad en estas empresas son normalmente personas muy preparadas y avaladas con títulos universitarios y currículums muchas veces apabullantes. Y es por esto por lo que me resulta bastante sorprendente que se les inoculen lemas y contraseñas como si fueran *boy scouts*. La tendencia, una vez más, me temo que es la misma. Rehuimos, por norma, la gestión del individuo capaz. Y esto es propio de sociedades infantiles, de lo contrario no le encuentro explicación. Digo yo que si pretendemos ser ciudadanos responsables, preparados y capaces, no deberíamos necesitar toda esta parafernalia.

Por supuesto, en una empresa se necesitan unas directrices, unos objetivos y, probablemente, someterse a una forma de hacer propia de cada firma. Pero como soy

un individualista, yo creo profundamente en las capacidades particulares de cada uno. Creo en los consensos pero la labor individual es lo único que me parece verdaderamente relevante.

Es verdad que los lemas, las campañas que se llevan a cabo para estimular a los empleados, todos los adornos que se despliegan son sólo un contexto que se entiende propicio. Todo ello no es más que una especie de contenedor atractivo, se entiende que es un revulsivo pero, para mí, tiene algo de artificio. En realidad, sabemos que el mundo empresarial es muy agresivo, que hay que ser muy ducho para moverse con agilidad en él y hay que ser capaz para sacar buenos resultados. Y al final, es por esto por lo que pienso que se pierden energías con tanto boato. Si le damos importancia al adorno, al final la tendencia es pensar que éste es decisivo.

Hará unos diez años ya que encontrándonos en Nueva York, en el marco del Open de Estados Unidos, presencié una reunión que es un claro ejemplo de esos nuevos códigos empresariales. A mí me dejó a cuadros.

Se trasladaron un grupo de personas, cinco o seis, desde la costa Oeste del país, es decir, volaron seis horas, para empezar a trabajar en el diseño de la ropa que iba a lucir Rafael en sus partidos. Yo pensé: «Bueno, querrán preguntarle con qué tipo de ropa se siente más cómodo para jugar, qué colores le gustan más». Algo sencillo, como es propio de mi mentalidad. Y por eso me pareció raro que vinieran unos cuantos a hacerlo. Yo deduje que tenían otras cosas que hacer en Nueva York y que, de paso, hablaban con Rafael de su ropa. Nada más lejos.

¡Menuda sorpresa! La reunión consistió en un tremendo ceremonial y en una batería de preguntas realmente interminable que le iban formulando a mi sobrino para recabar información, por lo visto, vital. Querían saber de todo. Qué coche le gustaba más, qué comida, qué tipo de paisaje, le enseñaban dibujos y le pedían que expresara lo que le inspiraban los dibujitos. Mi sobrino empezó a sentirse atorado bastante pronto y yo intuí que tanto le daba contestar una cosa que otra.

Todo esto para recoger información que les inspirara a la hora de diseñar la ropa que él iba a vestir.

Lo que más me sobrecogió, no obstante, no fueron las variopintas preguntas sino la importancia que tenían para ellos las respuestas de Rafael, la solemnidad con que anotaban cada dato.

Yo no lo critico y soy consciente, incluso, de que debe de ser fruto de mi ignorancia que yo vea con recelo este tipo de actuaciones. De lo que estoy seguro, sin embargo, es de que yo no lo haría. Yo ni tan siquiera habría mandado a ningún experto. Yo habría sentado a alguien que por sus méritos habría entendido como bueno para que se pusiera a diseñar en su despacho y punto. Está bien que se tengan en cuenta su tipo de juego, sus características físicas, pero todo lo otro me pareció excesivo. Los rituales se me antojan yermos y aparatosos. Me da la sensación de que ponen el foco en lo anecdótico y como yo me fijo muy poco en el detalle, me producen un poco de empacho.

Nosotros hemos rehuido siempre los rituales, las consignas, los eslóganes o los

gritos de guerra. Nosotros hemos tenido siempre objetivos, eso sí. Y la convicción de que debíamos buscar nuestras propias herramientas para perseguirlos. Si yo le diera un lema a mi sobrino, al día siguiente yo mismo entraría en contradicción porque nunca detengo la evolución de mis teorías. Por simples que sean.

Si yo hago de cada pequeño detalle un acto solemne, si le hago sobrevalorar la forma como coloca el grip en la raqueta o la marca de agua que toma en los entrenamientos, aparte de sentirme bastante estúpido, voy a perder energía con pequeñeces. Siempre he intentado al máximo no perder el tiempo.

He ejercido desde siempre mucha presión sobre él porque los objetivos han sido muy elevados y he intentado guiarlo, darle unas pautas que fueran acordes con sus características físicas y mentales, y sobre todo he huido como de la peste de las susceptibilidades. He intentado que él encontrara sus propias soluciones. El entrenamiento es una ficción que te prepara para afrontar el partido que es la realidad. Y las grandes teorías, los rituales, los lemas y demás quedan muy bien para el entrenamiento, pero de poco sirven para el partido. Para el partido lo que sirve son las soluciones, las respuestas, hacer lo que tienes que hacer. Y quien tiene que ejecutar las respuestas es siempre el que juega, no quien predica.

Lo importante al fin y al cabo es el estímulo personal, el impulso intrínseco, la inquietud. Es verdad que se puede alimentar por un buen formador o por un buen líder dentro de una empresa. Mi papel, en todo caso, ha sido éste. El de propiciar un despliegue de características y actitudes. El liderazgo tiene su aquel. Intentaré analizarlo un poco más adelante. Otra cosa es la parafernalia. Sólo consigo ver este estímulo tan milimétricamente diseñado como condimento, no como plato principal. Pienso que todas estas atenciones a detalles externos lo que hacen es permitirnos buscar excusas.

Resumiendo lo dicho, nuestro plan de actuación ha sido pues muy simple. Hay unos objetivos a perseguir, la necesidad de aceptar un trabajo consecuente que yo he dirigido, eso sí, pero también hay que rehuir la bambolla en las estrategias y, sobre todo, no buscar culpables en los elementos anecdóticos. Ser un buen profesional pasa por cuidar todos los detalles con esmero; considerarlos de importancia vital es más bien de un profesional un tanto pueril.

Yo, como entrenador, no logro llegar a teorías muy elaboradas porque se me antojan demasiado complicadas. Lo analizo todo de forma muy simple porque sólo así me siento capaz de encontrar las medidas necesarias para resolver el entuerto. Cuando mi sobrino no ha dado resultados positivos, mi tendencia ha sido buscar las causas en lo que podemos modificar con nuestro trabajo en la pista. Que el saque no ha funcionado —que es casi siempre— hay que mejorarlo en la pista de entrenamiento, que ha fallado el revés, hay que trabajar el revés. Es así de simple. Lo que he evitado es dar importancia a cosas que no dependen de nosotros. La lucha de Rafael ha estado siempre en la idea de superarse a sí mismo. Y todo el resto de valoraciones, ajenas a la pista de tenis, a mi modo de entender, lo hacen más vulnerable. Si doy la culpa a la pasta que no estaba al dente, a las bolas o al viento, acabaré pensando que todo es

determinante en la derrota y que nunca la culpa es de uno mismo. Esta es la tendencia natural de los seres humanos, buscar excusas y justificaciones que nos liberen de la responsabilidad.

No me gusta nada que se dé importancia a lo que es ajeno a nosotros porque esta importancia va debilitando el carácter. Si uno se acostumbra a pensar que esto es muy importante, y lo otro no digamos, acabaremos encontrando esas explicaciones estrafalarias que antes mencionaba.

SOLÓN

Esta simplicidad, que ha sido uno de nuestros pilares, es lo que me llevó a deducir que nuestro trabajo tenía que basarse en unos principios, no en lemas ni eslóganes, también simples. Simples, a mi modo de ver, significa fáciles de entender; significa que son producto del sentido común. Que son sabiduría popular. Que toda la vida han funcionado y que están reñidos con la complicación.

Leí hace muchos años una sentencia que me inspiró que se atribuye a Solón, uno de los siete sabios de la Antigua Grecia. Solón, que fue el primer legislador y estadista de la historia, no dejó escritas sus leyes ni sus pensamientos pero han llegado hasta hoy a través de sus discípulos, entre ellos posiblemente Platón, con quien tenía parentesco por parte materna. Dice así:

«Sin método, orden, voluntad, esfuerzo y sacrificio no son posibles ni el genio ni el triunfo».

Yo no sé cómo sería en la Antigua Grecia, pero sí sé, por simple observación, que en el mundo actual esta sentencia es falsa en muchos casos. Podemos pensar en numerosos ejemplos de personas que han triunfado en distintos ámbitos, o incluso, personas que se han acercado a la genialidad y que no son un ejemplo precisamente de todas las virtudes mencionadas por el sabio griego.

Maradona ha sido probablemente el mejor futbolista de la historia, o uno de ellos, y no creo que sea la personificación ni del orden, ni del sacrificio, ni de la voluntad. Podríamos mencionar otros futbolistas o deportistas de otras disciplinas que al estar dotados de unas características excepcionales se han podido permitir ser poco ortodoxos y alcanzar, sin embargo, el triunfo.

¿Cuántas personas pasan horas y años de su vida en el conservatorio de Música cultivando su voz y sometiéndose a un aprendizaje muy costoso y sacrificado para luego comprobar que hay un sinfín de cantantes y grupos musicales entregados a una vida desenfrenada de drogas y malos hábitos que, sin embargo, disfrutan de un gran éxito y reconocimiento a nivel mundial? Yo no creo que los Rolling Stones, que están encumbrados ya a la categoría de mitos vivientes, sean tesoreros de las virtudes mencionadas. No de todas ellas, desde luego.

El mundo del arte casi merecería un capítulo aparte. Hoy en día tenemos

ejemplos como el de Damien Hirst quien, aun sin saber pintar, fue encumbrado por Charles Saatchi después de que éste se enamorara de su obra *Mil años*, una caja transparente con gusanos y cientos de moscas revoloteando en torno a la cabeza sangrante de una vaca. Es bien sabido que no hace sus obras; de ello se ocupan un grupo de colaboradores. Muy famosa es una de sus obras más delirantes, en la que introdujo en formol un ejemplar de tiburón tigre de unos cuatro metros de largo que se deterioró en un momento dado, y lo sustituyó por otro sin ningún problema. Sin embargo, es uno de los artistas vivos más cotizados, alcanzando sus obras precios que son tan desorbitados como inauditos. Por el tiburón se pagaron 9,5 millones de euros. Desconozco si fue por el que se deterioró o por el segundo, recién pescado.

Podría extenderme poniendo ejemplos de muchos ámbitos distintos, el de la empresa, el de la interpretación, el de la literatura.

El mundo está lleno de personas exitosas a nivel profesional que por haber nacido con unas aptitudes que no necesitaban trabajarse mucho, o que han estado envueltas en una campaña de marketing cegadora, o que están relacionadas con personas muy influyentes, han logrado posicionarse muy alto en su campo de trabajo y han alcanzado el triunfo en una sociedad que carece —carecemos— del criterio correcto.

Y, sin embargo, aun así, comprobando estos ejemplos a diario, aun sabiendo que la premisa de Solón no siempre se cumple, quise creer en ella, adoptarla y seguirla como único camino posible para alcanzar las metas que teníamos mi sobrino y yo.

Esta decisión de seguir la premisa del maestro ateniense responde a tres motivos básicamente:

En primer lugar, no me hubiera gustado para nada, como entrenador, ponerme en manos del azar. Esperar o desear que la naturaleza hubiera dotado a mi pupilo de unas características geniales que le permitieran no someterse a una disciplina y a la ejecución de unos hábitos de trabajo que eran mi máxima ilusión. Me habría producido una gran frustración, pues habría vaciado de contenido mi dedicación.

¿Cuál hubiera sido mi papel en este caso? ¿Siente satisfacción quien gana un premio en la lotería, o sólo alegría? A mí no me hubiera gustado para nada ser un simple contemplador. Yo tenía unos anhelos, quería intervenir y quería hacerlo aplicando unos valores y no esperando la suerte del afortunado. Yo persigo, por principios, la satisfacción.

Leí una entrevista a Salvador Dalí en la que le preguntaron si pintar era difícil. Él contestó: «Es fácil o imposible».

No comparto este tipo de sentencias porque no creo en ellas. Quizás ser un genio es fácil o imposible, pero acercarse a la genialidad no tiene por qué ser por una única vía. Yo prefiero la frase de Pablo Picasso, que no creo que sea menos genial que Salvador Dalí. El pintor malagueño dijo: «Para cuando me llegue la inspiración, que me encuentre trabajando».

En segundo lugar, y aunque entre en el terreno de lo ideal, pienso que conseguir el éxito bajo las premisas de Solón es lo correcto. Este segundo motivo es de carácter

soñador.

El mundo sería mucho mejor, mucho más justo y probablemente estaría poblado por personas más felices si el éxito se engendrara en el esfuerzo, en el sacrificio y en la dedicación que pusiéramos en las cosas. Ya sé que hay otras muchas características y circunstancias a tener en cuenta pero tengo una visión romántica del deporte y, por consiguiente, de la vida en general.

El deporte, si no se percibe de forma romántica, tiene poco sentido si uno es tan reflexivo como yo. ¿Qué importancia puede tener para la humanidad correr los 100 metros lisos en 10 segundos, o en 9,59? ¿Qué importancia tiene marcar un gol más que el equipo contrario? ¿Qué importancia puede tener pasar una bola por encima de una red? Si hacemos unas mínimas consideraciones y unas cuantas comparaciones, la importancia de todo esto es bastante frívola. El valor filosófico del deporte es el sacrificio y el esfuerzo que nos ayudan a construirnos como personas capaces de enfrentarnos a cualquier otro episodio vital. Es una recompensa supuestamente merecida a una labor ardua. El deporte tiene un componente épico-justiciero que lo hace sumamente atractivo. En un partido de tenis o en una carrera de atletismo no existe la posibilidad de medrar, de posicionarse injustamente en el podio. Supuestamente, no hay victoria que no venga precedida de trabajo y de entrega constante. Muchas veces es percibido como una lucha heroica y una escenificación no ficticia de una batalla en la que gana, normalmente, el mejor.

El éxito deportivo cobra más sentido para mí si nace de unos valores; si no hubiera sido así me sentiría más estúpido de lo que probablemente soy.

Y, en tercer lugar, quise creer en la frase de Solón porque sé que para la mayoría de gente, para la gente normal como mi sobrino, es el camino más fácil para alcanzar el éxito.

Para casi todos nosotros la forma más efectiva de conseguir unas metas es a base de perseverar, de esforzarse, de hacer unos sacrificios, de llevar un orden, una disciplina. Esto ha sido así toda la vida. Es tan sencillo como saber que todo efecto viene dado por una causa. Y para esperar lo contrario hay que ser un iluso.

Ya lo dijo Woody Allen: «El 90 por ciento del éxito se basa simplemente en insistir». Es poco sólo insistir. Pero es uno de los elementos imprescindibles para la mayoría de personas.

El problema estriba muchas veces en que preferimos percibirnos como unos auténticos campeones, en que nos gusta catapultar nuestras más corrientes capacidades, en no aceptar nuestras carencias o, simplemente, en no ver objetivamente nuestras características. Las habilidades que poseemos son complejas y difíciles de definir. Tenemos características positivas que nos permiten avanzar y otras regresivas que merman nuestras capacidades. Y la relación de todas ellas forma un crisol que nos hace únicos. Yo creo que normalmente nos empeñamos en prestar atención sólo a lo bueno. O en valorarlo muy por encima de lo que se tiene que mejorar, cuando debería ser al revés.

Manteniendo conversaciones con padres de tenistas, o incluso con otros

entrenadores hablando de sus pupilos, he escuchado muchas veces frases como la siguiente: «¡Si tú vieras cómo jugó el sábado! Hizo un partido increíble, las entró todas, estaba intratable...».

Esta frase significa, según la percepción de quien la emite, que el chaval tiene el nivel tenístico que desplegó «precisamente» el sábado. Yo casi siempre identifico estas apreciaciones con un autoengaño. El nivel de un tenista, de un futbolista, de un cantante, de un médico, o de quien sea, no es el del día bueno. El nivel que tenemos haciendo una actividad es el del resultado que damos con tal actividad. Nuestro nivel es el de los días buenos, de los malos y de los mediocres. Nuestro nivel se mide por nuestro rendimiento. Porque para desarrollar nuestras habilidades contamos con toda una serie de variantes que nos hacen ser capaces de lo que somos capaces. Pero reconocer que los días malos también cuentan, que éstos también nos definen, que hay cosas que nos influyen negativamente porque no las sabemos superar, ya no nos gusta tanto.

Nunca he pensado que el nivel tenístico de mi sobrino se manifestaba solamente el día que borda los partidos. La calidad se determina todos los días y sólo aceptando esto demuestra uno que tiene intención de mejorar.

Llevo muchos años observando las distintas maneras que tenemos de escabullirnos de nuestras carencias, cuando no hacerlo es lo que más nos conviene. Muchas veces se da por sentado que hay características que nos son intrínsecas y que son inalterables. Y por el hecho de ser intrínsecas e inalterables se usan, no pocas veces, como justificación fatal a lo que no se ha conseguido, o como una aceptación adelantada de lo que no podemos conseguir.

«Si no fuera porque se presiona tanto, ganaría más partidos.»

«Si no fuera porque los nervios le traicionan, sacaría sobresalientes en los exámenes.»

«Si no fuera porque soy tímido, vendería más seguros.»

«Si no fuera por esto... si no fuera por lo otro...»

El «si no fuera por» es una especie de circunstancia que entendemos ajena a nuestro consentimiento. Se interpreta como un infortunio contra el que se puede hacer tan poco como cuando tiramos una moneda al aire.

Hay tantas modalidades de frases justificantes como situaciones que se tornan adversas. Nos gusta más alardear de lo que podríamos hacer, si quisiéramos, que de lo que podemos hacer realmente con esfuerzo. En pocas palabras, no nos gusta presumir de trabajar. No sé si esto nos define como listos o como tontos. El caso es que repetimos a menudo frases que empiezan con: «Si él quisiera...», «Si ella se lo propusiera...», «Si se lo metiera entre ceja y ceja...». También tenemos la tendencia de valorar nuestras características personales como una justificación. «Si fuera más alta, podría jugar al baloncesto», «Si tuviera más fuerza, tendría una derecha demoledora», «Si corriera un poco más, sería un gran atleta». Joan Bosch tenía una réplica propia de su buen sentido del humor y demostrativa de nuestro común punto de vista. Él decía: «Y si mi abuela tuviera dos ruedas, sería una bicicleta».

Observar y aceptar nuestras debilidades es el punto de partida para superarlas y para luchar por unos objetivos. Yo no logro deducir por qué se evita tanto reconocer lo mejorable, lo que nos hace vulnerables. Adivino que es porque nos lo tomamos como un insulto. Entendemos que nos mostramos vulnerables. Supongo que en ocasiones es conveniente no dejar entrever nuestras flaquezas, pero cuando una vulnerabilidad nos impide alcanzar unos objetivos me parece del todo inapropiado negarla.

La explicación más plausible es una consecuencia, entiendo yo, de una mala formación. Entonces, yo, como formador, como padre, como entrenador y como adulto, intento evitar esto.

Si nos preocupamos sólo de recalcar lo positivo a los jóvenes que se están formando por temor a que se ofendan, si tememos minar la autoestima del que necesita ser corregido, conseguiremos no corregirlo, por supuesto, pero es que igualmente su autoestima se minará a la larga cuando se sorprenda de no conseguir sus propósitos.

Hace unos meses estuve observando a mis hijos entrenando al fútbol y en nuestro trayecto de regreso a casa le estuve diciendo a uno de ellos una serie de cosas que había hecho bastante mal. Cuando llevaba un rato escuchándome, lo vi resoplar por el espejo retrovisor y comentarle a su hermano: «¡Qué poco me gusta escuchar lo que me está diciendo papá!». No insistí mucho más y, conscientemente, decidí reservar mi comentario para otro momento que yo tenía previsto provocar.

Al día siguiente, hacíamos el mismo trayecto, pero esta vez veníamos de entrenar al tenis. El mismo hijo había seguido con la tónica del día anterior, jugando mal, y yo se lo volví a comentar. Le dije que me costaba entender que hiciera las cosas tan mal después de tantos años de jugar al tenis. En un momento dado él me preguntó: «Papá, ¿a Rafael cuando era pequeño también le decías todas estas cosas, también le decías que lo hacía mal?». Yo le contesté: «A Rafael yo no le decía lo que os digo a vosotros. Era mucho peor. Se lo decía multiplicado por mil. Pero él lo aceptaba porque quería aprender y mejorar. Él quería ser bueno. En cambio tú no quieres mejorar. Ayer escuché lo que le dijiste a tu hermano. Pero no te preocupes que no te lo voy a decir más. Contigo seré más cuidadoso, pero tranquilo que no vas a mejorar».

Esto, que es una anécdota simple y de mi vida cotidiana, según mi entendimiento de una correcta formación es primordial. No sólo en la práctica deportiva, lo es en cualquier ámbito. Y no sólo en un día excepcional. Esta actitud es la que como entrenador he intentado propiciar con mis alumnos, y como padre lo estoy intentando con mis hijos, la de querer hacer lo necesario para mejorar, aunque no nos guste. En mi papel de formador me ocupo de que mis pupilos identifiquen sus propias carencias y de que las acepten, pero no para resignarse, sino para poder prosperar.

Esta actitud tiende a considerarse cruel, hoy en día. Es una crueldad lo que se hace con desprecio, con malos modos, con mal trato, pero no lo que se hace con carácter aleccionador, con la intención de ayudar. Evidentemente, los mensajes no pueden ser siempre negativos, hay que reconocer lo bueno. Hay que hacer notar la

mejora. Pero si sólo se hace esto, lo que se propicia es una personalidad extremadamente susceptible. Sólo con la insatisfacción se busca el avance. Y esto no tiene por qué ser negativo.

Leí hace un tiempo en una novela de Javier Marías —no puedo recordar cuál de ellas— una reflexión que hacía el protagonista en relación con la formación que había recibido de su padre. Cuando el padre del protagonista de la novela le preguntaba su opinión sobre un tema, difícilmente se contentaba con la respuesta que le daba. «¿Cómo? ¿Sólo esto? —le instigaba—, no es suficiente. Seguro que puedes profundizar un poco más. Seguro que tienes algo más que decir. Piensa, piensa un poco más y dame una explicación más completa.» El diálogo me lo invento yo, no era así exactamente pero no he logrado encontrar la fuente exacta. El caso es que me inspiró leerlo y me pareció muy instructivo y ejemplar.

La única forma de avanzar es a base de que nos hagan reconocer que no sabemos lo suficiente o que no hemos desarrollado todo nuestro potencial. Si uno se acostumbra a hacer un ejercicio de insistencia, se llegan a desplegar capacidades y conocimientos antes escondidos. Yo creo que cualquier avance, aunque sea en algo tan físico como el deporte, parte siempre de una correcta reflexión. Si no hay un ejercicio mental o intelectual, intuyo más difícil lograr avanzar.

Soy un convencido de que nuestro potencial en un sinnúmero de materias tiene un desarrollo mucho más amplio de lo que seguramente jamás llegaremos a averiguar.

La capacidad de mejora se tiene que alentar en la etapa de formación y no se debería entender como una crueldad si es en forma de crítica, si se hace con respeto y afecto, y ni mucho menos como acción mutiladora ni traumatizante.

LA CAPACIDAD DE MEJORA

Para alcanzar unas metas elevadas es imprescindible, pues, deshacerse de tendencias protectoras. Hay que reconocer y aceptar carencias y tener la intención de superarlas poco a poco. Siempre se puede mejorar. Éste es uno de nuestros puntales. Ha sido para nosotros casi un acto de fe.

Me da igual lo descabellada que parezca a veces esta idea. En nuestro caso, si no hubiéramos tenido la convicción de que se puede progresar, mi sobrino no hubiera levantado tantas copas. Se lo he escuchado decir a Rafael en muchas ocasiones, delante de un micrófono, después de conseguir imponerse en una final.

«¿Cuál es tu próximo objetivo?», le pregunta el periodista de turno.

«Ahora hay que seguir mejorando. Éste es mi próximo objetivo.»

Según mis propias deducciones, para que se materialice esta evolución constante, aunque no sea siempre con la misma progresión, se tienen que cumplir unos requisitos, de entre los cuales yo destacaría los que han sido importantes para nosotros, aunque seguramente hay más.

OBJETIVIDAD

La primera condición que se debe dar para adoptar **la idea permanente de que hay que mejorar es saberse NO suficientemente bueno.**

Esto enlaza claramente con dos ideas que ya he mencionado. Cuando he intentado no buscar explicaciones estrafalarias sobre lo que no ha funcionado en el juego de mi sobrino, me he topado con la verdad.

Lo mismo ocurre cuando uno intenta ser objetivo con el análisis de las características que se tienen, cuando rehuimos el autoengaño.

Tantas veces traté de ser ecuánime con mi sobrino, tantas veces he llegado a ser poco complaciente que, a día de hoy —es número uno en el momento en que estoy escribiendo esto—, Rafael sigue sin creerse lo suficientemente bueno. Por mi vehemencia y mi continua exigencia a lo largo de tantos años, quizás he creado en mi sobrino una inseguridad que no se corresponde con su calidad tenística. Cierta dosis de inseguridad combinada con una vehemente intención de superación puede ser un buen revulsivo.

En cualquier caso, este mal es menor comparado con lo que le ha reportado asimilar esta necesidad continua de mejora. Es más, cuando yo le repito continuamente a un chico en formación todo lo que puede perfeccionar, el mensaje implícito es que yo creo en su capacidad, que confío en él.

El que se cree muy bueno haciendo algo, aun siéndolo, abandona la lucha por progresar.

Desde muy pronto, cuando Rafael perdía algún partido y me preguntaba por qué había perdido, yo casi siempre le contestaba: «Yo creo que es porque el otro ha sido mejor que tú».

Hay quien ha visto en esta actitud cierta brutalidad, cierta propensión a disfrutar de destacar sólo lo malo. No es así para nada. Aparte de la objetividad, a mí me ha movido el miedo. He tenido siempre bastante miedo a equivocarme malcriándolo y, por esto, he estado tan atento a no cometer cesiones que lo pudieran ablandar o llevar al engaño. El autoengaño es un arma letal. Yo he temido siempre que perdiendo la imparcialidad y la perspectiva, íbamos a perder también la oportunidad de rectificar lo que debíamos.

Incluso en las victorias he sentido miedo. Me ha pasado toda la vida y ya estoy aceptando retirarme con esa lacra.

En las victorias de mi sobrino he adoptado una postura de contención por pudor íntimo, en primer lugar, pero también por ese miedo, porque he temido que la euforia nos pudiera nublar la percepción y, por consiguiente, bajáramos la intensidad de nuestro trabajo.

A la edad de once años Rafael ganó su primer Campeonato de España Alevín. En esa época no existía internet y llamé a la Federación Española de Tenis para pedirles que me enviaran por fax un listado de los últimos veinticinco campeones de España en esa categoría. Me hice pasar por un periodista para que no se malinterpretara mi intención. Recibí la lista y, aprovechando una comida familiar en casa de mis padres,

se la fui recitando a mi sobrino. Leí los veinticinco nombres:

—Juan Gómez, ¿le conoces, Rafael?

—No —me contestó.

—Campeón de España alevín. Como tú.

—Diego Fernández, ¿le conoces?

—No, no sé quién es.

—Campeón de España alevín. Como tú.

—Sergi Bruguera, ¿le conoces?

—Sí.

—Apúntalo. A éste le conocemos. Posteriormente ha sido tenista profesional de éxito.

Y así sucesivamente fuimos desgranando la lista. Aparecieron algunos nombres conocidos por todos nosotros, cuatro o cinco más o menos.

«Ésta es la probabilidad que tú tienes de ser un tenista profesional en el futuro, Rafael. No más. ¿Un 20, un 25 por ciento? Ésta es la posibilidad real», le dije.

Por supuesto, no es una estadística correcta. No soy tan tonto. Los que habían ganado en los últimos años, en los más recientes, no tenían la posibilidad de haber llegado aún. Esto hacía la comparación imposible. Pero obvié este factor porque me interesaba hacerlo. Quería que no se lanzaran las campanas al vuelo y que pensáramos que ya habíamos tomado el camino sin vuelta atrás hacia el éxito.

Sentí miedo una vez más, y todas las que me quedaban por delante.

A todo esto añadí más comentarios. Le demostré mi satisfacción por el resultado, pero no mi complacencia. Y concluí: «De ti depende en qué parte de la lista estés dentro de unos años; en la lista de los que fueron campeones de España, a secas, o en la lista de los que siguieron mejorando y lograron entrar en el circuito profesional».

Una situación similar fue la que propicié cuando mi sobrino levantó su primer trofeo en Roland Garros en el año 2005. Huelga decir que para toda la familia y para todo el equipo este triunfo supuso una alegría inmensa. Ganar un título del Grand Slam era un sueño, una meta perseguida con la conciencia de lo difícil que es alcanzarla. La satisfacción de verlo en la Philippe Chatrier ganar aquel último punto contra el argentino Mariano Puerta fue muy grande. Es uno de los triunfos que mejores recuerdos nos traen.

Y, sin embargo, creí necesario hacer el mismo ejercicio de contención que había marcado su evolución hasta entonces. Después de la ceremonia en la pista, de la ducha, de la rueda de prensa y de recibir numerosas muestras de admiración y cariño, fuimos a cenar a un restaurante de París. Estábamos el equipo al completo y buena parte de la familia que había volado desde Mallorca para ver la final. Después de la cena, la celebración prosiguió en una sala de fiestas de la capital francesa, pero yo decidí no ir. A mí me pareció que con la cena era suficiente. La temporada no había acabado y a la mañana siguiente mi sobrino tenía que tomar un tren en dirección a Alemania para disputar el torneo de Halle, el primero sobre hierba a dos semanas tan sólo de Wimbledon.

Cuando llegué a la habitación después de la cena, me senté al escritorio y en una de esas libretitas que hay en todas las habitaciones de hotel, hice una lista con todos los aspectos que había que mejorar por lo que yo había observado en la final y durante todo el torneo. A la mañana siguiente se la di a mi sobrino para que se la leyera en el tren. Yo regresaba a nuestra isla pero no quise que se fuera a Alemania con el contento del que ha culminado la labor. La labor no estaba completa, como seguirá sin estarlo hasta el día en que Rafael se retire. Había que seguir mejorando.

Esta costumbre mía de no dar nunca un trabajo por concluido se la infligí no sólo en las ocasiones especiales como la del campeonato de España o de Roland Garros. Mi sobrino la ha sufrido continuamente a lo largo de los muchos años que llevamos juntos. Casi siempre he puesto un estudiado empeño en que se fuera de los entrenamientos diarios con un cierto grado de insatisfacción. Después de una buena sesión, una vez sentados en el banco analizando el trabajo hecho, le hacía notar las cosas positivas que había visto, que bien esto, que bien lo otro, pero hay que seguir insistiendo un poco más en aquello, es necesario cambiar tal cosa. Siempre se iba a casa con algún «pero», con la idea clara de lo que teníamos que mejorar en la próxima sesión.

La insatisfacción es el alimento de los objetivos por conseguir. No hay más. Sin la sensación algo desagradable de que quedan cosas por hacer no se persiguen los retos.

Yo sufro en mis propias carnes esa inquietud permanente. Como mi mayor defecto es ese espíritu crítico que me lleva a no contentarme nunca del todo, al final no consigo obtener descanso.

Este defecto, esta insatisfacción, como decía, me lleva también a no poder ser un fanático de nada. El hecho de cuestionarlo todo me lleva a no disfrutar de ninguna adhesión incondicional, ni tan siquiera a un equipo de fútbol. Repito con frecuencia una frase que define con bastante precisión este hecho: «No soy un fanático de mí mismo, ¿cómo voy a serlo de los demás?».

Soy mucho más crítico con lo que defiendo y con lo que me importa que con todo lo demás. Lo que no me importa, me trae más sin cuidado. Y, como mi sobrino, me ha importado y me sigue importando muy por encima de muchísimas cosas, le critico todo lo que temo que le pueda perjudicar.

ACTITUD

Un segundo elemento imprescindible **para ser capaces de mejorar es aceptar que aprender cuesta.** Siempre ha sido así, siempre ha costado aprender y no hay otra alternativa, a no ser que estés tocado por una varita mágica.

Hace unos años mi mujer, que es profesora de inglés, asistió a un curso de formación para profesores de lenguas extranjeras con el fin de mejorar sus competencias en el ejercicio de la docencia. Me contó que el grueso del curso estuvo enfocado en proporcionarles herramientas que les sirvieran para hacer su labor más lúdica, entretenida y soportable a ojos, a oídos para ser más exactos, de los alumnos.

A mí me parece que esto es una equivocación. Aprender y mejorar cuesta, no a

todo el mundo por igual, pero requiere siempre un esfuerzo. Y empeñarnos en distorsionar este coste nos lleva a adquirir unos hábitos huidizos que chocan frontalmente con el aprendizaje mismo.

La labor de los profesores y, por encima de todo, de los padres **es enseñar a amar el esfuerzo**. El esfuerzo debería dejar de ser contemplado como algo negativo o penoso; el esfuerzo no es un castigo. Aceptar que las cosas cuestan es un elemento inevitable de una buena formación.

Paradójicamente, este discurso está muy extendido. No soy el único que lo pregona. Hablas con la gente y estamos casi todos de acuerdo. «La vida está muy dura», «Nuestros hijos lo pasarán fatal», «El panorama laboral es muy exigente», «Es imprescindible que se esfuercen». Sin embargo, parece ser que no actuamos en consecuencia. Hoy en día, practicamos el culto, de manera bastante extendida, a la diversión, a la benevolencia y, sobre todo, a la inmediatez.

Durante unos años, trabajé en la Escuela de Alto Rendimiento de Palma acompañando a mi sobrino y, un día, una de las niñas que entrenábamos me dijo: «Toni, ¿no podemos hacer algo más divertido?». «¿Más divertido? —le pregunté—, ¿qué quieres que hagamos? ¿Quieres que te lleve al cine? Aquí no venimos a divertirnos, Patricia, venimos a aprender. Lo único que podemos intentar hacer al respecto es divertirnos aprendiendo. Esto es lo único que está en nuestra mano.»

Es una frase muy manida esa que dice: «Lo importante es que los hijos hagan lo que les gusta». Yo pienso que lo importante es enseñarles a que les guste lo que hacen, sea lo que sea, y, por supuesto, predicar con el ejemplo. No es necesario ser un lince para saber que lo otro no es perdurable. Hacer sólo lo que nos gusta o lo que nos divierte desemboca muy fácilmente en el fracaso. Uno empieza a jugar al tenis porque es un deporte que le gusta. Al cabo de un tiempo prefiere pegarle más veces de drive que de revés porque el drive se le da mejor. Después deja de gustarle también el drive porque no siempre entra y, al final, tendremos que cambiar de deporte porque ya no nos gusta ni el drive, ni el revés ni la volea.

Yo he llegado a la conclusión, a día de hoy, de que mi sobrino ha aprendido a disfrutar plenamente no sólo con el esfuerzo, sino incluso con el sufrimiento que le proporciona el máximo esfuerzo.

Mi sobrino ama lo que hace, ama su profesión. Ama el tenis de verdad con todo lo que ello implica.

Cuánto hay de pasión congénita y cuánto de actitud en ese amor es algo que no he logrado desgranar, por mucho que lo haya meditado. Sin embargo, sé positivamente que hay de las dos cosas y pienso que, sea cual sea el porcentaje que le corresponde a la actitud, lo más conveniente es trabajarla y no jugarte la posibilidad de que la pasión se vaya apagando.

Es sabido, creo yo, que Rafael tiene un talante muy sosegado ante la vida en general, su manera de ver el mundo es muy templada; no se posiciona de manera radical ni incondicional ante casi nada porque entiende la moderación como el camino más conveniente; en cambio, se acostumbró a entender su trabajo de manera muy

vehemente. De manera innata, mi sobrino se apasiona de verdad con el deporte, pero también es verdad que se habituó a desarrollar unas estrategias que alimentaran esa pasión.

Siendo aún bastante jovencito, yo le animaba a que se exaltara en la pista, a que desplegara esos gestos tan típicos suyos con los que se infunde coraje. Y, sobre todo, muy por encima de todo, he intentado entusiasmarle con la palabra. Ahí es donde enlazo con lo que he comentado antes sobre el liderazgo. No es que yo me considere ningún líder pero sí he creído profundamente en el poder de la palabra, en el contagio verbal. Hablando se inflaman los ánimos.

Mi intención ha sido echar leña al fuego, instigar aún más su apasionamiento con el mío propio. Cualquier insignificancia deportiva propia o ajena podía ser motivo de una larga charla; de hecho, hoy sigue siendo así.

Dice Javier Cercas en *Soldados de Salamina* que «la guerra la hacen los poetas». Cuando lo leí pensé: ¡cuánta razón hay en esta frase! La guerra la hacen los poetas, los que se apasionan con una idea y son capaces de transmitirla con empuje, con arrojo. Mi propia pasión por el tenis es la que me ha llevado a transmitirle esa forma de trabajar tan poco tenue. No me estoy poniendo medallas de instigador imprescindible; aunque sí de revulsivo constante, sobre todo durante los primeros años. Ahora, Rafael tiene marcada a fuego esta forma de entregarse a su trabajo.

Un día estábamos comentando de forma general su carrera tenística, sus dificultades por lesiones, las adversidades con las que se ha topado en el camino, aparte de los rivales tan potentes con los que ha coincidido. En un momento dado le comenté: «¿Cuánta gente habrá, o tenistas —no sé lo que le dije exactamente—, que mirando atrás se habrá lamentado de no haber conseguido tal meta, tal victoria que tuvieron cerca?».

Entonces él me contestó: «Lo que sí te puedo asegurar, Toni, es que pase lo que pase, haya ganado lo que haya ganado, me iré de este deporte con la tranquilidad de haber hecho todo lo que ha estado en mi mano. Siempre me he esforzado al máximo, Natali».

Esta frase responde a una personalidad apasionada, no sólo a una personalidad trabajadora.

Y finalmente, destacaría que, a pesar de conocer las propias carencias, de aceptar que aprender cuesta y de tener la voluntad de amar lo que hacemos, hay que dejar un espacio en nuestra ansia por mejorar, para un elemento imprescindible: **tener confianza en uno mismo**.

Según los parámetros actuales, se puede pensar que lo que yo he hecho en mis años con Rafael está más encaminado a amputar su confianza que a alentarla. Para mí ha sido más bien lo contrario. Siempre he considerado que muy pobre es la autoestima del que necesita que continuamente le valoren, e incluso le sobrevaloren, su despliegue de aptitudes.

También es verdad que no todo el mundo puede soportar la misma presión. Como ya he comentado, he tenido la gran suerte de trabajar con un chico que ha

soportado unas apreturas y una exigencia poco usuales.

Pero, aparte de esto, ya desde pequeño Rafael demostró toda una serie de características que no hicieron más que darme valor para seguir con mi severo plan de trabajo.

En cierta ocasión, cuando él tenía once o doce años, disputó un torneo en Mallorca, uno de tantos en la época y, por tanto, con chicos que se conocían por coincidir asiduamente. Era domingo el día de la final y nos dispusimos a ir al club para optar a la copa. Durante toda la semana había jugado bastante mal, bastante por debajo de su nivel habitual y, aunque jamás había perdido un partido contra el rival que le tocaba, pensé que quizás estaría presionado por las malas sensaciones que arrastraba de todo el torneo.

—¿Estás nervioso? —le pregunté durante nuestro trayecto.

—¿Nervioso? ¿Y por qué iba a estar nervioso? —me preguntó él a su vez.

—Hombre —le contesté yo—, has jugado bastante mal durante toda la semana. Una derrota no estaría fuera de lo lógico si sigues con la misma tónica.

—No he perdido nunca contra este chico y, ¿justamente voy a perder hoy que nos enfrentamos en la final?

Esta aseveración no respondía para nada a una actitud chulesca que jamás le ha caracterizado; era más bien una especie de resorte, un revulsivo que le singularizaba y que a mí me sorprendía.

La expresión de la cara de mi sobrino, sobre todo cuando era un niño pequeño, era de niño bueno. Su mirada no escondía maldad, se fiaba de todo lo que le decías. Se mostraba sin dobleces y siempre apacible. Pero cuando entraba en la pista, cuando entrenaba y, no digamos, cuando competía, demostraba ya en su niñez una agresividad que lo transformaba.

Cuando tenía un partido de competición, yo percibía ya en el coche su ansiedad. Normalmente tamborileaba en la alfombrilla, con la pierna izquierda, o con la derecha, o con las dos. Pero cuando yo le preguntaba si estaba nervioso, siempre me contestaba que no. Me decía que tenía ganas de llegar y de jugar. Lo que tenía era impaciencia, inquietud por estar ya en la pista compitiendo.

Había toda una serie de elementos que me daban pistas muy alentadoras; la primera y más importante, sus victorias, por supuesto.

Aun así, aun teniendo esta base que alimentaba mi ambición aleccionadora, pensé siempre que una correcta formación es la que proporciona el despliegue máximo de estas aptitudes y, por el contrario, un adiestramiento laxo o equivocado puede dar al traste con unas aptitudes en principio apropiadas. Esta confianza en uno mismo se debe trabajar como el drive o el revés.

Evidentemente, a medida que la competición se torna más agresiva, que los rivales son no sólo los de tu edad, ni tampoco los de tu comarca, sino que compites con los mejores de cada país, las clavijas se aprietan solas, no hace falta que te las ajuste nadie. Cuando entras en el circuito mundial las inseguridades hacen acto de presencia incluso para la personalidad más sólida. El tamborileo de piernas empieza

ya a responder a un estado de presión real, de miedo a la derrota.

Es verdad que Rafael empezó muy joven en la competición profesional; tenía sólo diecisiete años, y los primeros años fueron los más inconscientes. Cuando eres el más joven y no tienes nada que perder, el apremio que sientes es mucho menor y, además, el desparpajo y la actitud desafiante que imprime la juventud son una baza muy potente. Pero esto se acaba pronto.

Cuando esto ocurre, sólo hay una manera con la que puedes seguir manteniendo esa confianza en tus posibilidades: haber hecho los deberes. Haber entrenado bien, con seriedad y con intensidad. Tener la tranquilidad de haber hecho todo lo que estaba en tu mano es lo que te confiere esa seguridad en ti mismo. Pasa lo mismo que en cualquier otro ámbito. El empresario que se va a una reunión importante de negocios y lleva bien estudiados todos los datos, estará mucho más seguro; el estudiante que se va al examen sabiéndose al dedillo todos los temas, notará los nervios de rigor, pero sabe que ha hecho lo que toca y esto siempre es una baza muy importante.

Nosotros hemos intentado siempre hacer todo lo que está en nuestras manos, preparar el examen a conciencia y salir a la pista con la inquietud inevitable pero también con la tranquilidad de haber cumplido con nuestro deber. Sólo así se trabaja de manera sólida la confianza en uno mismo.

LOS OBJETIVOS

Voy a ser prudente en lo que voy a manifestar y reconocer de antemano que, quizás, esta apreciación —las bondades que yo le otorgo a perseguir objetivos— es subjetivamente mía y que viene motivada por mi cerrada manera de entender el mundo.

Toda la vida he perseguido algo, intentar ser tenista, aprender a jugar al ajedrez, tener un alumno destacado en mi escuela, ayudar a mi sobrino con sus propios retos. Mi cautela me hace entender que una vida así no sólo es la más adecuada, sino que —y eso sí lo tengo claro—, a mí particularmente, no tener objetivos me desbarataría buena parte del sentido de mis días. Que yo recuerde he tenido metas toda la vida y pienso que si no las tuviera andaría perdido. Soy de naturaleza nada fanática como he dicho pero, en cambio, soy muy vehemente en la persecución de lo que ansío.

No me imagino a mí mismo viviendo sin algo entre manos. Más que algo entre manos, es algo en la cabeza. Mis quehaceres me ocupan no sólo las horas que estoy en la pista entrenando, por ejemplo. Me ocupan muchísimas horas, mentalmente. Indago todo el rato, casi obsesivamente, sobre cualquier aspecto relacionado con mi actividad. Siempre digo que trabajo muy poco, y es verdad. Mentiría si dijera lo contrario. Lo que es estar en la pista me ocupa unas cuantas horas al día, tres, cuatro a lo sumo. No más que esto. Pero mantengo la cabeza ocupada durante mucho tiempo analizando, examinando y programando. Hay una gran parte de mi trabajo que exige

recogimiento, tranquilidad y sosiego. Exige una soledad que busco, normalmente, caminando ensimismado durante horas por las ciudades en las que estoy o por el campo, si estoy en Mallorca.

Deduzco otra vez lo mismo, lo que subyace a todos los principios de este libro. El entrenamiento, cualquier entrenamiento, aprendizaje o mejora se gestan en la cabeza. Si no hay una reflexión previa, un análisis bien meditado, es más difícil tener claros los objetivos y, mucho más aún, dar con la senda adecuada.

Con la cabeza desocupada siento que viviría desapasionado, iría descarriado, sin rumbo. Y como entiendo esto para mí, tengo el defecto de entenderlo para los que tienen una relación profesional conmigo, como ha sido el caso de mi sobrino Rafael. En qué momento empecé a compartir con él la posibilidad de perseguir un sueño, en qué momento pasó a ser nuestra relación también profesional además de puramente familiar, es muy difícil de dilucidar porque nunca ha habido la firma de un contrato. Pero si tuviera que señalar una fecha aproximada, sería siendo él aún muy pequeño, cuando contaba unos seis años, siete a lo sumo.

Y esta fecha marcaría también el nacimiento de dos caminos paralelos marcados por la persecución de un objetivo realmente ambicioso.

Cuando percibí las características de mi sobrino, cuando vi que quería aprender sin descanso, que sentía verdadera pasión por el deporte y que tenía potencialidad, empecé a alimentar su apetito de la manera que yo entiendo como la más eficaz: marcándole unos objetivos.

Me parece fundamental, inevitable, lógico. Yo pensé, desde el principio y de la misma manera que había hecho conmigo mismo, que necesitábamos un marco de actuación, un camino a seguir y una herramienta potente de motivación.

Los objetivos son todo esto. Trabajar con objetivos concretos te permite tener unos parámetros con los que poder medir los resultados. Es la base sobre la que se va a sostener todo el trabajo. Es lo que da sentido a la labor diaria. Sin objetivos todo se diluye, no se puede trazar una ruta porque no sabemos adónde vamos.

Yo he intentado que los objetivos marcados cumplieran dos requisitos, sin los cuales me imagino un camino bastante estéril.

El primer requisito es que el reto sea elevado. Si el objetivo no es elevado, la intensidad del trabajo se resiente, pierde sentido la perseverancia e, irremediablemente, se entra en un estado de somnolencia que impide el avance. Pero que sea elevado no tiene que significar que sea desmesurado.

Si el que lo persigue siente que el desafío es inalcanzable, el abandono también será muy apetecible.

Es por esto por lo que uno debe saber medir las fuerzas a las que enfrenta a su pupilo. Yo le apretaba mucho pero nunca ahogaba a mi sobrino. Hay que saber observar lo que puede aguantar una persona, hay que saber contar con el material del que está hecho, pero también en qué momento se pueden resquebrajar sus componentes.

El otro requisito es que los objetivos sean renovables. Esto es lo que ha permitido

a Rafael ir coleccionando títulos y no quedarse contento con los primeros éxitos que cosechó.

Durante muchos años, tuvimos en mente como primer gran reto poder alzar la Copa de los Mosqueteros en Roland Garros. Los tenistas españoles habían destacado históricamente sobre tierra batida. Digamos que era nuestra especialidad, y teníamos precedentes que así lo corroboraban: Albert Costa, Sergi Bruguera, Carlos Moyà, Arantxa Sánchez Vicario, David Ferrer, Alex Corretja. Los cuatro primeros han ganado un Roland Garros, dos en el caso de Sergi, los dos últimos han jugado una final.

Rafael disputó su primer Roland Garros en el año 2005. Nunca había participado en el torneo de la capital francesa, ni tan siquiera en la categoría junior porque coincidía con los exámenes de final de curso. En su primera participación ya era un tenista a tener en cuenta porque venía de ganar en Montecarlo y en Roma, los dos torneos Masters 1000 previos al Grand Slam, pero no era el jugador favorito, por su juventud y por su consiguiente falta de experiencia. Avanzó muy sólidamente hasta cuartos de final, cediendo un solo set. En semifinales se enfrentó a Roger Federer, a quien ganó en cuatro sets. Y finalmente, ganó el torneo contra Mariano Puerta un domingo 5 de junio, dos días después de cumplir diecinueve años.

Después de Roland Garros disputó un torneo sobre hierba en Alemania e inmediatamente participó en Wimbledon. Cuando se despidió del torneo británico pudimos descansar unos días en nuestra isla, antes de cruzar el Atlántico para encarar la gira americana. En ese pequeño descanso en casa ya empecé a dibujarle una nueva idea, que continué introduciendo paulatinamente y sobre la que ya insistí mucho más al preparar la pretemporada en Mallorca a finales de noviembre y principios de diciembre.

La idea que le estuve repitiendo fue la siguiente: cuando los tenistas españoles arriba mencionados lograron alzarse con el máximo galardón en la Philippe Chatrier, pensamos que podrían, si no fácilmente, sí probablemente, alzarse con un segundo título, o incluso con un tercero. Aun siendo todos ellos tenistas de un nivel indiscutible, buenos referentes del tenis español y que, además, han pasado a la historia por ello, insté a mi sobrino a que intentara no ser «otro» tenista español que ganara un Roland Garros.

Espero que no se tomen estas palabras como despectivas hacia estos tenistas. Nada más lejos. Siempre se los puse de ejemplo a mi sobrino porque todos ellos tuvieron unas características técnicas y un comportamiento en las canchas dignos de ser destacados a un niño que persigue hacer lo mismo. Mi intención era renovar retos, tener nuevas metas en mente, perseguir nuevos motivos sobre los que apoyar la lucha y el trabajo. Yo no quería que estuviera satisfecho, quería que anhelara la consecución de nuevos objetivos, que quisiera llevarse otro trofeo a su casa, respondiendo más a esa forma de entender el trabajo que a una insatisfacción real si no hubiera logrado ningún otro más.

Explico esto con vehemencia cansina; pero, en realidad, me costaría creer que

alguien pusiera en duda el valor que tiene haber ganado un Roland Garros, como hicieron todos los tenistas mencionados.

Rafael ganó el Roland Garros otra vez en 2006, en 2007 y en 2008. Pero, en ese momento, esto había dejado de ser un único objetivo. Los retos se fueron acumulando y solapando. Han sido muchos los que hemos perseguido todos estos años, simultáneamente o escalonados. Algunos de ellos han sido la respuesta simplemente a la ambición de mi sobrino, a sus ansias constantes de ganar, a su deseo de acumular títulos y a su miedo a perder. Sin embargo, los grandes estímulos, los grandes escollos, no podíamos tenerlos previstos. No los habíamos ideado nosotros.

Nosotros no ideamos a Roger Federer, ¡nada más lejos de nuestro deseo! Y ahí estaba, una piedra monumental en medio del camino que durante mucho tiempo nubló la posibilidad de que mi sobrino ocupara el primer puesto del ranking mundial. Roger fue número uno durante 237 semanas seguidas, batiendo así el récord mundial y, un total acumulado de 302 semanas. Mi sobrino ha sido número uno durante 39 semanas seguidas y un total acumulado de 141 semanas. Sin embargo, en cuanto a sus enfrentamientos directos, Rafael ha conseguido sortear la enorme piedra con una buena solvencia. Hasta hoy, se han enfrentado en 33 ocasiones, de las cuales 23 han caído positivamente del lado de mi sobrino.

Roger Federer atesora una supremacía estética y técnica sobre Rafael de sobras conocida y, sin embargo, éste estuvo luchando denodadamente para conseguir el ansiado número uno a pesar de la presencia del suizo. Fue un revulsivo durante mucho tiempo, otra pendiente muy empinada y compleja. De hecho, no teníamos la seguridad de poder encararla con éxito. Era más bien fácil augurar que no.

Aun así, estuvimos trabajando muy intensamente con la idea de encontrar un camino, una manera de vencer al mejor tenista.

El caso es que cuando Rafael consiguió de una manera más o menos estable poder enfrentarse al suizo, apareció en el horizonte una nueva hornada de tenistas dispuestos a golpear la bola más fuerte y más rápido.

De nuevo, nos encontramos ante retos nuevos que no habíamos diseñado nosotros, muy complicados también, nuevas formas de jugar, increíblemente agresivas y desgastadoras. Esto nos impulsó a marcarnos más objetivos, a buscar nuevas salidas, a tener que reflexionar sobre lo que teníamos que hacer para intentar que nos afectaran lo menos posible.

Hay un momento que recuerdo perfectamente aún hoy, un momento que quedó grabado en mi retina y que tampoco hemos conseguido hacer desaparecer de nuestra trayectoria.

Estábamos en Wimbledon. Era el año 2006. Yo venía caminando desde el Aorangi, la zona destinada a los entrenamientos en el club británico, y me dirigía al vestuario, donde me estaba esperando Rafael. Por el camino pasé por una pista, la número 18, y me paré un ratito a ver el partido que se estaba disputando en ese momento. Estaba compitiendo el argentino Juan Mónaco, uno de los mejores amigos de mi sobrino dentro del circuito. Estaba jugando contra un tenista que yo desconocía.

Los estuve observando un buen rato y, finalmente, me dirigí al vestuario. Cuando llegué, le dije a mi sobrino:

—Rafael, tenemos un problema.

—¿Cómo? —me preguntó él.

—Que tenemos un problema —le repetí—. Se llama Novak Djokovic y está jugando contra Juan Mónaco en la pista número 18.

Al cabo de poco tiempo, por si el serbio no fuera suficiente, avistamos otro problema con nombre propio: Andy Murray.

No muy lejos de éstos —cualquier aficionado ya lo habrá adivinado— hemos tenido y seguimos teniendo nombres propios que ahogan cualquier deseo de descanso: David Ferrer, Juan Martín del Potro, Tomas Berdych y unos cuantos más.

En este punto, temo haberme explicado mal. Quizás he dado a entender que los rivales han sido objetivos en sí mismos. Bueno pues, en realidad, no ha sido tan así como puede parecer de entrada. Mi sobrino ha vivido una época del tenis que difícilmente se repetirá en la historia de este deporte, o así lo percibo yo. Los nombres propios de los últimos años han desplegado un nivel tan elevado y ajustado que se han convertido todos ellos en alimento de la ambición propia de la personalidad de los otros. Es fácil de entender que cada uno de ellos ha actuado como revulsivo y acicate de los otros.

Sin embargo, cuando me han preguntado en alguna ocasión si nuestro máximo objetivo era el nombre propio, fuera Roger Federer, fuera Novak Djokovic, he contestado siempre que no. En la pregunta yo entiendo si nos hemos dedicado a estudiar concienzudamente a los rivales, a mirar vídeos de su juego y a convertirlos en una finalidad.

Esto no lo hacemos porque asumo, desde que entramos en el circuito, que ya tenemos suficiente tarea intentando mejorar nuestro juego como para complicarnos la vida estudiando el juego de los otros. Esta respuesta no puede interpretarse a la tremenda. No ignoramos la implacable derecha de Federer cuando mi sobrino se tiene que enfrentar a él, e intentamos pensar en un tipo de juego que la evite. Lo que pretendo inferir con esta idea es que el máximo objetivo para nosotros ha sido siempre nuestro juego, el juego de mi sobrino, intentar desarrollar al máximo sus propias capacidades y confiar en que esto le lleve a alcanzar triunfos, a conseguir torneos, a posicionarse en lo más alto del ranking y a poder vencer al tenista que tenga en suerte, o en desgracia, al otro lado de la cancha.

La lucha ha sido siempre contra un solo nombre propio. La lucha ha sido contra Rafael Nadal.

En el año 2006 o 2007 empezamos a escuchar manifestaciones de diversos entendidos en tenis que vaticinaban que Rafael no sería capaz de ganar ningún grande que no fuera sobre tierra batida.

Esto sí que se dibujó en objetivos reales. No como réplica orgullosa a la opinión de los expertos, ni mucho menos, sino a esa ambición intrínseca que nunca ha parado de crecer.

Yo he tenido la suerte de que cualquier posibilidad, por remota o difícil que fuera de entrada, se convertía en objetivo por una característica que tiene Rafael que no he mencionado aún, pero que es una de sus principales virtudes como deportista. Y, a la vez, el sueño de cualquier entrenador que ame su trabajo.

Rafael está dispuesto, lo ha estado desde muy pequeño, a hacer cambios en su juego. Ha estado dispuesto a hacer lo que tuviera que hacer para mejorar. Y esto es quizás una de las cosas más difíciles de dominar: la tendencia a seguir haciendo lo que tenemos por costumbre. La mayoría de los humanos somos reacios a los cambios. Se nos hacen cuesta arriba. Cuesta hacer cambios cuando las cosas van mal; cuando van bien, cuando se ganan partidos, hay que tener una fuerza de voluntad férrea y una gran fe en la posibilidad de lograr el objetivo para aceptar esos cambios.

Es complicado que un tenista que tiene una supremacía sobre una superficie en la que ha conseguido 81 victorias consecutivas —como era el caso de mi sobrino sobre tierra batida— esté dispuesto a someterse a variaciones que lo saquen de su comodidad. Mi sobrino ha estado dispuesto a ello. Él aceptó unos cambios, si no radicales, sí poco cómodos. Él aceptó adoptar pequeñas modificaciones en su juego que podían incluso comprometer parte de su seguridad.

La pista dura ha sido históricamente una superficie extraña en algunos países, entre ellos España. Por eso jugadores dominantes en tierra batida, con la característica principal de un sólido juego desde el fondo de la pista, han sido fácilmente batidos por los especialistas en pista rápida.

Los americanos, los australianos y los jugadores de países fríos donde era necesario jugar en pista cubierta tenían supremacía cuando se barría la tierra de las canchas. Su juego se ha caracterizado por un potente saque y pocos intercambios. Aparte del buen servicio, estos tenistas, que además dominaban las listas de la ATP, eran especialistas en agresivos golpes planos y en una fulminante volea.

Los jugadores españoles y sudamericanos, en cambio, tenían que esperar la llegada de la tierra batida para que sus golpes liftados y parabólicos superaran las subidas a la red de sus oponentes.

La hierba de Wimbledon es la máxima expresión del juego sobre pista rápida. La bola casi no bota y hay que flexionar mucho en cada golpe y avanzar rápidamente a la red para evitar que tu oponente te gane esa posición y ejecute el golpe ganador con una volea. Los jugadores rápidos y flexibles, como Roger Federer, son los grandes dominadores del pasto.

Bueno, pues nosotros observamos como el juego en pista rápida iba ganando más terreno e importancia en el circuito y esto, sumado a la supremacía de los especialistas en pista rápida, hizo que Rafael quisiera llevar a cabo los cambios necesarios para optar a estar entre los mejores de la lista, por incómodo que esto fuera.

En ocasiones lo he explicado dando charlas para empresas. Pasa mucho en el campo de los negocios, un campo muy cambiante y agresivo, con nuevos retos y con una competencia que te pisa los talones. En este ámbito los objetivos son constantemente renovados y cada vez más elevados, por eso no queda más remedio que salir de la zona de comodidad e intentar hacer cosas nuevas.

La predisposición a no sentir compasión por uno mismo es lo que te lleva a sentirte valorado —en realidad estas valoraciones suelen salir de uno mismo— y a conseguir resultados nuevos. Ya lo expuso Einstein, creo: «Esperar resultados distintos haciendo lo mismo de siempre es de locos».

Mi sobrino ha dominado su voluntad y se ha quedado poco tiempo en la zona de comodidad. Aceptó que tenía que someter su tenis y su trabajo a unas modificaciones y esto le llevó a alzarse con el título de Wimbledon en 2008, después de perder durante dos años consecutivos en la final del All England Tennis Club. En el año 2009 ganó el Australian Open y en 2010 el Open de Estados Unidos.

Rafael ha sido el jugador más joven en conseguir el Grand Slam completo (no en

forma consecutiva). Lo ganó con veinticuatro años y unos pocos meses. Ostenta también el récord absoluto de títulos consecutivos en Roland Garros, con cinco, y no consecutivos, con nueve. Fue el tenista más joven en ganar el Golden Grand Slam de carrera, que consiste en ganar los cuatro grandes más la medalla de oro en los Juegos Olímpicos. Tenía veinticuatro años también. El otro único tenista en conseguirlo fue Andre Agassi y lo hizo con veintinueve.

Estas estadísticas sólo pueden corresponder a una personalidad ambiciosa. Mi sobrino, desde luego, la tiene.

La palabra «ambición» se relaciona normalmente con actitudes perversas y negativas, con la avaricia, la codicia y, sobre todo, con dar como válida cualquier regla en el juego.

Yo pienso que Vicente Ferrer, por poner un buen ejemplo, fue un hombre muy ambicioso; Mahatma Gandhi, seguramente también; Nelson Mandela, no me cabe la menor duda de que lo era en dosis elevadas. Y no creo que nadie relacione sus inestimables aportaciones a la humanidad con deseos de ser poderosos o ricos.

La ambición de mi sobrino, como ya he apuntado, ha sido un elemento incuestionable de su personalidad, pero yo no la concibo como algo negativo.

Por supuesto, no lo compararía a los nombres que he mencionado, pero quiero pensar que la ambición de Rafael —que habrá beneficiado a la historia del deporte, aunque no a la historia de la humanidad— no ha sido tan ciega como para aceptar cualquier medio para llegar a sus objetivos.

En su ánimo está vencer pero no pisotear ni despreciar a nadie.

En la ambición de Rafael hay un deseo importante de superarse a sí mismo y esto le ha llevado a disfrutar de unos éxitos que, por supuesto, valora y disfruta. Pero el éxito no es un objetivo en sí mismo.

La ambición de mi sobrino le ha llevado a ganar mucho dinero y tampoco voy a intentar engañar a nadie diciendo que eso no le importa, pero sé que no tiene el dinero en mente cuando persigue sus objetivos. También pienso, a este respecto, que una persona puede ser ambiciosa y humilde.

El tema de la humildad lo voy a desarrollar más adelante. Ahora simplemente voy a cerrar este capítulo con un precioso poema de Gustavo Adolfo Bécquer, la Rima LXVII, que he recitado un sinnúmero de veces para mí mismo, en mis paseos, porque me gusta mucho ésta en particular y porque expresa a la perfección un sentimiento, el de la ambición, que, con las distancias evidentes, he compartido con mi sobrino.

¡Qué hermoso es ver el día
coronado de fuego levantarse
y a su beso de lumbre
brillar las olas y encenderse el aire!
¡Qué hermoso es, tras la lluvia
del triste otoño en la azulada tarde,
de las húmedas flores
el perfume aspirar hasta saciarse!

¡Qué hermoso es cuando en copos
la blanca nieve silenciosa cae,
de las inquietas llamas
ver las rojizas lenguas agitarse!
¡Qué hermoso es cuando hay sueño,
dormir bien... y roncar como un sochantre...
Y comer... y engordar...!, ¡y qué desgracia
que esto sólo no baste!
GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

LA FORMACIÓN DEL CARÁCTER

A raíz de mi colaboración con la Fundación Lo Que de Verdad Importa he tenido la oportunidad de conocer a personas con testimonios personales muy enriquecedores. El testimonio, hoy que proliferan tantas teorías más o menos válidas de gurús variopintos, tiene el valor de lo avalado por los hechos; aunque esto no signifique que, a partir de ahí, se pueda hacer una generalización, ni extraer conclusiones dogmáticas. Yo hablo en todo momento desde nuestra experiencia y de lo que nos ha servido o podido inspirar, pero en ningún momento pretendo ser tajante.

Como decía, uno de los testimonios que me han impactado más, tanto por la gravedad de lo ocurrido como por su profundo mensaje, es el caso del uruguayo Nando Parrado.

Nando Parrado es uno de los supervivientes del accidente aéreo de los Andes. Esta simple frase nos hace reconocer, treinta años después de los hechos, una historia que Frank Marshall llevó al cine —*¡Viven!*— y que impactó y sobrecogió al mundo entero. El avión de Nando Parrado y su equipo de rugby se estrelló en plena cordillera de los Andes, cuando iban a disputar un partido en Montevideo. En el primer impacto de la nave fallecieron trece de los cuarenta y cinco pasajeros. Pero el número de muertos se fue incrementando día a día, por las heridas, el debilitamiento y la inanición, y por una avalancha de nieve.

Nando perdió a su madre, a su hermana y a sus amigos más íntimos. Soportaron temperaturas de más de 30 grados bajo cero, la carencia total de alimentos, agua, y ropa que no fuera la primaveral que llevaban en el momento del accidente. Y, sin embargo, dieciséis personas lograron sobrevivir al brutal episodio, permaneciendo durante setenta y dos días en esas infernales condiciones, por contradictorio que pueda parecer el último adjetivo.

No voy a adentrarme en detalles de la historia que son conocidos por muchos. En este momento, lo que me apetece rescatar es lo que me contó el propio Nando sobre la capacidad de superación del ser humano y de la importancia que tiene en ello la formación del carácter.

Nando se formó en un colegio, y seguramente en una época y en un contexto, en el que se daba especial importancia a los elementos que te convierten en un adulto completo y que incluyen algo más que el contenido de las materias escolares. Él piensa que, en parte, esta disciplina férrea que aprendieron, esta formación que les exigía ser chavales esforzados, este equipo que se debía a unas obligaciones morales y vinculantes inexcusables, que aprendió a hacer uso de la responsabilidad personal como elemento estructural, le ayudó a él y a sus compañeros a sobrellevar unas situaciones impensables para cualquier ser humano. Los valores que él destacó cuando me lo contó fueron la generosidad, el esfuerzo, la unidad y la entrega.

Es fácil imaginar que, aun así, resultó una experiencia extremadamente complicada para todos ellos. El que era el líder indiscutible tanto en el equipo antes del accidente como después durante los primeros días de supervivencia, Marcelo, se derrumbó en un momento sumamente desolador. Habían conseguido rescatar y habilitar una radio que había en el aparato y eso les permitía seguir su propia búsqueda, su única esperanza de salir de allí con vida. Lamentablemente, ese único vínculo que tenían con el exterior era unidireccional. En un momento dado, al cabo de diez u once días de la caída del avión, escucharon que las labores de rescate habían sido suspendidas al considerarse que no había ninguna posibilidad de que alguno de ellos siguiera con vida.

En este momento, Roberto Canessa asumió el papel de líder y no lo abandonó hasta que él y Nando realizaron una larga marcha de once días, caminando sin descanso más de diez horas diarias escalando montañas de hielo y nieve, superando falsas cimas, hielo, rocas, grietas, hasta que lograron contactar con un pastor chileno y, setenta y dos días después del accidente, pudieron rescatar a los compañeros que seguían con vida al lado de los restos del avión.

Nando me relató que en esos momentos, después de haber perdido cuarenta kilos de peso, extenuado y totalmente al límite de sus fuerzas, había recurrido a la historia de su padre para infundirse algo más de fuerza: «Mi padre había sido un buen deportista y me había contado muchas veces cómo ganó el Campeonato Sudamericano de Remo; a cincuenta metros de la meta su cuerpo estaba al límite, le estallaban los pulmones, los músculos agarrotados, sólo quería rendirse, dejar de sufrir; entonces miró a su contrincante y vio el mismo sufrimiento en su rostro, y empezó a remar con más fuerza, un poco más, un poco más, hasta que atravesó la meta, el primero. Esta historia años después me salvó la vida».

Nando es, con poco espacio para la duda, un auténtico experto en las herramientas que tiene el ser humano a la hora de superar auténticos retos, por su propia experiencia y por la de sus compañeros. Tuvieron mucho tiempo para reflexionar, para analizarse a sí mismos, para comprobar cómo reaccionaba cada uno. Los que lograron salir con vida han podido reflexionar posteriormente, durante muchos años, sobre todo lo que vivieron y sobre las reacciones del ser humano ante vivencias extremas.

El carácter de Nando fue lo que le llevó a tomar la decisión más importante de su

vida en treinta segundos. Decidió morir caminando, y eso fue, precisamente, lo que le salvó la vida.

A continuación me contó que sobrevivir no fue un milagro. Fue fuerza de voluntad.

Nando le regaló su libro, *Milagro en los Andes*, a mi sobrino. Sé que lo leyó y, en distintas ocasiones, hemos hablado de la tragedia del equipo de rugby, como también hemos hablado de otros ejemplos de superación. Hemos hablado de muchas cosas toda la vida, le he puesto muchos ejemplos que me han inspirado, a mí como entrenador, y que, he creído, iban a inspirarle a él como tenista; ejemplos que han reafirmado mi creencia en la capacidad del ser humano de superar pruebas muy difíciles.

Cuando se dan unas circunstancias complicadas, como les sucedió a Nando y a sus amigos, cuando hay guerras, cuando hay carencias económicas graves, cuando nos vemos sometidos a vicisitudes amargas o trágicas, el carácter se forma en la resistencia y desarrolla la capacidad de superación.

Otros testimonios que he conocido en la misma fundación —y con los que he podido reflexionar después de conocer sus casos— tienen, todos, algo en común, un razonamiento que comparten sin excepción.

Irene Villa perdió las dos piernas y tres dedos de una mano en un atentado terrorista perpetrado por ETA cuando tenía sólo trece años. Si tuviera que enumerar todo lo que ha hecho Irene en su vida a nivel profesional y a nivel personal, ocuparía el resto de páginas de este libro. Irene es un ejemplo de optimismo y de capacidad de ser feliz sean cuales sean las circunstancias.

Bosco Gutiérrez Cortina, exitoso arquitecto mexicano, fue secuestrado en 1992 cuando salía de misa y permaneció encerrado en un zulo de un metro de ancho por tres de largo durante 257 días, unos nueve meses, sin ningún tipo de comunicación con el exterior, desnudo, maltratado psicológicamente por sus secuestradores. Sin embargo, salió sin secuelas. Consiguió, de forma paulatina, construirse su propio universo, sus rutinas de ejercicio físico y mental, y emergió del agujero con la convicción de que la fortaleza del ser humano puede alcanzar dimensiones inimaginables.

Anne-Dauphine Julliand perdió a su hija Thaïs, de poco menos de cuatro años de edad, de una leucodistrofia metacromática. Azylis, hermana menor de Thaïs, tiene el mismo diagnóstico, aunque un trasplante de médula ósea le salvó la vida. Anne-Dauphine escribió un libro testimonial, *Llenaré tus días de vida*, en el que narra cómo consiguen ella y su marido, Loïc, entender su experiencia como una preciosa historia de amor que va más allá del sufrimiento más insoportable.

Todos ellos, como decía, manifestaron una reflexión común. Si antes de ocurrirles lo que después les ocurrió hubieran tenido que ponerse en la tesitura de imaginar su reacción ante lo que iban a vivir, todos habrían asegurado su incapacidad de afrontarlo. Y, sin embargo, después lo hicieron. Lo hicieron de manera ejemplar.

Cuando estamos a los pies del Everest, se nos hace monstruosa la idea de poderlo

escalar. No se puede subir de golpe, hay que hacerlo paso a paso y si retrocedemos hay que rehacer los pasos perdidos. Así es todo en la vida. Y, sean cuales sean las circunstancias, y nunca sabemos cuáles van a ser, seguramente seremos capaces de superar más cosas de las que nuestra mente imagina. Ser conscientes de ello, poder barruntarlo, probablemente, nos permitiría no cerrar puertas antes de lo debido.

Y en mi afán por seguir el camino más fácil, he dedicado algún tiempo a lo largo de todos estos años a reflexionar todas estas cosas y a tratar de poner en práctica teorías que están probadas. Si el ser humano es capaz de superar situaciones extremas, si el carácter se vuelve más resistente ante la dificultad y, así, se convierte en una herramienta sumamente poderosa, ¿por qué no aplicarnos en su educación y en la posibilidad de sacarle provecho? Si sentimos compasión por nosotros mismos, nos ponemos las cosas mucho más difíciles. Sólo aceptando que el camino no es llano, nos pondremos las botas para escalar.

Es verdad que todos nacemos con un material genético que nos hace más o menos proclives a soportar el esfuerzo y a superar la dificultad. Pero este material congénito, bajo mi punto de vista, tiene un porcentaje de menor peso que el que nos da la formación. Bueno, ésta es mi convicción. Habrá ejemplos que justifiquen lo contrario pero me gusta pensar que son los menos. He querido creer siempre en esto porque no me apetece ser fatalista ni determinista, ni creo en el destino como única e inalterable posibilidad. En todas esas tendencias hay una negación del libre albedrío. El «lo que será, será» típico de esas visiones del mundo choca frontalmente con esa creencia que nos ha permitido imaginar que, como consecuencia de un correcto entrenamiento de la voluntad, podríamos alcanzar las metas propuestas. Siempre he querido creer en los resultados del trabajo y en la utilidad de mi intervención como entrenador. Es verdad que muchas cosas no dependen de nosotros; que hay aspectos adversos en la vida de todas las personas, cosas que suceden que se escapan a nuestra voluntad. Por supuesto, no estoy hablando de ello; me refiero a lo que sí depende de nosotros, sea cual sea el porcentaje, a lo que podemos modelar con nuestro tesón. De las adversidades de la vida y de los inconvenientes no previstos me ocuparé en el siguiente capítulo, aunque su gestión nazca en lo que estoy explicando en éste: la formación del carácter.

La parte que describo ahora es la que sí está en nuestras manos, es la parte que nos proporciona unas herramientas que nos ayudarán a ser más dueños de nuestros actos, de nuestras consecuciones y, sobre todo, de la dignidad con que gestionemos tanto los éxitos como los objetivos que se tuercen en un momento dado.

Un carácter bien entrenado, un carácter entrenado en la fortaleza, es sumamente importante para gestionar el éxito y el fracaso, pero sobre todo la incertidumbre. Despiertan más curiosidad los dos primeros porque llaman más la atención. Son evidentes y palpables, pero mientras buscas el uno o padeces el otro, hay muchísimas horas y días de incertidumbre. Pasa en cualquier ocupación un poco ambiciosa. Pasa en el día a día de muchísima gente.

Uno podría pensar que paralelamente al avance de las sociedades, a medida que

hemos ido progresando en tantos aspectos, íbamos a poder vivir con menos incertidumbre. Sin embargo, no es así. Aunque sea metafóricamente hablando, la sociedad civilizada no está tan lejos de la vida animal que tiene que luchar a diario contra su propio mundo para procurarse la supervivencia.

La fortaleza es la mejor arma para moverse en un mundo incierto y para intentar que esto te afecte lo menos posible. Éste es el motivo por el cual la formación del carácter ha sido el hilo conductor de toda la trayectoria de Rafael.

El carácter ha sido para nosotros el tronco del árbol; un tronco que había que reforzar sobre todo en sus primeros años de formación, intentando que creciera fuerte, grueso, bien anclado en el suelo. Sólo así es posible que todas las ramificaciones se sujeten bien. Las ramificaciones de ese tronco principal son el trabajo técnico, o sea el aprendizaje, y la correcta gestión de todo lo que acontece en la vida de cualquier profesional: éxitos y derrotas, popularidad y detractores, compromisos y trabajo duro, celebraciones; y compaginar todo eso con una vida concebida por convicción como una vida normal en lo más esencial.

A veces, cuando me han preguntado cómo puede sobrellevar Rafael el esfuerzo sin quejarse más de la cuenta, sin poner mala cara, cómo puede cumplir con tantos compromisos y, sobre todo, superar los momentos adversos en la cancha de tenis, ser capaz de darle la vuelta a un partido con el marcador en contra, ser capaz de aferrarse a una mínima posibilidad, mi respuesta es siempre la misma: «Porque está acostumbrado a hacerlo. Es lo que ha hecho siempre. Se ha ejercitado, a diario, en la superación de obstáculos. Si no fuera así, no podría llevarlo a cabo en el momento de máxima tensión. Tiene las herramientas necesarias y las usa continuamente».

Un día estaba yo en el Club de Manacor, hace años de eso, pero Rafael ya estaba metido dentro del mundo del tenis profesional o a las puertas, y yo seguía en contacto aún con padres de otros chavales que habían entrenado con él, que habían coincidido con él en sus primeros años de formación. Uno de esos padres me dijo: «Es que tú, Toni, has sabido hacer las cosas muy bien». La traducción no es muy literal. En catalán fue: «*Tu n'has sabut molt*» ('Has sabido mucho'). Yo le contesté: «He sabido lo mismo que sabemos todos. Sé lo mismo que sabes tú. Simplemente, yo lo he llevado a cabo».

No se me entienda mal. No hubo soberbia en esta frase. Se malinterpretaría si se entendiera que lo he hecho todo bien. No ha sido así, ni mucho menos; me incluyo siempre en el grupo de los que se equivocan; de otro modo tendría una percepción errónea y demasiado elevada de mí mismo.

Ésa fue mi contestación porque pienso que, en realidad, hay que ser muy infantil para no saber cómo formar a un niño, a un hijo o a un pupilo. Todos sabemos lo que hay que hacer. Lo que no debe de ser tan fácil es llevarlo a cabo, sin excepciones.

La teoría la sabemos todos. Si nos hicieran un examen sacaríamos buena nota, la gran mayoría, casi no tengo dudas. Lo difícil es ponerlo en práctica. La abuela de mi mujer repetía siempre un dicho muy mallorquín, por lo que tengo entendido: «Si yo criara a los tuyos y tú a los míos...». La frase queda inacabada porque la segunda parte

de la misma es evidente. Nuestra tendencia es excusar, hacer una excepción, ceder, no perseverar en lo que escribiríamos en el examen. Y ésta es la gran equivocación.

Yo creí desde siempre que, sin ser lo único importante, la formación del carácter era crucial para el correcto desarrollo de mi sobrino como tenista y de su respuesta dentro de la pista cuando entrara en el exigente mundo profesional.

Por eso desde el principio di casi más importancia a la formación mental que a la formación tenística. «Será por esto, quizás, que aún no ha aprendido a sacar del todo bien.»

Esta obsesión por formarlo emocionalmente es una de las principales razones por las que se me ha tachado de ser un entrenador duro. Hay otras y ya las iré mencionando.

Rafael ha sufrido en sus propias carnes una manera de hacer las cosas que es muy poco usual hoy en día.

Yo pensaba que la agresividad de la pista de competición le iba a resultar más complicada si no estaba acostumbrado a lidiar con dificultades constantes. No es ninguna rareza ver a tenistas con mucha habilidad, con golpes feroces, con un físico envidiable, que no han sido capaces de lograr un mejor nivel porque les falla la cabeza. Y el gran problema radica en el comentario que he escuchado muchas veces respecto a estos casos: «Claro, es que le falla la cabeza».

«¿Y cómo quieres que no le falle —suelo contestar yo—, si es un malcriado?» Es que la cabeza, el carácter, la gestión de las emociones, también se forma, se entrena y se trabaja.

El problema estriba, muchas veces, en ver equivocadamente la consecuencia de las acciones como el causante de las mismas. El carácter, su formación, es lo que está más en nuestras manos. Difícilmente vamos a conseguir un físico como el de Cristiano Ronaldo si no hemos nacido con él, ni con una habilidad como la de Messi, si no está en nuestra naturaleza, pero muchos aspectos de nuestro carácter dependen del entrenamiento al que nos hayan sometido en nuestra evolución como personas.

Yo pienso que el carácter no es algo que se traiga del seno materno, sino que se ve afectado en gran medida por el medio ambiente, por el entorno social y por la cultura en la que se forma una persona.

Lo que probablemente ocurre es que tenemos la tendencia a confundir carácter con temperamento y, de esta manera, nos permitimos pensar que poca cosa podemos hacer respecto a su modelaje.

El temperamento sí que, quizás, está más vinculado a aspectos biológicos o genéticos.

En definitiva, a mí me parece interesante intentar lograr una mayor independencia respecto al temperamento cuando éste nos aleja de nuestros objetivos, sin olvidar, por supuesto, la corrección a la hora de llevarlos a cabo.

Yo creo que el carácter está más íntimamente ligado al temperamento cuanto menos se trabaja en nuestra labor formativa o educativa.

El carácter se trabaja, desde mi sencillo entendimiento, de forma incómoda,

apreciación que cobra mucha más fuerza con la perspectiva y la visión del mundo que tenemos hoy en día, cuando todo lo que perseguimos debe estar supeditado a un bienestar del cuerpo y del alma que poco ayuda en la empresa.

Rafael tuvo que jugar en pistas en mal estado, con bolas malas, con viento, con frío, con calor.

«Estas bolas no botan bien.» «Es lo que hay. ¡Es el flechero, no las flechas, Rafael!»

«La pista está en malas condiciones.» «Es la que tenemos. Tranquilo, no nos la cambiarán.»

Tuvo que entrenar conmigo, lo más duro de todo lo que podamos mencionar. Soy muy duro. De palabra. Y en presencia. Siempre me he ocupado de que Rafael sintiera mi apremio en la pista. Cuando estamos entrenando, aún a día de hoy, me coloco muy cerca de él porque quiero que sienta mi presión. Le corrijo continuamente, y pocas veces me doy por satisfecho, aunque lo esté. Y lo he estado en muchísimas ocasiones. Casi siempre, porque faltaría a la verdad si dijera que mi sobrino no me ha dado más satisfacciones de las que había imaginado.

Hace poco en una entrevista que me hicieron me preguntaron si yo era muy estricto, supongo que con la intención de indagar en mi mala fama.

«No —contesté—, no soy estricto. Lo que soy es duro, duro de palabra.»

Tengo poca habilidad para maquillar apreciaciones poco halagüeñas. Y eso es continuo en nuestra interacción diaria. Mi confianza en la capacidad de superación de mi sobrino me ha llevado a ello, como también la idea de que sólo así se puede progresar. Pienso que es bueno considerar que la actitud fiscalizadora y exigente de un formador responde normalmente a la alta consideración en que tiene a su pupilo. En nuestro caso, ha sido siempre así.

Una persona estricta es la que no entiende la excepción, es la que tiene una actuación inalterable en su forma de trabajar. Yo soy más bien imprevisible. Mi patrón de comportamiento, atendiendo al aspecto técnico, es de lo más voluble que hay. Yo llego a la pista de tenis pensando en trabajar el drive y, muy probablemente, acabaré haciendo cualquier cosa menos el drive. Soy poco ortodoxo en este sentido. Mi patrón de actuación es muy movedizo.

Ante un mal comportamiento o una incorrección, soy bastante más intransigente, pero no cuando las cosas se hacen bien, con esfuerzo y con entrega.

Lo que yo tolero peor es la falta de esfuerzo, de entrega, la dejadez. La queja. Sobre todo, la queja. En esto sí que soy bastante intransigente. No hablo de Rafael; hablo, en general, de las personas que tienen por norma observar sólo la parte negativa.

La queja se da normalmente por unos cuantos motivos.

Puede ser por desagrado, lo cual es feo por partida doble.

Puede ser porque uno tiene una sobrevaloración de sí mismo. Y esto tiene una consecuencia bastante negativa. Es más difícil perpetuar en la mejora, en este caso.

Puede ser, simple y llanamente, por mala educación.

Puede ser porque el temperamento supera al carácter.

En cualquier caso, la queja me molesta, no sólo en el tenis, como digo. Es una actitud ante la vida poco agradable y, probablemente, añade dificultades al contexto.

Por todo esto di aquella respuesta en la entrevista. No soy estricto en la parte técnica pero sí soy intransigente en lo que considero que afecta a la formación del carácter y, por consiguiente, en lo que desbarata los pilares básicos.

Hace unos días —me viene a la cabeza este ejemplo porque es reciente— estaba entrenando a mis hijos y uno de ellos hacía muecas cada vez que fallaba una bola. Lo estuve observando un rato. Él sabe perfectamente que no debe hacerlo y, aun así, la falta de temple le estaba afectando.

—¿Qué te pasa? —le dije después de otra de sus muecas quejumbrosas—, ¿te sorprende fallar?

Se quedó pensativo. No osaba contestarme.

—¿Qué te pasa? ¿Me puedes contestar? —le repetí.

Al final me dijo:

—Hombre, la verdad es que me sorprende fallar tanto.

—Pues no te sorprendas —le contesté—, será que eres malo.

A esto le añadí:

—Si sigues poniendo malas caras te voy a sacar de la pista y se te acabará el entrenamiento. No te voy a permitir una sola mueca más. Ocúpate en esmerarte, que ya tienes suficiente tarea con ello, y no me pongas malas caras. No te pongas las cosas más difíciles a ti mismo.

Le hablé enfadado porque acabo la paciencia en estas situaciones.

No se atrevió a hacerlo más y al cabo de un rato empezó a jugar mejor. Después de un buen golpe (entiéndaseme lo relativo de la apreciación), le dije:

—¿Y ahora qué, no te sorprendes?

Otro buen golpe al cabo de un rato y volví a decirle:

—¿Y ahora, estás sorprendido?

No sabía qué decirme. No lograba saber cuál era la respuesta adecuada, ante el reto de mi pregunta cargada de ironía.

Cuando acabamos de entrenar y de vuelta a casa les estuve haciendo unas reflexiones, a él y a sus hermanos.

—Cuando hacéis muecas porque falláis, lo que estáis haciendo es una chulería. Os valoráis más de lo que merecéis. ¿Quiénes os creéis que sois? ¿Cómo queréis no fallar si fallan hasta los que son buenos? Pero es que además lo único que conseguís haciendo estas cosas es poner os las cosas más difíciles a vosotros mismos.

Con mis hijos tengo la suerte de que les pongo siempre de ejemplo a su primo: «¿Os habéis fijado en Rafael? ¿Pone malas caras? No lo hace porque sabe que aun estando entre los mejores del mundo, siempre se falla. En el tenis siempre fallas, siempre. Es imposible jugar al tenis y que te salga todo redondo. Y, tened por seguro que es más difícil que os salgan las cosas bien si ponéis mala cara».

En su momento, le hice el mismo tipo de reflexiones a mi sobrino, aunque él se

portó siempre mucho mejor que mis hijos.

A un chaval que se le permiten según qué actuaciones y según qué comodidades, se le están proporcionando unas dificultades añadidas. Para saber enfrentar la dificultad y resolverla favorablemente no queda más remedio que estar entrenado para hacerlo. Es imprescindible que te obliguen a ser humilde y objetivo contigo mismo.

El hecho de ver a mi sobrino tirar una raqueta, por poner un simple ejemplo, me hubiera disgustado porque eso hubiera significado entrar en el ámbito de ponernos zancadillas a nosotros mismos, amén de una demostración de mala educación.

En primer lugar, y por seguir con el mismo ejemplo, lo he dicho muchas veces aparentemente en broma, una raqueta vale dinero, bastante, y me daría la misma sensación que verle tirar doscientos euros a la basura. Tirar dinero es una falta de respeto hacia todas las personas que no pueden permitirse comprar no ya una raqueta, sino lo que sea, por dificultades económicas. Y una estupidez, de cara a uno mismo.

Pero también, y severamente importante, es el abandono ante la dificultad. Es el no saber aguantar que las cosas no salgan bien. Consiste en permitir que el temperamento se apropie de lo que se puede trabajar con la voluntad.

Los que griten de rabia en una pista de tenis, o en un campo de fútbol, los que insultan, los que pegan patadas o rompen raquetas demuestran una falta de control poco deseable. El que ha trabajado el carácter es el que sabe aguantarse cuando las cosas no salen bien; es el que no cede ante la desesperación o ante la dificultad. El que desespera, grita, cede, se exaspera, normalmente espera demasiado de sí mismo. Y más que carácter, lo que tiene, como ya he dicho en otro capítulo es mal carácter.

La única forma que a mí se me ocurre para entrenar este aspecto, como muchos otros, es a través de la reflexión, amén de un ejercicio de autoridad e imposición. Y no estamos en la mejor etapa de la historia para este tipo de cometidos.

Por esto, he dedicado tanto tiempo a hablar con mi sobrino, con mis hijos, a veces de forma reflexiva y a veces desde mi posición autoritaria. Normalmente, antes de la larga reflexión más meditada, suelo infligirles mi poca flexibilidad. Sólo con la reflexión junto con la inflexibilidad somos capaces de llegar a estos aspectos que se tienen que trabajar en época de formación. Posteriormente, se me antoja mucho más complicado.

Estaba otro día entrenando con mis tres hijos, hace también poco de esto, en unas pistas cubiertas que hay en el complejo de Wimbledon y, a propósito, le hice una trampa al pequeño de los tres, al mismo que hacía muecas. Estaba disputando un partido al mejor de diez con su hermano y, cuando iban 7-4 a su favor, les dije que iban 6-4. «¡Que no, papá! No es 6-4, es 7-4. Te estás equivocando», me dijo nerviosillo. «No me estoy equivocando. No me estoy equivocando —le repetí, seriamente—, es 6-4 y no me protestes más. Sigue jugando.»

El enfado fue mayúsculo, a juzgar por la cara afectada que mostraba y por lo que le conozco. Sabía que estaba siendo injusto con él. Él tenía la certeza de mi equivocación. Y yo también.

Pero se me entendería mal, quizás, si no explicara que la formación del carácter

se trabaja no sólo dentro de la pista de entrenamiento. Hay chavales que entrenan con preparadores duros en la pista pero que después disfrutan de privilegios fuera de ella que es, precisamente, lo que les malcría.

Hay chavales que tienen la obligación de sacar las mejores notas en la escuela, cuyos padres son muy exigentes en este sentido, y después se les permite ser unos señoritos y hacer lo que se les antoja cuando llegan a casa. Me da la sensación de que antes se consideraba que la formación abarcaba un espectro mucho más amplio del que abarca hoy en día, que afectaba a todos los ámbitos de la vida infantil; exceptuando sólo sus momentos de juegos entre niños. Ahora, en no pocas ocasiones, parece que los padres están supeditados a los deseos de los hijos y, aunque les expliquemos cómo deberían ser las cosas, si nuestra actuación no es consecuente, de poco sirven las teorías. Lo que sirve es el ejemplo y la constancia y dejar poco hueco a la excepción.

Es bastante complicado convencer a nuestros hijos de que ellos no son los reyes de la casa cuando todos nuestros planes están destinados a cumplir con sus expectativas. Mi peculiaridad como entrenador, si es que la ha habido, ha sido intentar desobedecer las normas actuales y seguir el modelo más anticuado de nuestros progenitores. No lo he conseguido en muchos aspectos, sin duda alguna, pero voy un poco contracorriente en la práctica de lo que es la tendencia actual.

Una vez, estando en París, durante el Roland Garros, salimos a cenar a un restaurante cercano al hotel e íbamos andando por la acera Carlos Costa, mi sobrino y yo. Mi sobrino caminaba en medio de los dos. Al cabo de unos metros, yo desaceleré un poco mi paso para que me cogieran un poco de ventaja y después me coloqué al lado de Carlos, dejando así a mi sobrino en la parte exterior, la que estaba cerca de los coches que pasaban.

«*Què fots?*» (‘¿Qué haces?’), me preguntó Carlos.

«Nada, que no quiero que Rafael se sienta escoltado por nosotros dos.»

Esta banalidad, y muchas otras similares, han ocupado mi tiempo y mi labor de entrenador. Esta banalidad y muchas otras me han regalado la fama que tengo de exagerado, de maniático, de intransigente y de peculiar. He sido meticuloso hasta hartar a mi sobrino con todo tipo de menudencias. Pero es que las menudencias suman y crecen hasta que dejan de serlo. Hoy en día, los chicos anónimos, frecuentemente, están acostumbrados a ser el centro del mundo; los que triunfan un poco, lo son casi siempre. La tendencia es darles siempre la razón, escoltarlos, cederles el mejor sitio en el coche, en el restaurante, en el sofá, ir adonde les apetece. Yo soy de la opinión de que este tipo de actuaciones son poco aconsejables y que no le hacen ningún favor al que recibe el trato especial.

Lo mismo ocurre en muchos otros ámbitos y en otras edades distintas a la de los jóvenes deportistas. Cualquier persona con lo que hoy en día se entiende por éxito goza de unos privilegios que me parecen, cuando menos, estúpidos. ¿Cuántas personas de las mencionadas se permiten ser unos auténticos maleducados, soberbios y poco ejemplares y, aun así, siguen recibiendo la admiración de sus subyugados

seguidores o subordinados? Lo contemplamos a diario en muchos ámbitos distintos.

En otra ocasión, mientras mi sobrino estaba compitiendo en el torneo de Roma, fuimos invitados a ir al fútbol, después de acabar la jornada en el Foro Itálico. Yo decidí no ir, pero él sí. Tenía que trasladarse al campo del Lazio directamente desde el club y me pidió que me llevara su raquetero al hotel. Después de la ducha, salimos del vestuario y, para llegar al transporte, teníamos que cruzar un pasillo de aficionados que esperaban para saludar a los tenistas.

Intenté salir alejado de mi sobrino porque, al cargar «yo» con «su» raquetero, me sentía en una situación poco cómoda. Siempre he intentado evitar hacer cosas aparentemente inofensivas pero que a mi actuación poco condescendiente le iban algo mal. Me han acusado muchas veces de ser un exagerado, no sólo con Rafael, también con mis hijos, por contradecir con estas pequeñas manías personales otras formas de ver la vida.

En otra ocasión, estábamos en Shanghái para celebrar la Copa Masters. Habíamos quedado para cenar en uno de los restaurantes del vestíbulo del hotel y cuando bajábamos en el ascensor, un miembro de nuestro equipo le dijo a Rafael: «Rafael, en el restaurante al que vamos no se puede ir en pantalón corto».

Mi sobrino vestía unos bermudas y un polo.

«Pero —añadió— a ti no te dirán nada.»

«¿Cómo que a él no le dirán nada? ¡Vaya formación le das! Rafael, sube a tu habitación y ponte ropa adecuada», contesté yo.

Todos estos ejemplos que pongo en los que está implicado mi sobrino están enmarcados en situaciones en las que no estaban presentes sus padres, claro está. Pero además de esto, hay que tener en cuenta que otras circunstancias me han favorecido. Principalmente dos. Por una parte, el hecho de ser su tío, lo cual me ha otorgado siempre una posición especial de la que no habría gozado si no lo hubiera sido. Y por otra, la docilidad natural, conciliadora y poquísimamente problemática de mi sobrino.

Aun así, cuando ocurrió lo de Shanghái, él tenía dieciocho o diecinueve años, estaba triunfando ya como tenista y, lo normal, podría haberse empezado a sentir, como han hecho otros, especial.

Pero, quizás, en lo que más vapuleado se ha sentido mi sobrino ha sido en la dialéctica conmigo. Porque, como es natural, tengo una edad que no alcanzará él hasta dentro de veintiséis años y mi reflexión y mi experiencia siempre le irán por delante. Soy consciente, también, de que esto es un anacronismo. Otro más.

La experiencia, desde siempre y hasta hace escasamente unas décadas, era un valor bastante apreciado. Hoy en día, cuando la ancianidad se considera decrepitud y las vivencias de nuestra época no digital un atributo de escaso valor, desdeñamos el peso que había tenido en toda la historia de la humanidad contar con el legado de las vidas vividas.

En muchas ocasiones, hablando de distintos temas, le he dicho a Rafael: «Tú, de aquí (imitando su movimiento de derecha con la mano izquierda) sabes más que yo, pero de aquí (llevándome el índice a la sien y golpeándome la dos o tres veces), de

aquí, te gano yo. No te quepa la menor duda».

No he dudado en adoptar una postura un poco insolente, más de la que se merecía, eso seguro, porque he visto ejemplos, bueno, los vemos todos, bastante inquietantes a tenor de la actitud que despliegan los exitosos, como he dicho un poco más arriba.

Yo me he ocupado de llevarle la contraria a mi sobrino, por una simple nimiedad, aunque esto no es nada nuevo en mi personalidad. También lo hago con mis hijos.

Esto ya lo hacía Sócrates en su búsqueda de la verdad. Yo, como no me puedo comparar ni mínimamente con el filósofo griego, lo hago en mi propia búsqueda de la duda y, también, con una intención de formar al joven en la prudencia, el interés y la humildad, sobre todo.

La conocida mayéutica de Sócrates era irónica e insistente, a partes iguales. La ejercía principalmente con los jóvenes. Los enzarzaba en discusiones filosóficas a base de poner en entredicho algo que le había dicho el interlocutor, en muchas ocasiones de manera repetida. Les hacía replantearse sus más íntimas convicciones. Les enseñaba que con hábiles interrogaciones, y con mucha reflexión, se podían poner en tela de juicio hasta las respuestas más tradicionales y asentadas.

Conocidísima es su frase «sólo sé que no sé nada». Y qué mejor muestra de humildad, de prudencia y de sabiduría.

Yo no he podido, ni puedo, permitirme perseguir retos en lo más mínimo parecidos a los de un sabio como Sócrates, pero sí he querido poner de manifiesto a los jóvenes con los que he tratado que, si yo tengo mis dudas, si yo no puedo hacer aseveraciones, si yo no me creo en posesión de ninguna verdad (o casi), ellos tampoco se lo deberían permitir.

Ésta es, para mí, una parte fundamental en la formación del carácter. Las dudas, las interrogaciones nos hacen más humanos, más cercanos, más personas. La capacidad de pensar en algo distinto de nosotros mismos y de nuestra manera de ver las cosas nos proporciona una humildad imprescindible para ser capaces de superar cualquier reto.

Un chaval que se cría pensando que tiene siempre la razón, que es especial, que lo hace todo bien, carece de armas para elaborar soluciones propias.

La formación del carácter consiste en dar lecciones a diestro y siniestro, a diario, en abrir interrogantes continuamente, en sembrar dudas para motivar la capacidad para superarlas. Es un aprendizaje constante a base de tener que superar zancadillas y de no tener la sensación nunca de que ha llegado el momento de bajar los brazos y sentir complacencia.

Soy un entrenador incómodo porque lo que más me ha importado es sembrar dudas, incomodar e inocular la importancia de prepararse para solventar situaciones adversas venideras.

No podemos ser tan infantiles como para pensar que, metafóricamente hablando, la pista estará siempre en condiciones perfectas, las bolas con el peso exacto para hacer nuestro juego más cómodo, que no soplará viento, que hará una temperatura

ideal, que nuestro cuerpo estará perfecto. No podemos pensar que sólo nosotros contemplamos las mejores estrategias para vencer al rival, ni que él estará nervioso y tenso. Y nosotros no. En una cancha de tenis, como en la vida en general, los elementos no juegan siempre a nuestro favor; de hecho, si no hay empeño por nuestra parte, los elementos estarán enconadamente en contra de nosotros; así pues, acostumbrarse a la incomodidad, a las dificultades continuas y a la necesidad de resolverlas personalmente, nos dará seguramente las herramientas que nos permiten avanzar hacia nuestros objetivos.

Esta forma de actuar me ha convertido en un verdadero aguafiestas; soy la oveja negra del grupo, y lo sé perfectamente, aunque no por ello me siento poco valorado. Faltaría a la verdad si dijera lo contrario, pero sé que voy contracorriente y a veces — algunas veces— me gustaría descansar un poco y desarrollar un papel más cómodo para mi persona y mucho más para el que me padece.

Hace un tiempo, estaba en el vestuario de Roland Garros reflexionando con otro entrenador español sobre nuestro papel como técnicos.

«¿Cuál crees que es nuestra función? —le pregunté—. ¿Qué papel deberíamos jugar nosotros?»

Él me dijo: «Bueno, yo intento facilitarle las cosas a mi tenista. Pienso que lo más importante es que él se sienta cómodo en todo momento».

«Pues yo no lo veo así —le contesté—, yo intento hacer todo lo contrario.»

Abrimos un pequeño debate y le expliqué, por mi parte, lo que he ido contando en este capítulo. Él me explicó su postura, casi opuesta a la mía, y ahí hay que dejarlo. No pretendo, como expliqué en la introducción de este libro, que mi forma de pensar y de actuar sea válida para todo el mundo. Es más, debo pensar que no lo es; simplemente, me pareció el camino más fácil atendiendo a nuestras circunstancias, y sigo pensando que estas premisas tradicionales son válidas para mucha gente. Pero no me cabe la menor duda de que a otro tipo de personalidad le habría sido de poca ayuda, contraproducente y quizás mutiladora. Maradona me habría mandado al carajo en menos que canta un gallo, por poner un ejemplo evidente, amén de imposible. Pero Maradonas hay muy pocos, personas con unas características que les permiten estar poco sometidos a una estrategia. Es por esto por lo que, aun no siendo tajante, pienso que es una equivocación que nos dejemos llevar por la actual propensión a la molicie.

Me gustaría pensar que estamos sometidos al vaivén de una moda, la de la comodidad, y que, como tal, será pasajera.

Estamos abandonando siglos de sabiduría para dejarnos llevar por un ideal poco real que se parece, cada vez más, al mundo antiutópico que describió Aldous Huxley en *Un mundo feliz*.

Estamos abandonando, parece ser, el ejercicio de la reflexión —hablar de preocupación filosófica ya sería hilarante— para abandonarnos a nuestra suerte pueril con la esperanza de que nada malo nos pasará, de que estamos protegidos por tanto bienestar, por tanta tecnología, por tanto conocimiento científico, por tanta proliferación de éxitos deportivos, musicales, científicos que nos hacen sentir que

somos la repera.

Lo dijo Johannes Hirschberger en la introducción a su *Historia de la filosofía*: «Quien sólo vive en su propio tiempo es fácilmente víctima de la moda, que también existe en filosofía. Carece de experiencia intelectual y sucumbe a lo que es sólo de actualidad, capaz, sí, de cautivar, pero carente de permanencia».

Las consecuencias más inmediatas están ya a la orden del día. Por eso, y sin querer faltar al respeto a nadie, necesitamos un psicólogo para cualquier contratiempo que se nos presente.

Cuando Rafael entrenaba en la Escuela de Alto Rendimiento de la capital balear, nos ofrecieron la ayuda de un psicólogo.

«¿Un psicólogo? —pregunté yo—, ¿para jugar al tenis? Dentro de poco acabaremos necesitando llevar a nuestros hijos al psicólogo para que superen que los han pillado jugando al escondite.»

Desestimé la propuesta, pero me lo pensé mejor y, antes de rechazar de plano su oferta, les dije que se lo propusieran directamente a mi sobrino. No es que tuviera ninguna duda sobre la conveniencia de aceptar o no, pero quería comprobar cuál iba a ser su respuesta. Quería pensar que él, siendo aún un chaval joven, iba a pensar lo mismo que yo y, efectivamente, no me sorprendió. Por supuesto, rehusó lo que consideró que tenía que construirse él solo.

Lo que aparentemente, según la actual tendencia, es una ayuda, para nosotros ha sido considerado como exactamente lo contrario. Si nos acostumbramos a que nos resuelvan el más mínimo problema, acabaremos siendo incapaces de solventar nada por nosotros mismos. La proliferación excesiva de psicólogos, gurús, *coaches*, salvadores varios nos ha ido inutilizando o, por lo menos, debilitando en nuestra tarea de ser capaces de superar dificultades por nuestros propios medios.

Espero que no se malinterprete mi valoración hacia los psicólogos, que hacen un muy buen trabajo, tanto de diagnóstico como de tratamiento en numerosos casos. De ello no me cabe la menor duda, pero no creo que sea el caso del tenis. En nuestro caso, como ya he mencionado en otro capítulo, la formación del carácter ha sido la mejor armadura psicológica. Y pienso que debería ser así en otros ámbitos. Si nos acostumbramos a tomar una aspirina cada vez que sentimos una mínima molestia, o incluso antes de que ésta aparezca, al final tendremos una adicción que nos hará dependientes y nos impedirá desarrollar nuestras propias soluciones. Y lo que es peor, dejará de surtir efecto.

En *Un mundo feliz* (1932), Aldous Huxley describe de una forma desconcertantemente premonitoria un mundo que se asemeja en muchos aspectos al actual.

Describe una sociedad diseñada en el Centro de Incubación y Condicionamiento, donde cada individuo es creado y programado para pertenecer a una de las cinco castas existentes. Son manipulados y enseñados a desear aquello que están destinados a desear y no serían felices si no pudieran acceder a ello. No toman decisiones, toman soma, una droga de diseño sin efectos secundarios capaz de curar sentimientos de

tristeza y a la que recurren cada vez que experimentan emociones negativas y desean evadirse de la realidad.

En 1958, Huxley escribe *Nueva visita a un mundo feliz*, y en él demuestra su sorpresa por el hecho de considerar que nos estábamos acercando mucho más rápido de lo previsible al mundo futuro que había descrito en los años treinta. Si el autor levantara la cabeza hoy, pienso que su sorpresa sería ya descomunal al encontrar tantas similitudes con la sociedad que imaginó ochenta años atrás.

Hay similitudes espeluznantes en cuanto al mundo altamente tecnológico que ocupaba todos los aspectos de las personas, pero que sobre todo les proporcionaba su ocio. Tienen una especie de televisor que les permite no sólo ver sino también sentir. Pero lo que más llama mi atención es la parte que se refiere a la gestión de las emociones, o más bien, a la alteración de las emociones con el único propósito de no sufrir. Está totalmente aceptado vivir anestesiados o drogados con tal de evitar cualquier sentimiento adverso.

En el año 2004 Rafael perdió en segunda ronda en el torneo de Madrid y, después del partido, cuando nos reunimos con el resto del equipo y con mi hermano Sebastián, nos expresó su desilusión. Estaba realmente afectado y no era un hecho poco peculiar en su talante altamente competitivo. Rafael es muy trabajador, se ilusiona a diario y se entrega en los partidos tanto como en las sesiones de entrenamiento. Por norma general, claro. Muy pocas son las veces que no haya adolecido de esta actitud. Por eso, es natural que se sienta afectado ante una derrota que le resulte más perjudicial o imprevista de lo esperado. Perder en las primeras rondas siempre es más complicado de encajar. En este momento, ante su manifestación de tristeza, mi hermano Sebastián intentó consolarlo diciéndole que olvidara el partido.

«No pienses más en ello», le dijo. O algo parecido.

«No, no —repliqué yo—, yo creo que no tiene que olvidarlo. Lo normal es estar afectado y hay que estarlo. ¡Sólo faltaría que no pensara en ello!»

Mi hermano no cumple con el retrato de padre mojigato, ni mucho menos. Expresó una frase natural, aunque a mí me pareciera poco conveniente, pero coincidimos mucho en nuestra forma de percibir el mundo.

Mi hermano es una persona que ha demostrado a lo largo de todas las vicisitudes por las que ha pasado su hijo un temple y una fortaleza que ya quisiera yo para mí. No siente compasión por sí mismo y esto le otorga una capacidad para enfrentarse a la dificultad sin ningún tipo de aspavientos que se aleja mucho del mundo falsamente ideal que denuncia Huxley en su obra.

Yo pienso que Rafael ha tenido en el ejemplo de mi hermano Sebastián una muestra continua de aplomo ante las dificultades y acontecimientos adversos que ha tenido que superar.

Aproximadamente un año después de la anécdota que acabo de contar, a Rafael le diagnosticaron la lesión más grave que ha sufrido en su carrera tenística: su lesión en el pie izquierdo. El panorama era desolador por el poco margen que había para el

optimismo. Tenía una extraña malformación en un hueso para la cual no había protocolos de actuación en una carrera deportiva de alto nivel. En ese momento ya había ganado su primer Roland Garros, pero su carrera era incipiente y la ilusión de todos estaba en un momento sumamente álgido.

Éste ha sido, sin duda, el momento más difícil por el que hemos pasado en lo que a la carrera deportiva de Rafael se refiere. Parecía que la trayectoria de mi sobrino estaba a punto de truncarse justo cuando estaba empezando a cosechar victorias.

Recuerdo comentar con mi hermano Miguel Ángel nuestra sorpresa ante la serenidad que demostró Sebastián cuando el afectado más directo era su propio hijo. Ese autocontrol y ese decoro que lo han llevado siempre a reservarse sus propios miedos, angustias e, incluso, decepciones, son las mismas características que conducen a una persona a desarrollar la capacidad de superación. Son el mejor ejemplo que ha tenido mi sobrino sobre cómo debía gestionar sus emociones y sobre cómo debía formar su propio carácter.

La prudencia, el temple, el decoro y la aceptación analítica de los contratiempos fueron unas cuantas de las características que persiguieron los filósofos helenistas hace ya más de dos mil años.

Yo no tengo estudios filosóficos amplios, vamos ni medianamente aceptables, pero hay unos conocimientos básicos que desde siempre he considerado útiles y que se remontan, como acabo de mencionar, a las corrientes filosóficas griegas. Estas corrientes describieron estos principios que consideré un buen modelo y que nos conducían, bajo mi punto de vista, a formar el carácter.

Las escuelas helenísticas ofrecieron un modelo alternativo a la Academia de Platón y al Liceo de Aristóteles, en los cuales el tipo de educación era de un nivel altamente científico pero no conllevaba una actitud moral ante la vida. El rasgo predominante y común de las escuelas helenísticas fue dar una orientación práctica al saber, dirigiéndolo hacia la felicidad del hombre. De hecho, popularmente se conoce a estos filósofos como «los filósofos de la felicidad».

Esta época, que comprende desde la muerte de Alejandro Magno, en el año 323 a. C., hasta la invasión de Macedonia por los romanos, en el año 148 a. C., se caracterizó por la pérdida de la hegemonía de las ciudades griegas. Esto produjo una inestabilidad política continua y mayores diferencias sociales. Fue en estas circunstancias que los filósofos sintieron la necesidad de desentenderse de la política como nunca antes había ocurrido y de buscar soluciones individuales para conseguir la felicidad al margen de la colectividad.

Yo pienso que, sean cuales sean las circunstancias, siempre es recomendable aplicarse en buscar estas soluciones a nivel individual y, a partir de ahí, intentar formar una mejor colectividad. En definitiva, la sociedad que describió Huxley deshace el empeño de todas estas corrientes.

Las escuelas helenísticas fueron eclécticas. Hubo muchas influencias mutuas pero también muchas polémicas. Pero hay unos valores que nacieron en ellas que me siguen pareciendo no sólo recomendables sino de apabullante necesidad.

Efectivamente, como para los filósofos griegos, creo que en la actualidad hay una búsqueda generalizada de la felicidad, o algo parecido a ella. Los hedonistas fueron los primeros en articular un pensamiento filosófico encaminado a cubrir esa búsqueda de placer. De entre todas las corrientes hedonistas, la que responde más a mi forma de entender la vida es la escuela que fundó Epicuro (341 a. C.-271 a. C.). El epicureísmo se enmarca dentro del hedonismo tardío y se malinterpretó en gran medida por dar una interpretación equivocada a su concepto de placer y porque en su escuela admitía a mujeres y esclavos. Esa malinterpretación del placer tenía poca base porque lo cierto es que la vida de Epicuro fue sencilla, humilde y tranquila, siendo para sus discípulos su propio ejemplo, su mayor inspiración.

Según la ética epicúrea, el modo de lograr la felicidad está basado en la autonomía y la tranquilidad de ánimo. Grosso modo, perseguía encontrar el placer y evitar el dolor.

Visto así, de manera tan simple, puede llevarnos a considerar el epicureísmo como, realmente, una corriente frívola. Estudiada un poco más profundamente, a mí no sólo no me lo parece, sino que se me antoja una corriente basada en la prudencia y en la sensatez, que la conectan muy estrechamente con los estoicos.

De la *Carta a Meneceo* de Epicuro extraería lo siguiente, por encajar con bastante exactitud con mi visión general de la vida:

Y puesto que el placer es el bien primero y connatural, no elegimos cualquier placer, sino que a veces evitamos muchos placeres si, a la larga, se siguen de ellos mayores placeres. Todo placer es por naturaleza un bien, pero *no todo placer ha de ser aceptado*. Y todo dolor es un mal, pero *no todo dolor ha de ser evitado* siempre. Hay que obrar con buen cálculo en estas cuestiones, atendiendo a las consecuencias de la acción, ya que a veces podemos servirnos de algo bueno como de un mal, o de algo malo como de un bien...

[...] Por ello, cuando decimos que el placer es el objetivo final, no nos referimos a los placeres de los viciosos —como creen algunos que ignoran, no están de acuerdo o malinterpretan nuestra doctrina— sino al no sufrir dolores en el cuerpo ni estar perturbado en el alma. Porque ni banquetes ni juergas constantes dan la felicidad, sino el sobrio cálculo que investiga las causas de toda elección o rechazo y extirpa las falsas opiniones de las que procede la gran perturbación que se apodera del alma.

[...] El más grande bien es la prudencia, incluso mayor que la filosofía. De ella nacen las demás virtudes, ya que enseña que no es posible vivir placenteramente sin vivir sensata, honesta y justamente, ni vivir sensata, honesta y justamente sin vivir con placer. Las virtudes están unidas naturalmente al vivir placentero, y la vida placentera es inseparable de ellas.

Hay muchos conceptos, mucha sabiduría y muchas reflexiones en estas palabras de Epicuro. Yo las he rescatado para enmarcar lo que pienso que es común a la mayoría de los seres humanos: la búsqueda de la felicidad. ¿Qué pretendemos todos en esta vida? Ser felices. Habrá distintas maneras de expresarlo pero me parece una manera de meter en el mismo saco las inquietudes personales que podamos tener cada

uno de nosotros. Todos debemos buscar nuestro propio camino para lograr lo que perseguimos en esta vida, pero pienso que de forma bastante generalizada estos conceptos epicúreos serían de bastante ayuda a modo de base inalterable, de principios que nos llevarían a dominar nuestras emociones.

El concepto de prudencia y sensatez, junto con su característica austeridad, se ve doblemente refrendado por la otra corriente helenística con más peso: el estoicismo.

La combinación de elementos de ambas corrientes me parece de gran utilidad en un mundo, el actual, que es mucho más ecléctico que el mundo de la antigüedad griega y que está, sin embargo, casi desprovisto de valores universales con los que guiarnos para una buena actuación ética y moral.

Los estoicos, con Séneca como máximo exponente, persiguen toda una serie de «conductas convenientes» para lograr acercarnos a su ideal de sabio, que es el que logra el perfecto equilibrio natural y el que consigue alejarse de las pasiones.

Los estoicos entendían la pasión sobre todo como un error de juicio, que nace de una falsa opinión, y proponían un estado de imperturbabilidad, de serenidad intelectual, conocida como «ataraxia estoica».

Pues bien, todos estos pensamientos filosóficos, tan poco contemplados hoy en día, me parecen sumamente útiles y adaptables a distintas creencias religiosas, a diversas personalidades y a vidas con objetivos muy dispares.

Por supuesto, no me he adentrado en absoluto en la física, que era el punto de partida de estas tendencias. Todas las escuelas filosóficas partieron de su interpretación del mundo, del universo, de las explicaciones que consideraban más plausibles a tantas incógnitas que siguen persiguiendo al ser humano, aún hoy. Lo que a mí me parece interesante es su ética, su convicción de que no sólo era importante el «qué», sino también, y mucho más, el «cómo», por su inseparable influencia sobre aquél.

Mi sobrino como tenista, mi hermano Sebastián como empresario, Miguel Ángel como futbolista, yo como entrenador hemos sido apasionados en la persecución de nuestros objetivos. No es la misma pasión de la que pretendían alejarse los estoicos, es más bien una manera vehemente de perseguir nuestras metas.

Hay una singularidad en la personalidad de mi sobrino que me ha llevado muchas veces a la reflexión.

Ya siendo un niño pequeño demostró su pasión en la pista de tenis, cuando entrenaba y cuando competía. Lo mismo que cuando competía en el fútbol. Conocidas son sus formas en la pista de tenis, que le han valido apodos como el de «gladiador».

En cambio, su personalidad fuera de la pista —y creo que lo pueden corroborar todas las personas que lo conocen de cerca— dista mucho de esta aparente agresividad. Es un chico muy tranquilo, muy comedido. Tiene aficiones también muy plácidas (exceptuando el fútbol, que no lo es en absoluto), como la pesca y el golf. Le encanta el mar, contemplarlo, disfrutarlo. Le encanta cocinar, estar en familia. Le encanta estar tranquilo. Es una persona por lo general muy sosegada y muy templada en sus apreciaciones sobre temas muy distintos. Es muy paciente y muy poco

quejumbroso.

Ha contemplado la fortaleza de su padre pero también su pasión por la vida y ha sido educado en la prudencia, en la gratitud y en la sensatez.

La pasión por la vida, o por unas aficiones u objetivos determinados, quizás tiene que ver más con el temperamento que he mencionado unas páginas más atrás, pero la fortaleza que te da aprender a encajar los embistes de la vida sólo te la da el mismo tipo de sabiduría que perseguían los filósofos de la época helenística. La fortaleza ante las dificultades, encajar con moderación los reveses como lo ha intentado mi sobrino, como lo ha hecho mi hermano, te la da el mismo tipo de reflexión y el mismo tipo de conclusiones morales a las que llegaron los epicúreos y los estoicos.

Yo siempre he pensado, y por eso me he esmerado en perseguirlo en mi labor como entrenador, que en nuestra persecución de la felicidad debíamos construirnos nuestro universo ético. Debía haber unos principios, una construcción personal, un «cómo», y no sólo un «qué». El «qué» te da éxito, reconocimiento, popularidad, dinero. El «cómo» también te da éxito pero sobre todo, probablemente, es lo que te da la felicidad.

GESTIONAR LA ADVERSIDAD

Cuando teníamos once y doce años, respectivamente, mi hermano Sebastián y yo estuvimos internos en un colegio de la capital balear. En esa época la educación en los centros escolares no era como la actual. La dureza se entendía como parte fundamental de una formación que contemplaba la etapa infantil como un trámite más bien inoportuno hacia la edad adulta. Tengo algunos malos recuerdos de esa experiencia, que duró en mi caso muy poco tiempo, ya que mi madre, al ver que la tristeza me carcomía, me matriculó de nuevo en un colegio de Manacor. En total, estuve dos años; mi hermano, que siempre ha sido más fuerte que yo, se quedó más tiempo.

Yo no era un mal estudiante, sacaba buenas notas pero era muy hablador. Por lo visto hablaba como un loro con mi vecino de pupitre. Para cortar con mi incontinencia verbal, uno de los maestros del colegio me hacía juntar los dedos de la mano, apoyaba una regla encima de ellos y decía: «Te pegaré cuando menos te los esperes». «¿Te lo esperas?», me preguntaba después. «Sí, sí me lo espero.» Y yo metía el cuello entre los hombros y cerraba los ojos, bien prietos. ¡Pam!

De mi paso por ese colegio guardo también algunos buenos recuerdos y lecciones que he aplicado yo después. El director del centro, Miguel Durán, un señor muy capaz y preocupado en hacernos adultos cabales además de preparados, entró un día en el aula y nos dijo una frase que quedó grabada en mi cabeza: «En esta vida hay que aprender a conjugar el verbo aguantarse. Yo me aguanto, tú te aguantas, él se aguanta...».

Hoy en día, esta frase me temo que tendría muy poca aceptación en casi cualquier foro. Aguantarse lleva implícita la admisión de que hay cosas que son malas, poco agradables y que, además, poco se puede hacer al respecto. Malos tiempos corren para aceptar que las cosas no siempre salen bien.

El estado de bienestar y comodidad al que hemos accedido nos ha beneficiado en muchos aspectos, pero también nos ha debilitado en otros porque nos ha conducido a un terreno donde impera la confusión. Hemos conseguido creer que tenemos derecho a todo, incluso a no sufrir adversidades.

Este desconcierto, en realidad, es el que nos ha alentado a convertir las adversidades en problemas y esto, por sí solo, ya es demostrativo de que tenemos pocas herramientas para superar cualquier pequeño inconveniente.

Yo nací en 1960, por lo cual conocí una época, la de mi niñez y primera juventud, mucho más austera que la actual, sobre todo en la forma de entender las bases de una formación correcta. Después, siendo aún no muy viejo, he convivido con gente mucho más joven que yo, los chavales a los que he entrenado. Hoy en día, sigo viviendo mucho tiempo en un ambiente, el de los tenistas profesionales, en el que todos podrían ser mis hijos. Esto me da material para poder hacer comparaciones y para reafirmarme en la creencia de que hay una laxitud emocional entre las generaciones más jóvenes que poco ayuda a enfrentarse a los reveses de la vida. Ésta, cuando tenemos la suerte de no sufrir desgracias personales, es un cúmulo de adversidades y querer pensar lo contrario es de una mentalidad pueril.

Cuando yo empecé a formar a mi sobrino en el ámbito deportivo, sabía que por bien que le fueran las cosas, tendría que superar dificultades continuamente. Es lo que ocurre en cualquier ámbito profesional en particular y también en la vida en general. Mi máximo objetivo, pues, el que tuvo que convivir codo con codo con cualquier otro reto en su época de formación, fue sólo uno: preparar a mi sobrino para superar la dificultad.

Es lo que me ocupa en este capítulo. La dificultad, así como la hemos visto nosotros, subyace en dos aspectos que sabíamos que estarían incansablemente en nuestro camino. Son las dos caras de una misma moneda. Se dan conjunta e irremediabilmente en cualquier empresa ambiciosa. Sabíamos, por tanto, que estarían en el trazado que estaba marcado. Por una parte está el *desarrollo de la responsabilidad* y por otra el de *la capacidad de aguante*.

Con la responsabilidad gestionamos lo que depende de nosotros, la persecución de los objetivos que nos hemos marcado.

Con la capacidad de aguante gestionamos lo que no depende de nosotros, es decir, la adversidad.

Empezaré por la última ya que así he introducido y titulado el capítulo. Respecto a la adversidad, yo he intentado desarrollar ciertas actitudes que me parecen primordiales para no sucumbir al desánimo.

En primer lugar, *no elevar los inconvenientes a la categoría de problemas*.

Si adoptamos una visión tremendista de la realidad, es muy fácil que nos

sintamos incapaces de resolver el revés, por pequeño que sea. El dalái lama lo expresó muy bien en la siguiente frase: «Quien no considera la adversidad como algo natural, acaba buscando culpables».

La adversidad forma parte de la vida y, por tanto, es natural. Yo intenté que mi sobrino entendiera esto y que lo aceptara. Es necesario relativizar lo que no depende de nosotros, no sentirnos superados ante lo que son inconvenientes naturales o normales. Nuestra trayectoria, de hecho, ha sido una continua superación de obstáculos no previstos, un rosario de inconvenientes, unos más preocupantes que otros.

La adversidad más constante a la que se ha enfrentado Rafael ha sido su formador. Yo mismo. En realidad, ha sido tan así que él tuvo que conjugar el verbo de forma un poco personalizada, hecha a medida, «yo me aguanto, yo te aguanto». No ha sido nada fácil.

Desde muy jovencito, tuvo que acostumbrarse a escuchar de mi boca una frase que resume muy escueta pero también muy claramente mi continua aspereza: «¡Es lo que hay, Rafael!».

Si hacía viento y nos entraba tierra en los ojos, si hacía un calor asfixiante, si la pista estaba en malas condiciones, si las bolas no botaban bien... «Es lo que hay. Tranquilo, que no nos cambiarán la intensidad del viento.» «Tranquilo, que no iré a por otras bolas.» «Tranquilo, que si te has dejado el agua, no vas a beber.»

Faltaría a la verdad si dijera que tuve que recurrir a menudo a frases como éstas o similares. No fue necesario. Era yo quien las manifestaba en muchas ocasiones incluso antes de la queja, ante una simple insinuación de mueca. Él conocía de antemano cuál iba a ser mi respuesta, así que evitaba cualquier manifestación negativa. Nunca he llevado bien la protesta y él lo sabe muy bien. Así que las pocas veces que ha pasado, las cuento como anecdóticas.

A la queja es muy fácil acostumbrarse si te la permiten, por bueno o dócil que seas. Es un resorte cómodo y si no recibe una contención forzada justo al principio, tiene malas consecuencias. Cuando cualquier incomodidad nos sirve de lamento, también nos sirve de excusa. Es por esto por lo que, cuando ha ocurrido, aunque, como digo, de manera esporádica, he abortado de cuajo su desánimo por miedo a que se convirtiera en una costumbre.

En el año 2005, en el transcurso del US Open, mi sobrino, que era ya el jugador número dos del ranking mundial, empezó a sentirse incómodo con su juego. Hasta el mes de septiembre había ganado nueve torneos, por consiguiente venía desarrollando un buen juego, sin más molestias físicas de las acostumbradas. Había llegado con buenas sensaciones pero en unos días todo cambió.

Empezó a jugar peor, tanto en los partidos como en los entrenamientos. Entrenaba con mala cara; se quejó unas cuantas veces de que las bolas no botaban, de que no le cogían efecto. Era así, es verdad, pero ante su protesta y desánimo le espeté un par de veces lo que ya he dicho: «Rafael, es lo que hay. Puedes estar tranquilo que no te cambiarán las bolas. Tendrás que jugar con éstas. Deja de quejarte y de poner

malas caras. Olvídate de las bolas e intenta ser positivo».

Sus sensaciones negativas y su malestar, sin embargo, no desaparecían y llegó un momento, muy probable y expeditivo en mi temperamento, en el que acabé la paciencia y le dije: «Escucha, Rafael, ¿sabes qué tienes que hacer? Si no eres capaz de afrontar las circunstancias, pierde y nos iremos a casa. Se te habrá acabado el problema. Aún pillaremos los últimos días del verano en Mallorca y tomaremos unos cuantos buenos baños».

Lamentablemente, me hizo caso. Perdió en cuatro sets contra el estadounidense James Blake, quien le impidió su pase a la cuarta ronda del torneo.

También me obedeció en lo otro; regresamos a Mallorca y aún tuvimos tiempo de bañarnos en el mar Mediterráneo antes de encarar la gira asiática.

En este caso, viajó con Francis Roig a Beijing y, tres semanas después de la derrota en Nueva York, se alzó con la copa en la final del torneo chino, que disputó contra el argentino Guillermo Coria.

Cuando regresó a casa, vino a verme y estuvimos comentando lo bien que había ido la gira. Le valoré positivamente su buen juego porque, efectivamente, había hecho una buena campaña y finalmente le pregunté: «Por cierto, ¿con qué bolas jugaste en Beijing?». Yo sabía que eran las mismas de la gira americana. «Ah, ¿las mismas que en el US Open? ¿Y allí sí te cogieron efecto?»

El problema era el mismo, no había cambiado. Las bolas, efectivamente, eran adversas para el juego de mi sobrino pero en este caso aceptó la adversidad y la afrontó. Es lo que ha tenido que hacer toda la vida; está acostumbrado a hacerlo. Rafael no se queja nunca. Casi nunca. Acepta los inconvenientes, los procesa como buenamente puede y los incorpora a la lucha. Esta costumbre desempeña un papel muy importante en el desarrollo exitoso de cualquier empresa. Lo ha hecho en la carrera de mi sobrino y pienso que ocurre lo mismo en cualquier ámbito.

He manifestado en distintas ocasiones que Rafael es, probablemente, el tenista que ha ganado más partidos jugando mal. Raramente se da por vencido y esto se debe a su capacidad de aguante. Él entiende y asume con naturalidad que no siempre estás al cien por cien. No siempre puedes desplegar un juego armónico, letal o altamente efectivo. Que tu rival puede ser mejor que tú lo entiende como algo natural y, por tanto, no se derrumba e intenta buscar la victoria con lo que hay. «¡Es lo que hay!»

Con la adversidad pasa lo mismo que con el talento. Quien se da más oportunidades tiene muchas más opciones de superar el inconveniente que le aleja de la victoria.

Algunas personas tienen esta capacidad más desarrollada de forma natural. Su humildad, porque no es otra cosa, les lleva a aceptar los obstáculos de manera más espontánea. En este caso, el camino es mucho más fácil. Para los que tienen esta virtud menos desarrollada, para los que se trastornan cuando algo sale torcido, pues hay que trabajarla más. Hay que entrenarla hasta que forme parte de nuestra forma de ser; hasta que podamos asumir la adversidad como algo inherente a cualquier actividad.

Cuando no está en nuestras manos facilitarnos el camino, tenemos que hacer el ejercicio voluntarioso de seguir adelante obviando lo que nos afecta. Si no prestamos demasiada atención a lo que nos perjudica y nos centramos en lo que sí depende de nosotros, la efectividad y los buenos resultados tienen el camino más fácil.

Cuando Rafael se estaba formando, pues, hice mucho hincapié en desarrollar su capacidad de relativizar lo que le era adverso. Quitar importancia a lo que no tiene solución y ser positivos también se puede entrenar. Esto se aprende desde que somos pequeños con una correcta formación y, de adultos, con la determinación de no tomarse a la tremenda cualquier inconveniente. Esto se hace con la propia reflexión.

En resumen, desde siempre mi sobrino vio que yo, por principios, ignoraba cualquier elemento adverso y que me molestaba bastante la simple mención de lo que se torcía. De esta forma, él se acostumbró a entenderlo como algo natural y a no darle importancia, a ignorarlo y a concentrar sus energías en lo que sí estaba en su mano. Relativizar, una vez más, tiene mucho más de actitud y de entrenamiento que de una forma de ser. Por lo menos, es lo que quiero pensar.

Durante la segunda guerra mundial un general entró en el despacho de Winston Churchill y le dijo:

—Señor primer ministro, tenemos un gran problema.

Él, con su célebre discurso, le contestó rápida y tajantemente:

—No me diga que tenemos un gran problema, si no, no sería problema.

También muy conocida es otra frase de Churchill que demuestra tanto su determinación como su valentía:

«Con los problemas no se pacta. O los vences o te vencen».

Estas dos sentencias siempre me han parecido una combinación perfecta. Y, por tanto, copié y repetí a mi sobrino el discurso de un hombre sumamente inteligente. Siempre he intentado fijarme en los que son más listos que yo, un amplio abanico. Será por esto que este libro está tan cuajado de ideas ajenas con las que he construido la combinación que a mí se me antojaba buena.

En una ocasión, estábamos en Menorca compitiendo en el Campeonato de Baleares por equipos. En esta competición el entrenador está sentado en un banquillo dentro de la pista igual que se hace en la Copa Davis y puedes hablar con el tenista en los intercambios. Mi sobrino, que era muy jovencito aún, estaba jugando contra un chaval bastante mayor y más potente que él. Le estaba ganando de manera contundente. Si no recuerdo mal, Rafael perdió el partido 6-3, 6-2. La fuerza del rival le ponía las cosas realmente difíciles y él, ya a finales del primer set, empezó a mostrarse afectado por su propia impotencia. Su cara reflejaba su desgaste y su expresión indicaba lo que estaba sufriendo.

Yo aprovechaba cada intercambio para animarle a que siguiera luchando. «¡No dejes de luchar, olvídate del marcador! Nunca sabes lo que va a pasar. No sabes cómo está el otro. ¡Aguanta la lucha! ¡Aguanta hasta el final!», le pedía yo en cada intercambio.

Mi intención en todo momento era que se entregara a tope a pesar de lo difícil e

incluso de lo imposible que era dar la vuelta al marcador. Yo quería que se acostumbrara a aguantar y a mantener su capacidad de lucha en un momento complicado, y a no aceptar que el problema le había vencido. En mis planes no cabía la posibilidad de tirar la toalla.

Mi forma de actuar en esos años cruciales tuvo un componente inalterable. Lo tenía todo tan premeditado y tan estudiado en mi cabeza que yo veía cualquier situación adversa como una ocasión de oro para instruirlo.

Debido a uno de mis principios más anclados, tener la certeza de que vas a perder no es razón suficiente para no luchar con convicción hasta el final.

La más famosa frase de Martin Luther King expresa a la perfección este convencimiento personal: «Si supiera que el mundo se acaba mañana, yo, hoy todavía, plantaría un manzano».

Entrando ya en la recta final del segundo set y con muy pocas posibilidades de que cambiara la tónica del partido, continué diciéndole: «¡Vamos Rafael, no te desanimes! Olvídate del resultado y sigue luchando. Lucha hasta el final, no cedas en ningún momento. Nunca sabes lo que va a pasar. A mí esto también me ha ocurrido —proseguí—; yo, una vez, estaba perdiendo 6-0, 5-0 y, sin embargo, seguí luchando hasta el final».

Él, que se estaba dirigiendo ya a la línea de saque, se giró con expresión de sorpresa y, con su habitual inocencia, me preguntó: «¿Y ganaste el partido?».

«No. Perdí —después de una pausa, continué—: Perdí 6-0, 6-0, pero no dejé de luchar hasta el final.»

Él se concedió unos segundos para interpretar lo que yo le había dicho y, al final, se puso a reír. Teníamos un problema, pero no había razón para considerarlo un gran problema. Teníamos la obligación de intentar vencerlo y no de pactar con él. Finalmente, había que plantar un manzano, a pesar de que la derrota estaba asegurada. Había que seguir cumpliendo con nuestro deber y con nuestros principios.

Si uno se acostumbra a superar adversidades, se está acostumbrando también a resolver problemas más serios cuando éstos aparezcan. Y problemas, al fin y al cabo, los tenemos todos, en cualquier profesión y en cualquier vida. Así que con un correcto entrenamiento, uno también aprende a enfrentarse a ellos y a gestionarlos más efectivamente.

Durante su carrera, mi sobrino ha sufrido algunas decepciones importantes y, sobre todo, las lesiones, que en el mundo del deporte de alta competición son o bien una realidad, o bien una espada de Damocles. Un correcto entrenamiento emocional ante la dificultad te ayuda a sobrellevar todos estos contratiempos en vez de permitir que te hundan.

Las rivalidades en el mundo del tenis se mueven en un margen tan estrecho que no permiten, por lo menos a mi sobrino, ningún tipo de descanso. Para nosotros la única forma de estar a la altura de la competición ha sido a base de un trabajo muy arduo que no ha conocido tregua.

Es fácil pues imaginar que las decepciones han sido, en ocasiones, dolorosas. Yo

sabía que esto ocurre en el tenis profesional y sabía que sólo con una fortaleza mental entrenada para sobrellevar los reveses estos iban a afectarle menos.

Y éste ha sido, básicamente, el motivo por el que he sido un entrenador duro. Al prever las dificultades a las que se tendría que enfrentar mi sobrino, sabía que necesitaba un carácter fuerte y sólo con severidad se puede trabajar este aspecto.

En alguna ocasión me han recriminado esa dureza mía que, aun siendo cierta, pienso que debe estar sobredimensionada por la imagen que transmito cuando estoy en la grada.

Mi dureza ha sido un camino, una preparación, jamás una finalidad. Sólo ha sido mi forma de entrenarlo para sobrellevar las dificultades. Jamás se la he infligido fuera de la pista, y dentro de ella, jamás de forma subjetiva. Yo no sería duro con alguien que no pudiera soportar esa dureza. Y, sobre todo, no sería duro con alguien por quien no sintiera querencia. No comparto para nada esa intención que tienen algunas personas de ser temidas. Desde luego nunca ha sido la mía. Por nada del mundo habría deseado eso.

Pasa en distintos ámbitos, no sólo entre los entrenadores. Hay algunos jefes y superiores cuyo máximo objetivo es amedrentar. Parece ser que se sienten orgullosos de ello y que eso los hace sentirse más importantes. Mi ideal, si eres un maestro, un jefe, cualquier persona cuyo trabajo se desarrolla desde la ascendencia, es ser querido. Que la persona a la que formas te quiera, en el sentido más amplio de la palabra, que quiera que seas tú quien le guíe, es para mí una aspiración de toda la vida, un puntal imprescindible sin el que sería imposible la satisfacción perseguida.

En el año 2006 mi sobrino tuvo la primera oportunidad de llevarse la copa en Wimbledon. Disputó su primera final sobre la hierba del club londinense contra Roger Federer.

En esta primera ocasión, ni mi sobrino ni el equipo creímos suficientemente en sus posibilidades de victoria y, efectivamente, perdió en cuatro sets (6-0, 7-6, 6-7, 6-3) en lo que supuso la cuarta victoria consecutiva de Federer en el Grand Slam de hierba.

Su decepción no fue grande.

Cuando habló al público británico justo después de recoger el suizo y él sus respectivos trofeos, mi sobrino manifestó su deseo de tener otra oportunidad en el futuro, aunque mejor si no era contra Federer, por supuesto. Habló también de su admiración por el impecable juego de su rival y se mostró satisfecho por lo mucho que él mismo había mejorado en esa superficie a lo largo del último año.

A partir de ahí, siguiendo la tónica habitual y la costumbre, durante los doce meses venideros, mi sobrino se estuvo preparando, ahora sí, con la ilusión verosímil de alzar el trofeo al año siguiente.

Estuvimos hablando mucho tiempo de ello, trabajamos muy intensamente para vislumbrar la posibilidad real. La apuesta estaba tomando forma, intensidad y se había convertido ya, de lleno, en una obsesión.

En otros ámbitos quizás sí, pero en la alta competición la palabra «obsesión» no puede considerarse enfermiza. Es casi necesaria para lograr las metas o, por lo menos,

para acercarse a ellas. Muchos de los tenistas de gran nivel que hemos conocido, los que han estado de forma permanente en los primeros puestos, han vivido su profesión de manera muy obcecada.

En cualquier caso, la realidad es que después de otro año de trabajo insistente, uno de los grandes retos era volver a estar en la final y verse ya con serias posibilidades para llevarse la copa.

Lo que ocurrió está en las hemerotecas y, quizás, en la memoria de algunos aficionados.

La final fue protagonizada por segundo año consecutivo por los mismos rivales: Roger Federer y Rafael Nadal. Fue mucho más ajustada que la del año anterior. Fue un partido tenso, muy reñido en todo momento. El primer y el tercer set cayeron del lado del suizo por un doble 7-6. El segundo lo ganó mi sobrino 4-6, y en el cuarto set, cuando la superioridad estaba ligeramente inclinada hacia nuestro lado, Rafael se dañó una rodilla. Acabó ganando el set por 2-6, pero ya no pudo encarar el quinto con las armas necesarias. Hasta el momento en que su rodilla sufrió, en nuestro banquillo los nervios y la ilusión se disputaban la supremacía; pero a partir de ese momento la desazón fue ganando terreno. No pudo luchar como era necesario para intentar lograr el título, empresa ya suficientemente complicada estando al cien por cien. Roger Federer se impuso en el quinto set por un contundente 6-2. Se le había escapado una segunda oportunidad; esta vez lo había tenido muy cerca.

El agotamiento estaba dibujado en el rostro de los dos rivales en la entrega de trofeos; el desencanto, por supuesto, sólo en el de mi sobrino.

Cuando acabó la ceremonia de entrega de trofeos me dirigí al vestuario, como hago siempre, para reunirme con Rafael y lo encontré especialmente afectado. Estaba sentado en el banquillo, con la cabeza entre las manos y llorando. La tensión y la adrenalina de tantos días habían dado paso a un bajón emocional más que comprensible. Mi sobrino sentía que la victoria había sido probable también para él, la había visto posible, este año sí, había luchado mucho por conseguirlo y, en el último momento, Federer había sido mejor.

Intenté tranquilizarlo y darle algo de consuelo. Le dije que se calmara, que había tenido mala suerte por lo de la rodilla pero que su lucha había estado a la altura.

Él me contestó que quizás nunca más volvería a tener la oportunidad de optar al trofeo tantas veces soñado.

Yo le volví a repetir que se calmara.

«Rafael, es como si yo llorara porque no puedo tener un Ferrari. Si no consigues este trofeo durante tu carrera será porque quizás no te lo mereces.»

Yo también estaba sumamente afectado. La decepción era grande y sentía pena por él; es natural. Pero la reflexión debía imponerse. Una vez más era preciso que él fuera fuerte. Yo no podía demostrarle mi desilusión y propiciar así que él se hundiera más. Intenté, pues, quitarle dramatismo. En este momento, el que sufría era su tío, pero debía mostrarme como su entrenador. Fui afectuoso, pero intenté no traspasarle mi propio disgusto.

Estos momentos dolorosos son como un virus. No hay medicinas que sirvan para curarlos, ni paliativos, ni anestésicos. Hay que vencerlos en privado, en soledad. Él, evidentemente, el que más. Pero la familia, todo el equipo, yo, también.

Regresamos a casa. Unos días de descanso, de playa, de ver a sus amigos, a su novia.

También jugamos a golf juntos, una afición que compartimos unos cuantos de la familia: mis dos hermanos Miguel Ángel y Rafael y nuestro cuñado Jordi. Jugamos con la guasa de siempre, sólo que ahora algo ficticia, con las apuestas y los piques acostumbrados. Pero había algo latente que los dos sabíamos perfectamente.

Cuando yo estaba en mi casa, en mi soledad, con mis reflexiones, revivía los puntos del partido que podrían haber resuelto las cosas a nuestro favor. Repasaba mentalmente tantas imágenes y tantos momentos de la final. Se me mezclaban en la memoria una bola que no entraba con la expresión triste de mi sobrino en el vestuario. Imaginaba después esa misma soledad dolorosa que estaba sufriendo él, en ese mismo momento, en su propia habitación. Y yo sabía que era peor que la mía.

Y así pasaron unos días, cuatro, cinco, hasta que retomamos los entrenamientos y empezamos a centrarnos en la gira americana. En agosto empiezan los torneos en pista rápida con un primer torneo en Canadá (Toronto o Cincinnati, alternativamente), para acabar con el Grand Slam de Nueva York.

Y así es como se superan los problemas y se sigue adelante.

¿Cómo? Pues, siguiendo adelante. No hay más. Ésta es la única fórmula. Son tres pasos. *Aceptar que hay que estar mal. No sentir compasión por uno mismo. Seguir trabajando.*

El día en que alguien invente algo más, ya veremos, pero de momento se me hace inimaginable encontrar otra salida.

La costumbre de aguantar en el día a día, de ir incorporando a la normalidad los problemas, es lo que le ha permitido a mi sobrino aguantar en tantos momentos complicados y no hundirse. La costumbre, sólo la costumbre.

El hábito tiene una fuerza aplastante; y esto puede aplicarse tanto para lo bueno como para lo malo. Ésta es, quizás, el arma a la que ha recurrido con más insistencia Rafael en su persecución de los retos: el hábito de no pactar con los problemas e intentar resolverlos.

Todas estas reflexiones, la importancia de relativizar, el saber aguantar, y la importancia de perseverar en la lucha se las hacía yo, desde siempre y continuamente. Incansablemente y pesadamente. Y, casi siempre, iban unidas con otra idea muy simple conceptualmente. Cuando tú eliges como actuar, también eliges la consecuencia de esa actuación. Hay que ser consecuente. No entiendo otra forma de encarar las decisiones.

El año 2010 fue especialmente complicado en cuanto a dolores constantes en su pie y en las rodillas debido a la repercusión de las imprescindibles plantillas. Cuando los dolores son permanentes, y se hacen muy difíciles hasta los entrenamientos diarios, llega un momento en que tu cabeza quiere abandonar. Intentas seguir pero las

flaquezas luchan por abrirse camino.

Esto es lo que le ocurrió a mi sobrino cuando llegamos a Roma para disputar el torneo que había ganado durante tres años de manera consecutiva: en el 2005, en el 2006 y en el 2007. Y también en el 2009.

Eran los días previos al comienzo del torneo. Estábamos entrenando a diario con muy malas sensaciones. No le salían las cosas bien y estaba perdiendo entrenando con tenistas que, según el ranking, tenían un nivel por debajo del suyo. Su cara lo decía todo. No conseguía poner esa «buena cara» que yo siempre le he exigido.

Cuando pasan estas situaciones, por lo que he observado en nuestro ámbito, la tendencia casi absolutamente generalizada de los entrenadores y de los que rodean al tenista es la de mostrarse especialmente cautos y condescendientes. Suelen ser más indulgentes, benevolentes y cuidadosos. La reflexión, o, para ser más exactos, la reacción, es evitar poner las cosas más difíciles de lo que están.

Yo hago todo lo contrario. En primer lugar porque la delicadeza se me antoja lo más perjudicial. Los miramientos clementes me parecen contraproducentes y un poco infantiles. Y en segundo lugar, porque no he nacido para eso. Tengo la paciencia de un mosquito alterado y lo que ocurrió en Roma, por lo tanto, es que el temple no me asistió y mucho menos la resignación.

Con mi típica postura en la pista, cerca de él, con los brazos en jarras y con mi raqueta apuntándole, le pregunté: «¿Tienes algún problema?».

Yo no estaba para bromas, y él tampoco.

Su respuesta me indicó que se sentía realmente mal. Me dijo: «Toni, tengo tantos que prefiero no enumerártelos».

«Esto es lo que nos ha venido pasando durante mucho tiempo, Rafael. No es nada nuevo tener problemas; no es nada nuevo que sea difícil y que tengas dolor. Es lo que hay. O juegas con estas condiciones, que son las tuyas, o abandonas y nos vamos a casa. La decisión es tuya. Haz lo que quieras. Lo que no puede ser es estar aquí con esa cara. Si decides luchar, lucha y pon la actitud adecuada. No me pongas mala cara. Así no vamos a ningún sitio. Y si decides abandonar, hazlo, pero sabes que tampoco te lo pasarás bien en Mallorca. Tú mismo», le repetí una y otra vez con mi propia tensión y con mi circunstancial enfado.

En las horas que siguieron, ya en el vestuario, y al día siguiente, seguí recordándole lo que él sabe desde hace mucho tiempo. Intenté que fuera con algo menos de nerviosismo, pero el mensaje era el mismo en todo momento.

«Intenta sobreponerte y sigue sufriendo. La ocasión lo merece. Tú sabes bien lo que significa ganar. Piensa en si quieres intentarlo, pero si lo haces, hazlo bien, pon buena actitud.»

«La opción es o esto o lo otro, pero sé consecuente. Si luchas, hazlo bien, no pongas mala cara.»

En esta ocasión asumió las adversidades y no hizo como en aquel US Open cuando las bolas no le cogían efecto. Estuvo dispuesto a aguantar un poco más. Yo siempre le he repetido que no hay tanta diferencia entre hacer las cosas y hacer las

cosas bien.

Al cabo de unos días, el domingo a media tarde, Rafael alzaba por quinta vez la copa en el Foro Itálico. Ganó a David Ferrer después de una semana de torneo en unas condiciones realmente complicadas. Los dolores no cedieron, siguió pasándolo bastante mal, en los entrenamientos y en los partidos.

Aguantó y el resultado fue que ganó. Y no fue por mis palabras en el vestuario de unos días antes, ni mucho menos. Intento no llevarme a mí mismo al engaño. Ni tampoco porque David nos pusiera las cosas fáciles. Es un buen amigo fuera de la pista a quien siempre es un gusto reencontrar, torneo tras torneo, pero dentro de la pista es uno de los jugadores que siempre preferimos evitar.

A pesar de los problemas físicos y del desgaste psicológico, Rafael ganó aquel particular torneo porque tiene la costumbre de aguantarse y, aunque en este caso se lo tuve que recordar, sabe aceptar lo que va mal, se sobrepone a ello, no sin esfuerzo, y pone toda la carne en el asador. Se habituó a ello desde la niñez, está curtido, y esto, sólo esto, es lo que le permite poder hacerlo en los momentos sumamente difíciles.

Lo único que he de anotarme, en todo caso, es la iniciativa de refrescárselo en el momento preciso; así como también la de hacerle una evaluación posterior, darle la lectura precisa para que pueda hacer uso de ella en posteriores momentos adversos. Es lo que hice, en el mismo vestuario, en el mismo banco de hacía unos días, después de recoger la copa de campeón:

«¿Recuerdas nuestra conversación de hace unos días? Ésta es la diferencia entre abandonar o aguantar un poco más. Mira cómo te sentías hace una semana. Estabas demasiado afectado por los problemas, pero, una vez más, decidiste seguir sufriendo y tener hoy la recompensa. Esta es la gran diferencia, Rafael».

Cuando, una semana antes, yo había estado pidiendo a Rafael que aguantara un poco más, con tanta vehemencia y con tanta insistencia, era porque sabía que él era capaz de hacerlo. Mi convicción de que siempre somos capaces de hacer algo más es lo que me ha llevado a presionar tanto.

Yo sabía que él era capaz de seguir luchando; otra cosa muy distinta es conseguir ganar. Esto nunca es tan probable como puede parecer desde fuera, pero sí, en cambio, tensar algo más nuestros límites.

El episodio de Roma no ha sido un hecho aislado, ha sido uno de tantos y, de hecho, en ese momento, teníamos en mente precedentes incluso peores que el que estábamos viviendo en la capital italiana. Un año y medio antes, mi sobrino había vivido otra experiencia que podría definirse como una de las más duras que ha sufrido físicamente.

Fue exactamente en enero del 2009 en Melbourne Park, en la participación más épica de mi sobrino en el Grand Slam australiano.

La semifinal del torneo de ese año fue considerada una final anticipada, ya que era difícil que un partido alcanzara esas cotas de intensidad y de ajuste en el marcador.

La disputó contra Fernando Verdasco, un tenista por el que sentimos también un buen aprecio y sobre cuyo juego no hace falta verter muchas alabanzas. Es de sobras

conocida su potentísima derecha, así como su fortaleza física, que estuvo, quizás, en su momento más álgido en esa semifinal del abierto de Australia.

El partido fue extenuante para ambos tenistas. Duró cinco horas y catorce minutos, siendo el partido de Grand Slam más largo hasta la fecha; estaban a 30 grados y con una humedad del 80 por ciento.

Los dos españoles protagonizaron uno de esos partidos que, nosotros por lo menos, vamos a recordar muchos años. La dureza de los puntos no dio respiro al exaltado público, que se lo pasaba en grande, ni al corazón de los que ocupábamos ambos banquillos, el de Fernando y el nuestro, a punto del colapso.

De las cuatro primeras mangas sólo la segunda no tuvo desempate y el quinto set cayó del lado de mi sobrino por 6-4, en un desenlace que bien podría haber caído del lado del madrileño.

Los dos tenistas acabaron exánimes y muy fervorosamente aclamados por un público realmente entusiasmado.

Después de un partido de estas características y en esas condiciones, es fundamental intentar una recuperación muy estudiada y a contrarreloj. El doctor Ruiz-Cotorro y Rafael Maymó se ocuparon de llevar a cabo todos los protocolos necesarios para que Rafael se restableciese dentro de lo posible para la final del domingo, tan sólo treinta y seis horas más tarde.

Su contrincante era, una vez más, Roger Federer. El suizo ya había levantado el trofeo en la Rod Laver Arena en tres ocasiones: 2004, 2006 y 2007. No hace falta decir, pues, que era el favorito para alzarlo por cuarta vez. El público en general lo intuía así, los expertos, imagino que también, y nosotros, unas horas antes de empezar el partido, lo dábamos casi por hecho, dado el estado en el que se encontraba Rafael.

Por mucho que siguiera todos los intensos tratamientos, el tiempo de recuperación antes de la final había sido demasiado breve. Su cuerpo y sus fuerzas habían estado sometidos a una intensidad realmente apabullante.

La final se tenía que disputar a las siete de la tarde del domingo 1 de febrero. Cuando fuimos a entrenar por la mañana, se confirmó lo que todos los miembros del equipo habíamos temido. Entramos en la pista dispuestos a entrenar de forma suave, a tocar la bola, a buscar sensaciones positivas, y lo que nos encontramos fue justamente todo lo contrario.

Todo le iba mal a Rafael. La cara, lo primero. No se podía mover. Le dolía el brazo, la cadera, la rodilla. Se le subió el gemelo. Se mareó. Un despropósito detrás de otro. Muecas de dolor, de cansancio, de impotencia.

Estuve dándole ánimos un rato, reclamándole que lo intentara un poco más.

«Vamos, Rafael, vas a disputar la final del Open de Australia. Haz un esfuerzo; el último esfuerzo.»

Él se sentía realmente exhausto. Es una de las veces que lo he visto más falto de fuerzas. Su cara no podía mentir. Sus movimientos tampoco. Su fortaleza estaba al límite; bueno, casi al límite.

Yo no dejaba de insistir y de pedirle que hiciera un esfuerzo. Mi propia tensión

se ocupaba de seguir dándole la lata. Mi incansable empecinamiento le llevó a espetarme lo que ya me había dicho en otros momentos de estrés: «Claro, Toni, para ti es muy fácil».

«No, para mí no es fácil, Rafael. En absoluto, no te engañes. Si fuera fácil para mí, ya lo habría hecho yo en mi día. Claro que no es fácil. Pero probablemente, nunca tendrás tan cercana la oportunidad de ganar el Open de Australia. Valora si quieres intentarlo.»

Le repetí, una y otra vez, lo mismo que un año y medio más tarde en esa conversación que ya he relatado en el Foro Itálico de Roma. Sólo que esta primera vez había tenido que hacerlo durante un tiempo realmente precioso, durante unas horas sumamente importantes: las cinco horas que le separaban de hacer su aparición en la pista central, en la Rod Laver Arena.

«Rafael, ahora estás mal, muy mal. Pero tranquilo que dentro de cinco horas, cuando salgas a la pista, no estarás mejor. Probablemente te sientas peor que ahora, cuando veas a Federer al otro lado de la red. No bajará Dios, ni tu padre a ayudarte. Tienes que superar este momento tú solo. Nadie puede hacerlo por ti.»

Si repitiera todo lo que le dije durante tantas horas, largas y escasas al mismo tiempo, atoraría al más paciente y entregado lector. Fui verdaderamente cansino, pero también fui muy fervoroso, muy incisivo. No podía hacerlo de otra forma.

Él volvió a repetirme lo de que para mí era muy fácil.

«Es muy fácil hablar, Toni. Para ti es muy fácil, digas lo que digas, pero te aseguro que no me puedo mover. Las piernas no me responden. No puedo correr.»

«Bah —le contesté groseramente—, ¡tonterías! ¡Claro que puedes correr! Estoy seguro de que puedes correr. Si al salir a la pista te dijeran que hay un francotirador en las gradas apuntándote con una pistola y que te dispararía cuando pararas de correr, te aseguro que no te pararías, correrías hasta llegar a Mallorca. ¡Anda si puedes correr! Te aseguro que sí. ¡Puedes correr, Rafael, puedes correr!»

Ésta es mi ortodoxia y, quizás, mi único mérito como entrenador: los pocos miramientos a la hora de decir lo que pienso.

Ya muy al final, después de mucha charla, teniendo el reloj como indicador de que se acercaba el momento, Rafael empezó a mostrar signos de que algo estaba cambiando en su cabeza. En su cara empezaron, paulatinamente, a relajarse los músculos que activan el desánimo y el abandono para tensar los que imponen agresividad y ambición.

Para mi gran tranquilidad empecé a ver en él no ya una actitud que rehuía las palabras, sino esa mirada que buscaba acompañamiento. Empezó a querer sentir y compartir la ilusión necesaria para afrontar el duelo. Empezó a tamborilear con las piernas sobre el suelo pulcramente limpio del vestuario. Empezó a sonreír algo y a demostrar que no había abandonado del todo la confianza en sí mismo y en su propio esfuerzo. Una vez más se impuso la costumbre de aguantar un poco más, de darse a sí mismo otra oportunidad.

En ese momento, se me antojó necesario, para él y para mí, compensar mi

severidad. Busqué transmitirle ese afecto que siempre he intentado demostrarle con un toque de humor, con una pincelada, que en un momento tan tenso puede ser balsámico e hilarante. Era necesario seguir encendiéndole los ánimos, pero también rebajar esa percepción tan agresiva que puedo llegar a transmitir.

Hacía muy poco que Barack Obama había ganado sus primeras elecciones a la presidencia de Estados Unidos y que era mundialmente famoso su lema de campaña: «*Yes, we can!*».

Como nosotros no tenemos lemas, ni parafernalias que adornen nuestro discurso privado en el vestuario, aproveché el momento para repetirle el del líder americano. Claro, esto en mi boca, y en ese momento de nerviosismo y tensión que se podía cortar en el aire, adquiriría tintes realmente cómicos. Y él así lo percibió y, de hecho, se reía cada vez que se lo decía.

«Cuando descanses en la silla repítetelo. “*Yes, we can!*”»

¡*YES, WE CAN!* ¡*YES, WE CAN!*

Acabamos la reunión de forma mucho más optimista y positiva, con otra sensación. Con ilusión.

Yo sabía que mi sobrino seguía igualmente hecho polvo, pero sus ganas de lucha habían vuelto. Esto no era garantía de victoria ni mucho menos, pero era imprescindible para salir a la cancha con alguna posibilidad.

El primer set del partido fue de lo más atípico en el deporte de la raqueta. De los doce juegos que disputaron los dos rivales, cinco de ellos se lograron al resto. Esto demuestra la gran tensión que vivían los dos tenistas y la agresividad de la que ambos hicieron uso.

Rafael ganó la primera manga por un 7-5 bastante improbable hacía un rato. Efectivamente, hacía escasos minutos Federer se había puesto 4-2 y con servicio.

Mi sobrino ganó también el tercer set.

El suizo ganó el segundo y el cuarto por un doble 3-6.

Había llegado el momento de la verdad; el desempate en el quinto set y la posibilidad de deshacer la maldición que aseveraba que el trofeo australiano estaba vedado a un tenista español.

Lo que pasó debe de estar en la retina de muchos aficionados porque ese día dieron la vuelta al mundo las imágenes de Federer afectado en la entrega de trofeos y Rafael conteniendo su alegría ante el desconsuelo de su compañero.

Curiosamente, en la quinta manga, después de un cuarto set en el que Federer estuvo arrollador, éste empezó a mostrar más flaqueza que mi sobrino. Empezó a sentirse más cansado que Rafael. Esto hizo que su juego fuera más errático y Rafael supo aprovechar el momento. Sacó fuerzas como si alguien del público estuviera, realmente, apuntándolo con una pistola. Tuve la tentación de comprobar con la vista que, afortunadamente, no era así.

Mi sobrino acabó sobreponiéndose a todos sus dolores e impotencias e hizo gala de una fortaleza que nos sorprendió a todos, a mí incluido, a pesar de tener desde siempre muestras constantes de su capacidad de aguante.

Sólo unas horas antes parecía muy complicado que fuera a aguantar un partido largo y, bastante más, que, tras cuatro horas y veintitrés minutos, doblegara a Roger Federer y le impidiera igualar la marca de Pete Sampras de 14 Grand Slams conquistados.

De todos es sabido, sin embargo, que se trató sólo de una prórroga.

«En los sueños comienza la responsabilidad.»

WILLIAM BUTLER YEATS

Así es. En todo caso, así ha sido en nuestra historia particular. Nuestra responsabilidad, en mi supuesto como entrenador, en el de mi sobrino como deportista, empezó con un sueño. El sueño que ya he mencionado, elevado y complejo, difícil y, por tanto, sometido desde el principio a ese principio también —el de la responsabilidad— que, según mi humilde entender, se aprecia poco y equivocadamente.

Los sueños personales suelen atentar descaradamente contra las barreras que imponen la improbabilidad y la dificultad, pero son también la manifestación más elevada de libertad individual.

La libertad es la que se desgrana en esa primera determinación que nos lleva a perseguir lo que estimamos oportuno o lo que deseamos.

He encabezado este segundo apartado de este capítulo, el que hace referencia a la responsabilidad, con una frase del poeta Yeats, el que fue el primer irlandés en ser honrado con el premio Nobel de Literatura. Sólo dos años más tarde, en 1925, sería galardonado con el mismo reconocimiento otro compatriota suyo, el dublinés George Bernard Shaw. Este último, además de ser un prolífico autor teatral, escribió más de cincuenta obras que le valieron la fama de ser un gran idealista, así como uno de los más incisivos críticos sociales de la época por su sátira tan estimulante.

Muy famosa es su frase que dice así:

«La libertad significa responsabilidad; por eso, la mayoría de los hombres le tiene tanto miedo».

Efectivamente, la responsabilidad es una característica que ejerce quien goza de su propia libertad. Y para llegar a este extremo tienen que darse otras dos características, que, en su ausencia, lo harían inviable: la valentía y una correcta reflexión.

Siempre resulta mucho más sencillo estar sometidos a unas directrices muy marcadas y dejar que te guíen completamente, o incluso, en parte. Cuando desechamos el libre albedrío, sin embargo, y acatamos lo que nos dictan, es más complicado prosperar y perseguir los sueños.

Cuando mi hermano Miguel Ángel contaba dieciocho años, tenía un entrenador en Manacor que no quería que entrenara más de lo que él le exigía. Cuando me lo comentaba, yo le decía: «¡Mándalo a... freír espárragos! (mi expresión era más bruta, pero no queda bien plasmarlo fielmente en un escrito). Si quieres ser mejor que los demás, tienes que entrenar más que los demás. Esto es de cajón. No le obedezcas. Haz lo que tienes que hacer».

Unos años más tarde, cuando fichó por el Barcelona, siguió haciendo lo mismo. Después de acabar el entrenamiento con todo el equipo, Pep Guardiola, Richard Witschge y él se quedaban a trabajar más tiempo porque deseaban esforzarse más y ser responsables al máximo con el objetivo que perseguían: ser futbolistas destacados en sus respectivas posiciones.

En esto consiste una correcta reflexión. No hace falta ser un lince. A mí me parece sencillísimo de entender. El camino más fácil y más rápido para ser responsables es reconocer que de nuestro comportamiento dependen las consecuencias de nuestras acciones.

En una sociedad realmente adulta sólo deberían estar exentos de ejercer su responsabilidad los niños y, aun ellos, de forma relativa. Sólo en proporción a su desarrollo y grado de formación.

A mí me sorprende ver, a diario, ejemplos de la poca responsabilidad que ejercemos los adultos respecto a tareas que, de nuestra parte, sólo reclaman un poco de sentido común.

Voy a poner un ejemplo que es de carácter totalmente local, aunque me temo que es extrapolable a muchos otros sitios y a muchos otros ámbitos.

A pesar de disfrutar de un clima bastante agradable, en el Mediterráneo, o al menos en las islas Baleares, los que vivimos aquí podemos vernos afectados por un fenómeno meteorológico tan destructivo como espectacular. Son las mangas marinas o tornados que, aun formándose dentro del mar, en no pocas ocasiones penetran en la tierra y pueden ocasionar destrozos considerables a su paso.

Estos tornados son tan conocidos en las islas —los marinos ingleses que ocuparon Menorca en el siglo XVIII ya los describieron en sus cartas náuticas— que tenemos incluso diversos nombres populares para referirnos a ellos: Bufarut, Remolí, Terbolí, Cap de Fibló...

Estos tornados son, deberían ser, un recordatorio constante de lo indomable e imprevisible que puede ser, a veces, la naturaleza.

Bueno pues, por lo que muy fácilmente he podido deducir, cada vez que cae una tromba de agua, que soplan vientos fuertes, que sufrimos un fuerte oleaje o un tornado marino, nos gusta exigir una asunción de responsabilidades a los diversos Institutos de Meteorología o a las autoridades locales, que para nada nos corresponde a nosotros y, mucho menos, a nuestro entendimiento.

El año pasado sufrimos un tornado especialmente virulento en la costa nordeste de Mallorca. Cayeron árboles, volaron tejados de uralita, se derrumbaron algunas paredes. Los partes meteorológicos habían previsto y anunciado, efectivamente, una situación muy inestable con todo lo que esto puede suponer: lluvia, vientos, etc. Sin embargo, y por supuesto, nadie predijo que iba a producirse la manga que entró en tierra y, mucho menos, la hora y el lugar exactos en que lo hizo.

Craso error.

Al día siguiente, sintonicé en la radio un programa que había abierto su línea telefónica para que los ciudadanos pudieran intervenir. Llamaron, sobre todo, vecinos

de las zonas más afectadas, dando cuenta de su experiencia, de su susto y de los desperfectos materiales que habían lamentado personalmente. Aparte de estas llamadas, sin embargo, hubo algunas, dos si no recuerdo mal, en las que los interlocutores llamaron para mostrar lo molestos que estaban porque nadie los había avisado y, mucho menos, prevenido del grave peligro que los había sorprendido en la calle haciendo sus recados o, en el coche, de camino a su trabajo.

Ya sé que estos casos son los menos frecuentes. Sin embargo, tengo la sensación de que cada vez podemos observar más actitudes de este tipo. Pretender que alguien se apodere de nuestra responsabilidad personal, y así nos libere de esa pesada carga que se nos cae encima cuando nos hacemos adultos, es un deseo cada vez más extendido.

Hay una tendencia no ya a no querer asumir la responsabilidad, sino a reconocer la arbitrariedad de fenómenos como los que puede dictar caprichosamente la naturaleza. Esta tendencia se va apoderando paulatinamente de muchos ámbitos distintos y dejamos que afecte, por tanto, a todos los aspectos de nuestra vida.

Si nos salimos de una curva muy cerrada, en la carretera, la culpa es de la señalización semiborrada o en malas condiciones; que debería estar en buenas condiciones, por supuesto, pero esto no debería sustituir jamás a la responsabilidad individual a la hora de conducir.

Se me ocurren muchos ejemplos que no voy a desarrollar por no ser pesado: los efectos negativos del tabaco para la salud del que fuma, lo peligroso que puede ser observar un fuerte oleaje desde la roca más cercana al mar y pretender hacerse un *selfie*, hacer de excursionistas intrépidos con poca experiencia y con pocos conocimientos del terreno...

En muchas ocasiones exigimos que alguien sea responsable por nosotros y que se nos indemnice y socorra; que seamos prevenidos por alguien, el que debería ser responsable de las acciones que nosotros, solitos, hemos decidido llevar a cabo.

No me extraña en absoluto que, cada día, quien se entretenga a escuchar el parte meteorológico, por seguir con el mismo ejemplo, sea advertido e, incluso, atemorizado con alertas de todos los colores imaginables: alerta amarilla, verde, roja, violeta... Me temo que podemos llegar a malgastar todos los colores del arcoíris con tanta prevención exigida.

Desde siempre, un adulto capaz y bien formado ha querido ejercer su propia responsabilidad, porque lo contrario significa que nos hemos quedado en esa edad infantil en la que sí es necesario que otro sea responsable por nosotros. Me temo, pues y por deducción, que si dejamos de ser responsables en tantos aspectos como los mencionados, muy difícilmente seremos dueños de nuestro progreso y de nuestra libertad.

Rafael ha logrado muchas de las metas que se propuso en su día, por ejercer, precisamente, esa responsabilidad que sólo podía ejecutar bien reconociéndose a sí mismo como causante de sus logros y de sus decepciones.

Como ya he mencionado al principio de este capítulo, la responsabilidad gestiona

lo que depende de nosotros y eso incluye la persecución de nuestros sueños.

En una ocasión estábamos en el torneo de París-Bercy, muy al principio de la carrera profesional de mi sobrino, y yo estaba sentado con Carlos Costa en la sala de jugadores. Estábamos charlando de tantas cosas que nos han ocupado siempre, haciendo tiempo para que Rafael saliera a la pista en menos de una hora. En ese momento, llegó Rafael con cuatro cruasanes rellenos de chocolate en un plato. Amontonados, claro.

No eran todos para él. Tuvo la gentileza de ofrecernos uno a cada uno y cuando Carlos vio que él iba a zamparse los otros dos, me dijo: «¡No le dejes que se coma esto antes de salir a la pista! Le sentará fatal».

«No, no. Que se los coma —le dije yo—. Como si se come los cuatro él solito. Él ya sabe que no lo tiene que hacer. Sólo faltaría que yo tuviera que ser responsable por él. Que se los coma y ojalá le duela el estómago y pierda el partido. Así aprenderá.»

Se los comió, dos de ellos, y salió a jugar. No le dolió el estómago, pero perdió el partido.

Esta vez la lección no fue productiva —de hecho, no hubo lección—, pero la mayoría de las veces lo es. Cuando uno se acostumbra a no ser responsable de sus actos, se pagan las consecuencias.

Esta anécdota es, realmente, inédita porque, como ya he dicho, Rafael ha padecido desde muy pequeño la imposición de esa valentía que mencionaba. Esa valentía de asumir que él y sólo él iba a ser el receptor de las consecuencias de sus actos.

Yo me ocupé de hacerle responsable siempre de absolutamente todo lo que le pasaba en la pista. Mi sobrino sabía que, conmigo, no podía recurrir a ningún tipo de explicación o excusa.

«¡No me cuentes historias!», solía contestarle yo si se atrevía a mencionar cualquier pequeño contratiempo.

Una vez llegó de un torneo, al que yo no le había acompañado, y vino a verme a casa para darme el parte de lo ocurrido. Había perdido en la final y empezó a contarme que le habían encordado la raqueta mal, con una tensión que no tocaba.

«¡Bah, no me vengas con excusas, Rafael! Ahora resulta que la raqueta tendrá la culpa.»

Él subió a su casa, justo un piso más arriba y bajó a enseñarme la raqueta, que, efectivamente, estaba muy laxa, por lo que vi de soslayo. De hecho, le dije que no quería ver la raqueta ni comprobar cómo estaba encordada.

«Mira, si la raqueta no tiene la tensión correcta, igualmente tú tienes la culpa de ello. Haberte ocupado antes de salir a la pista, que es lo que te toca. No me cuentes más historias de raquetas, ni de cordajes. Si has perdido el partido, la culpa es tuya y de nadie más. Mucho menos, de nada más.»

Este capítulo, así como el libro en general, se está convirtiendo en un anecdotario más que en un manual teórico y, por tanto, quizás más serio. Esto lo único que hace, en todo caso, es avalarme como autor de todas estas disquisiciones. Menos mal que

tengo material para acceder a la parte testimonial. Si no fuera así, muy probablemente ya habría abandonado la empresa.

Aun así, no todas las anécdotas me avalan o me dan la razón. Hay una que, aunque aparentemente sea más cómica, tiene para mí mucha carga de eso que me gusta de mi sobrino, como entrenador, pero sobre todo, como tío: la asunción de incumbencia. Esa anécdota, como digo, me agrada, pero no acredita mi teoría de la responsabilidad, más bien cierra el círculo de esa raqueta que le dejaron con el cordaje laxo.

Estábamos en Terrassa, la ciudad catalana, para disputar un Future, los torneos considerados como la antesala del circuito profesional.

Yo había acompañado a Rafael y a otro chico de la Escuela de Tecnificación Balear y dio la casualidad de que tuvieron que jugar sus respectivos partidos al mismo tiempo.

Para evitar que el compañero de mi sobrino se sintiera desplazado por causas evidentes, en vez de sentarme en la pista de Rafael me senté en la del otro jugador balear.

Empezaron ambos partidos. Yo podía ver a mi sobrino desde mi posición y, aunque estaba lejos, podía apreciar perfectamente que estaba haciendo un auténtico desastre. No le entraba ni una sola bola en el cuadro. Yo no entendía nada, porque su rival no era motivo suficiente para jugar tan mal. Realmente, yo podía percibir que el mérito del desastre correspondía en gran medida a mi sobrino.

Cuando iba perdiendo 6-1, se me acercó un amigo, exjugador de tenis, que me preguntó:

—Toni, ¿tu sobrino no tiene otra raqueta?

—Sí, claro que sí —le contesté yo—, ¿por?

—Es que creo que está jugando con la raqueta rota.

—¿Qué me dices? —le respondí yo, con sorpresa.

Me dirigí a la pista de Rafael y aproveché el primer cambio para decirle: «Rafael, creo que estás jugando con la raqueta rota. Mírala, a ver».

Él cogió la raqueta, que ya había apoyado en el suelo, se la acercó a la cara, la observó bien y dijo: «¡Ostras!, es verdad. Está rota».

Me la mostró vagamente y la cambió por otra.

Reanudó el partido. Perdió el primer set 6-2 y el segundo 7-5. Evidentemente, su juego mejoró con la raqueta en buenas condiciones aunque ya no fue suficiente como para anotarse el tanto a su favor.

Después de los dos partidos, cuando me reuní con mi sobrino en la zona donde estaban todos los jugadores, le reproché lo siguiente: «Rafael, ¿me dirás que después de tantos años jugando al tenis no eres capaz de reconocer cuando una raqueta está rota?».

La raqueta estaba rota en el marco, no por la parte del cordaje. Cualquiera que haya jugado un poco al tenis, aunque sólo sea como aficionado, sabrá que con el marco de la raqueta roto es imposible controlar las bolas. Las bolas se van por

cualquier lado.

Su respuesta a mi recriminatoria pregunta fue bastante elocuente: «Toni, estoy tan acostumbrado a tener yo la culpa de todo que en ningún momento se me ha ocurrido que la responsable de mi mal juego fuera la raqueta. Pensaba que era yo el que lo estaba haciendo mal».

Como ya he dicho, esta vez pecó por un exceso de responsabilidad. Su perpetua sensación de que todo es de su exclusiva incumbencia le llevó, en este caso, a no observar ninguna otra posibilidad. Esta vez no le ayudó una de las virtudes que más valoro en él, pero pienso que, en general, ha tenido un peso muy importante en el desarrollo de su carrera.

La muestra más fehaciente, quizás, de la responsabilidad de mi sobrino es el hecho de que jamás ha cambiado de entrenador. Quien piense que Rafael no ha cambiado de maestro porque yo soy el mejor para él, se equivoca. Él no me ha sustituido porque sabe que la mayor parte de las cosas que logra y que no logra dependen de él. Lo que él puede gestionar, vamos. Supongo que esto está claro.

En el año 2007 Rafael se apeó del Grand Slam australiano perdiendo en cuartos de final contra el chileno Fernando González. Aun considerando siempre una derrota como algo posible, en esta ocasión mi sobrino estaba decepcionado porque no había logrado adoptar los cambios necesarios para tener una actuación con garantías en un torneo sobre pista rápida. Habíamos estado trabajando en la adaptación a la superficie rápida y no había conseguido amoldarse del todo a los requisitos inherentes al tipo de juego que se exige en esta superficie.

En el vuelo de regreso desde Australia, trayecto durante el cual uno puede tejer una bufanda de lana si se le antoja, aproveché para comentarle que quizás le iría bien contar con la colaboración de otro entrenador, alguien que conociera bien las características del juego sobre pista rápida.

De hecho, le propuse a alguien en particular, un entrenador suficientemente avalado para darle unos cuantos consejos. Se lo comenté en uno de esos momentos en que los objetivos nos han exigido cambios poco cómodos y, por tanto, difíciles de aceptar.

Habíamos hablado ya mucho del tema y del esfuerzo añadido que era necesario acometer para intentar lograr ese nuevo reto. Recuerdo perfectamente esa conversación, en la que le dije más o menos: «Rafael, tal persona quizás te pueda ayudar más que yo. Es necesario llevar a cabo esas modificaciones que tanto hemos comentado y pienso que a lo mejor él te puede ayudar a lograrlo. Plantéatelo, en serio. No puedes perder nada por probar». La respuesta que me dio fue una demostración de que si no lograba su objetivo no sería por tener la actitud equivocada: «Toni, ya sabemos lo que hay que hacer. Ya lo hemos hablado mucho. La pelota está en mi tejado. Es responsabilidad mía hacer lo necesario para seguir intentándolo».

Una vez más, en nuestra historia, el alumno dio la respuesta que deseaba el profesor. Y no fue porque estuviera en peligro mi amor propio, ni mucho menos. Fue porque me confirmaba una actitud que yo había anhelado para él, la que más

fácilmente le llevaría a levantar las copas de los Grand Slam en pista rápida que aún no tenía en su palmarés: Wimbledon, Open de Australia y, por último, US Open.

El 6 de julio del 2008, Roger Federer y Rafael Nadal protagonizaron una final de tenis que ha pasado a la historia como una de las mejores de este deporte: la del Grand Slam sobre hierba, Wimbledon. John McEnroe dijo literalmente: «Ésta ha sido la mejor final que he visto en mi vida».

Como ya he explicado en este capítulo, los protagonistas habían sido los mismos en el 2006, con escasas posibilidades para mi sobrino, y en el 2007, con una final muy reñida y que supuso una de las grandes decepciones que ha sufrido Rafael a lo largo de su carrera deportiva.

No voy a contar de forma muy pormenorizada ese encuentro que es el hilo conductor del libro que escribieron mi sobrino y John Carlin: *Rafa, mi historia*.

Mi idea es contar esa otra lectura, la del entrenador que ve la interpretación y la culminación más perfecta de esos principios perseguidos durante tantos años.

La situación era la siguiente: esa final era el enfrentamiento número 18 entre los dos jugadores. Mi sobrino lideraba el «Head to Head» por 11-6. Roger era el número uno, Rafael el dos. Rafael venía en racha, había ganado cinco de los últimos torneos disputados, entre ellos Roland Garros, en cuya final había ganado al suizo en un partido en el que el de Basilea sólo logró cuatro juegos. Sabíamos también, y eso pendía sobre nosotros como una situación sumamente amenazante, que en las dos últimas finales se había impuesto Federer. Pero no sólo eso. Federer era el máximo favorito por más razones: había ganado 5 Wimbledon consecutivos y logrado 65 victorias seguidas en hierba. Una cifra inclemente.

Mi sobrino había ganado a Rainer Schüttler en la semifinal en un partido no excesivamente complicado que no le había dejado, sin embargo, con las mejores sensaciones.

El domingo de la final la tensión era extrema. El nerviosismo que padecíamos cuando entramos en la pista para calentar unas horas antes del partido se podía cortar en el aire. Íbamos a practicar durante una hora más o menos y acabamos haciéndolo durante dos. Buscábamos esas buenas sensaciones que no acabaron de aparecer probablemente porque el desafío y las expectativas eran muy inquietantes.

Empezó el partido y yo estaba tan nervioso que en un momento dado miré el reloj para comprobar el tiempo que había transcurrido desde el inicio. Tres minutos, que se me habían hecho eternos. Pensé para mis adentros: «¡Dios mío! ¡Lo que nos espera!».

Rafael se anotó las dos primeras mangas del partido por un doble 4-6, pero la máxima tensión llegó en el tercer set. El marcador estaba 5-4 a favor de Rafael y con saque de Federer y, confirmando las peores previsiones, en ese justo momento se puso a llover. Sufrimos un parón de treinta minutos, durante el cual me reuní con mi sobrino en el vestuario.

Cuando entré, Rafael me miró y me dijo: «¡No, Natali, ahora no era el mejor momento de hacer llover!», haciendo referencia a esa ocasión, muchos años atrás, en

que hice llover durante su primer partido de competición, cuando él contaba ocho años y estaba perdiendo.

Y repitió: «¡Jo, qué momento más inoportuno de llover!».

Yo le contesté: «Esto es peor para él. La presión la tiene Federer, que tiene que sacar».

A continuación, por raro que pueda parecer, eché una cabezadita en el vestuario. Estaba tan agotado por los nervios que mi cabeza pidió un respiro.

Salimos a la pista otra vez para reanudar el partido.

Y en los dos primeros puntos del suizo me comí mis propias palabras. ¡¡¡Dos aces!!! «¡Joder! —pensé para mis adentros—. ¡Menudo bocazas estoy hecho!»

La intensidad siguió igual. El tercer y el cuarto set se resolvieron en la muerte súbita, ambos a favor de Federer, 7-6(5), 7-6(8), y por segundo año consecutivo nos íbamos a enfrentar a un desempate que cobraba tintes de pesadilla.

Cuando estaban empatados 2-2 en la última manga se puso a llover por segunda vez y el juez de silla detuvo el partido.

No he logrado olvidar esos momentos en que me dirigía por segunda vez al vestuario para hablar con Rafael. Recuerdo perfectamente la tensión, la angustia, los nervios. Mi sobrino había ganado los dos primeros sets, no había logrado romper el servicio del suizo ni en el tercero ni en el cuarto, estaba en una situación extrema, el miedo era muy intenso y no se me ocurría qué podía decirle en ese momento, cuando me reencontrara con él.

Esa conversación la tengo grabada en mi memoria como si hubiera ocurrido ayer. Y es la mayor demostración de responsabilidad, fortaleza y espíritu ganador que he tenido la suerte de comprobar en mi vida.

Cuando entré, nuestras miradas se encontraron y el primer comentario que me hizo Rafael fue en tono jocoso. Me dijo: «Toni, ahora es mejor que no te duermas».

Me salió una mueca rara, me costaba sonreír y también encontrar las palabras adecuadas. Cuando empecé a decirle lo de siempre, sobre todo que se concentrara al máximo, que luchara con la máxima intensidad, él me interrumpió y me miró con una expresión que fue la concentración, la culminación y el más elevado ejemplo de todo lo que, como entrenador, había perseguido inculcarle. Me dijo: «Tranquilo, Toni. No voy a perder. Puede que él me gane, pero yo no voy a perder».

Seis años después sigo proyectando en mi mente esas palabras que representan la máxima capacidad de aguante y el más necesario sentido de la responsabilidad.

Cuando salimos otra vez a la pista, compartí con el equipo y con la familia, sobre todo con mi hermano Sebastián, los momentos más intensamente desgastadores, nerviosos y felices que nos ha dado la carrera deportiva de Rafael.

Después de cuatro horas y cuarenta y nueve minutos, sin apenas luz en la pista central, mi sobrino logró llevarse el Trofeo de Wimbledon, cuarenta y dos años después de que lo lograra Manolo Santana.

Ese día pude disfrutar de una inmensa alegría como tío y, como entrenador, de la representación más fidedigna e, incluso, perfeccionada de un guión compuesto por

todos los valores y principios que intenté enseñarle a Rafael desde los inicios de nuestra trayectoria común.

EL PODER DE LA PALABRA

Es un hecho absolutamente palpable. Mentira. Es un hecho absolutamente visible que vivimos en un mundo donde el rey es la imagen.

«Una imagen vale más que mil palabras.» No sé quién lo vaticinó ni de qué época es esta sentencia, pero las tres o cuatro últimas décadas del siglo XX, y todo lo que hemos vivido del siglo XXI, son una constatación de que esto es lo que esta sociedad ha aceptado.

Este hecho me produce cierta inquietud, por no decir temor, porque con la conquista de lo visual sobre cualquier otra manifestación se está eclipsando una herramienta que a mí se me antoja la más importante de todas en cualquier proceso de aprendizaje o de maduración: la palabra.

La imagen es muy estimulante, es verdad, y eso la hace sumamente poderosa. Para que alguien nos convenza con palabras de que Haití necesita nuestra ayuda porque ha sufrido un tremendo terremoto, se necesita un tiempo que hoy en día consideramos sumamente precioso. Las imágenes, en cambio, y así ocurrió en el año 2010 cuando ocurrió el desastre, fueron un estímulo vital para que en muy pocos días se pusiera en marcha una campaña humanitaria mundial. Si no llega a ser por las imágenes que nos llegaban continuamente de los destrozos y de tantas vidas perdidas o mutiladas, no se hubiera activado ese mecanismo. Hay rigurosos estudios en este sentido que confirman este hecho, que confirman el poder de una imagen como el más efectivo acicate.

Las imágenes se procesan mucho más rápido que las palabras. Constituyen un estímulo inmediato y tienen un impacto y una influencia sobre nuestras decisiones; de esto saben mucho los que se dedican al marketing y a diseñar campañas para conducir nuestro comportamiento.

Esto, de entrada, no tiene por qué ser malo o negativo; pero mi inquietud se debe a que la tendencia galopante en la actualidad es la de sustituir casi en su totalidad las palabras por imágenes. Y eso sí me parece preocupante.

Si la imagen es impulso, acción inmediata, estímulo, la palabra —si no es verborrea— es reflexión. La palabra requiere cierto grado de razonamiento.

Cualquier ejercicio de reflexión, ya sea íntima, callada o compartida, implica el uso de la palabra. La palabra puede ser leída, escuchada, pensada, pronunciada, compartida... y a mí se me antoja como la única manera de adquirir o de procurar algún tipo de aprendizaje.

Ya he mencionado en un capítulo anterior el ensayo de Mario Vargas Llosa *La civilización del espectáculo*, en el que el Nobel peruano demuestra su preocupación

por este y otros fenómenos vigentes que están cambiando unos códigos culturales básicos por otros, los actuales, que son bastante peligrosos. Un pequeño extracto que se refiere, precisamente, al reinado de la imagen y a sus consecuencias negativas, dice así:

Cuando una cultura relega al desván de las cosas pasadas de moda el ejercicio de pensar y sustituye las ideas por las imágenes, los productos literarios y artísticos son promovidos, aceptados o rechazados por las técnicas publicitarias y los reflejos condicionados de un público que carece de defensas individuales y sensibles para detectar los contrabandos y las extorsiones de que es víctima.

He ido mencionando en distintas ocasiones en este libro que mi herramienta más importante en mi trabajo de formador, no sólo de entrenador, ha sido la palabra. Cualquier proceso de mejora, cualquier avance, cualquier ejercicio de superación, está precedido por un ejercicio de reflexión. Yo no lo sé concebir de otra manera. Si, como dice Vargas Llosa, eliminamos el ejercicio de pensar, cualquier consecuencia de nuestros actos, no ya sólo de los productos artísticos o literarios, es puro azar o pura manipulación.

En mi afán por ser dueño de mis actos y de sus consecuencias y de enseñarle a mi sobrino esta misma premisa, he dado siempre máxima importancia al ejercicio de meditar, de analizar y, por tanto, de conducir nuestros derroteros dentro de lo posible.

En la parte que corresponde a mi actividad de entrenador me ocupé de hacerle más preguntas a mi sobrino que de darle respuestas. Sólo así se estimula el ejercicio de reflexión.

«¿Por qué has fallado esta bola?» «¿Por qué has perdido este partido?» «¿Por qué no ha entrado este saque?»

Desde pequeño, Rafael tuvo que contestar preguntas continuamente. Mi cercanía en la pista, aparte de evidenciarle mi presencia y mi apremio, favorecía un diálogo sin el que yo no habría sabido cómo hacer mi trabajo.

A veces he observado entrenamientos de otros tenistas con sus entrenadores y me ha sorprendido mucho que apenas hablen. Me despierta curiosidad esta forma de trabajar porque no es que no la comparta, es que no la entiendo. ¿Cómo lo hacen? ¿Por qué no hablan? Uno juega y el otro mira. A mí me resulta incomprensible.

Algunas veces he participado en jornadas tenísticas con otros entrenadores y cuando he intervenido yo y he explicado lo que es más importante para mí, me he alejado de teorías más elaboradas y he manifestado lo que es verdaderamente determinante a mi modo de ver: hablar con el tenista. Saber qué decirle, cómo decírselo y cuándo decírselo.

En esta simple idea se puede sintetizar el contenido de este libro y la esencia de nuestro método. Esa persecución de principios tales como la sentencia de Solón, la responsabilidad, la capacidad de aguante, la objetividad, la exigencia y la mejora continua se han trabajado exclusivamente de una forma, en nuestro caso: con la palabra.

LO NORMAL Y LO CORRECTO

*«If you can meet with Triumph and Disaster
And treat those two impostors just the same.»*

RUDYARD KIPLING

Este extracto del poema *If* está inscrito sobre la puerta que conduce a los jugadores a la pista central del AELTC de Wimbledon.

Queda feo. Siempre ha sido así.

Verter alabanzas sobre alguien cercano, sobre un amigo o un familiar, es de mala educación. Así que espero no haber incurrido en ello en la escritura de este libro. No ha sido mi intención.

En distintas ocasiones he manifestado, y deseo volver a hacerlo aquí, que no considero a mi sobrino una persona especial. De hecho, tiendo a pensar que hay muy pocas personas especiales en este mundo. Y las que hay, pocas veces se encuentran entre las que cosechan lo que hoy en día se denomina éxito.

Especial, bajo mi punto de vista, sería una persona capaz de dedicar su vida, y anteponer sus propios intereses, al bienestar de los demás, personas que hacen de este mundo un mundo mejor.

Y estas personas no se consideran a sí mismos especiales. Lo sospecho.

Mi sobrino es especial para mí, claro está. Ya he explicado que, por razones evidentes, la relación que me une a Rafael sobrepasa incluso el lazo familiar. Es más estrecha que la que hay entre muchos tíos y sobrinos. Hemos compartido muchas ilusiones, preocupaciones, alegrías. Mi sobrino es especial para sus padres y familiares, para su novia, y lo será, en cierta medida, para sus amigos o conocidos.

Mi sobrino es especial cuando entra en una pista de tenis porque está entre los tenistas destacados de este país, e incluso del mundo. Mi sobrino es especial haciendo su deporte porque mueve a mucha gente que lo apoya y que quiere verlo jugar. Es especial cuando alguien que no lo conoce personalmente se alegra de uno de sus triunfos, o se entristece con su derrota. Es especial cuando llena estadios, cuando le piden autógrafos y quieren sacarse una foto con él.

Pero cuando Rafael Nadal sale de la pista de tenis es —y sobre todo se sabe tan, o tan poco, especial— como cualquiera de sus amigos. Él siente por sí mismo la misma consideración que pueda sentir hacia su propia persona su amigo que ha estudiado una carrera y que trabaja de informático, o como su amigo que ha heredado la carpintería familiar.

Yo nunca he logrado deducir qué extraño mecanismo puede llevar a una persona a sentirse especial por destacar haciendo una actividad. Aunque sí he llegado a una conclusión. Quien se siente especial por saber hacer una cosa bien, o incluso muy bien, tiene una condición que es incuestionable: es especialmente tonto.

¿Cuántas actividades hay en este mundo en las que uno puede ser bueno, en las que uno puede destacar? ¿Mil, dos mil, cuatro mil?

Destacar en una no es razón suficiente para sentirse especial.

Lo que acabo de explicar, el hecho de no reconocerse a sí mismo como alguien especial, es una característica de Rafael, y es que, me atrevo a mencionarlo, Rafael es humilde.

Durante mucho tiempo, cuando alguien me ha destacado precisamente esta virtud de mi sobrino, he expresado que yo no lo veía así.

«Tu sobrino es muy humilde. Por eso es un deportista querido.»

He sido muchas veces poco refinado contestando.

«Mi sobrino es admirado porque gana. Ésta es la pura verdad, el resto son adornos. Y, además, yo no creo que sea tan humilde. Veo que tiene un buen coche, veo que no vive nada mal...»

Y, sin embargo, con el tiempo y con mis imparables —aunque sencillísimas— reflexiones, he llegado a una conclusión que, poco extraño en mí, me ha llevado a contradecirme con lo que había expresado en otras ocasiones. La humildad de mi sobrino tiene poco que ver con los bienes materiales que posee. La humildad de Rafael o de cualquier otra persona con poder adquisitivo o con éxito puede ser intrínseca y no estar reñida con sus privilegiadas circunstancias y ésta también me parece deseable y válida.

Ian es un señor de Melbourne que debe de rondar, según mis deducciones, los setenta años. Está jubilado desde hace un tiempo y se dedica actualmente a disfrutar de una casita que tiene en las afueras de la ciudad y del huertecito, que cuida con esmero.

Desde hace cuatro o cinco años, Ian es el conductor que traslada a Rafael durante el torneo de Melbourne. Los tenistas mejor situados en el ranking tienen este privilegio en algunos torneos. Tienen un coche y un chófer a su disposición para moverse según sus necesidades: desde el hotel al club y viceversa, a cenar a un restaurante, incluso a visitar la ciudad.

Desde que Ian fue nuestro conductor por primera vez, mi sobrino ha manifestado año tras año su deseo de que sea él quien le acompañe, si sigue ofreciéndose para hacerlo y abandonar su huertecito durante dos semanas, claro.

Cada año, cuando llegamos a la ciudad australiana Rafael se alegra sinceramente de reencontrarse con Ian y le pregunta cómo está su mujer, qué tal le va todo. Ian no sólo conduce, sino que nos acompaña en cenas, comidas o excursiones, como uno más de nosotros.

En París pasa lo mismo, con Aurel. El chófer francés habla muy bien español y con él compartimos lo mismo que con Ian, ese reencuentro preferido, año tras año, durante las dos semanas y media que estamos allí. Aurel ha estado con nosotros desde los primeros años también. Ya es parte del grupo de París. Cuando vamos con él en el coche, charlamos, comentamos nuestros temas, así como los suyos: su temerosa afición, a nuestro entender, de volar en esos aparatitos como moscas —los ultraligeros— que se elevan del suelo de una manera incomprensible.

Rafael nunca deja vacía la parte delantera del coche. Sería una sensación rarísima

para él, amén de distante. Se sienta al lado del conductor, de Ian o de Aurel, porque si no es así, no pueden charlar cómodamente.

Y lo mismo pasa con Aude, una apreciada francesa que también habla español de forma perfecta y que esperamos encontrar cada año cuando vamos a París. Aude está siempre dispuesta a ayudarnos desde su puesto en el engranaje organizativo del Grand Slam.

Aude y Aurel han compartido con el equipo, los familiares, los patrocinadores y amigos esas cenas reconfortantes y divertidas que celebramos después de recoger el trofeo el domingo de la final.

Ésta es la verdadera humildad, de Rafael y de cualquier persona con o sin éxito profesional: ver a las personas, a todas las personas. Mi sobrino siente afecto, y así lo demuestra, por muchos de los que se han relacionado con él a lo largo de estos años. Sigue teniendo una relación estrecha con personas que llegaron a su vida a través de empresas con las que ha tenido relaciones contractuales. Una vez acabados los contratos, no logra despegarse de la gente que había detrás y, de hecho, no lo hace.

No pocas veces he leído como algunos periodistas destacaban la cordialidad, el respeto que demuestra hacia sus rivales en el circuito, hacia Murray, hacia Djokovic, hacia Federer. Esto no me parece destacable. Es lo que hace cualquier persona normal. No tiene ningún mérito.

¿Acaso no es así entre las personas que trabajan juntas en cualquier empresa, en cualquier sector?

El resto de tenistas del circuito son sus compañeros de trabajo. Coinciden en casi todos los torneos, semana tras semana, en el club, en el hotel, en los vestuarios y en la pista. Año tras año.

Yo no logro entender la actitud contraria, si se produce.

Yo no podría entender de ninguna de las maneras que Cristiano Ronaldo y Leo Messi no sintieran ese respeto mutuo que necesariamente ha de subyacer el trabajo de personas que persiguen los mismos objetivos, que luchan por lo mismo y que coinciden continuamente. ¿Cómo no vas a sentir empatía por tu igual?

Cuando esto ocurre, en cualquier ámbito, no lo puedo procesar. No lo alcanzo.

Sin embargo, algo de explicación tiene eso que dicen algunos corresponsales, los que son enviados a los distintos torneos a cubrir el evento.

Lo que pasa, y ellos lo han podido constatar, es que no siempre ocurre así.

Hay una tendencia peligrosamente equivocada a tener una consideración especial hacia los que triunfan.

A los que tienen éxito casi todo el mundo les sonrío y casi todo el mundo les ríe las gracias. Apenas les discuten nada, ni se les ven cosas feas. En ellos se justifican acciones que, de no ser famosos y exitosos, no tendrían ningún beneplácito.

Esto ocurre porque esta sociedad sobrevalora el éxito. Yo entiendo, y además comparto en cierta medida, las emociones que despiertan algunos espectáculos en la actualidad. Los que más lo hacen, creo, son el deporte y la música; pero esto no debería llevarnos a encumbrar tan gratuitamente a las personas que hacen posible todo

este montaje. Yo entiendo que el deporte despierta pasiones y que, además, aunque seas sólo un espectador, te sientes partícipe e incluso llegas a sentir que tú mismo eres el que ha ganado o el que ha perdido. A mí, sin ser un fanático, me ha pasado. Fuera de mi trayectoria profesional de entrenador, he disfrutado y disfruto el deporte, a veces me enaltece y he compartido con unos cuantos millones de personas la enorme alegría de ganar el Mundial de Fútbol en Sudáfrica, por poner un ejemplo. No solamente de cosas serias y solemnes vive el hombre. Por suerte tenemos el entretenimiento, las aficiones, las adhesiones ociosas que nos proporcionan emociones muy diversas y, en principio, nada perjudiciales. Pero, de ahí a ascender a los deportistas, cantantes, actores y actrices a la categoría de dioses hay un paso muy poco conveniente.

El éxito tiene esto, en la actualidad. Disfruta de un valor exaltado que no deberíamos haberle otorgado porque nubla muchos valores básicos y universales que no conviene perder de vista en una sociedad saludable.

Cuando mi sobrino era jovencito y empezaba a ser un tenista de éxito en el circuito, yo se lo recordaba continuamente, para prevenirlo. Ahora, por supuesto, ya no es necesario. A veces me decía: «Fulanito es muy simpático, me ha hecho mucho caso», o «qué educado, menganito, me ha dicho esto o aquello. Se ha interesado por mí».

«Rafael, con los que tenéis éxito es mucho más fácil ser educado y simpático. No puedes juzgar a las personas sólo por cómo te tratan a ti. Hay que juzgarlas por cómo tratan a todo el mundo.»

Yo creo que Rafael es cordial y educado con todo el mundo por igual. Creo haberlo comprobado desde hace muchos años. Por mucho que haya incrementado su popularidad y por muchos éxitos que haya cosechado, sigue tratando a todos con el mismo respeto: a sus adversarios, a los árbitros, al chófer, al patrocinador, al recogepelotas y al recepcionista del hotel, a la autoridad que se traslada a ver la final y al señor o la señora que le arregla la habitación. Pide las cosas con educación y, ante una negativa, no se queja. Jamás pide una mesa especial en un restaurante, ni suelta un exabrupto a un periodista o a un aficionado demasiado insistente, que los hay. Saluda cuando entra y se despide cuando sale. No le he visto incurrir en actuaciones caprichosas ni reclamar un trato de favor.

¿Significa esto que, al final del libro, estoy cediendo a la poco decorosa tentación de elogiar la cercanía y la naturalidad de mi sobrino? ¿Estoy ensalzando y lisonjeando sus cualidades de persona correcta y educada?

Rotundamente, no. No, en absoluto. Espero no confundir al lector.

Lo que hace Rafael es lo que hace cualquier persona con una educación correcta y con una formación mínimamente deseable.

Lo que debería sorprendernos es la actitud contraria porque esto sí que debería considerarse una anormalidad.

Tampoco ha sido mi intención presumir de su humildad simplemente porque siente apego hacia las personas que se han ido incorporando a su vida. Cuando ocurre

lo contrario es porque hay una deformación, una desviación de lo que debería ser natural y apetecible.

Lo que debería sorprendernos es la actitud contraria. Lo que debería desconcertarnos es el extraño engranaje que lleva a una persona a tener una percepción tan encumbrada de sí misma.

Una vez quise informarme sobre un tenista destacado del circuito con el que yo no había coincidido mucho y sobre quien, por lo tanto, no tenía una opinión formada.

«¿Qué tal es, fulanito?»

«Es buen tío. —Y después, quien me lo contaba añadió—: Saluda.»

«¿Saluda? —pregunté yo con auténtico asombro—, ¿y esto es ser buen tío? ¿Sólo porque saluda?»

Esto es lo que ocurre, en ocasiones, alrededor de los que triunfan. Reciben continuamente una información equivocada de sí mismos, una vez y otra, hasta llegar al punto de que se creen que cuando hacen lo que haría cualquier persona con una educación básica, por no decir exigua, se ven y los ven como unos tíos estupendos.

Yo me quejo y protesto ante los ejemplos que vemos con frecuencia de personas que, debido a su éxito profesional, se sienten con derecho a hacer cualquier cosa y a las que todo se les tiene que consentir.

Yo me rebelo —de forma íntima— ante la mala educación, ante la altivez y ante las actitudes distantes. Me influye poco quien sea que lo hace; me llama negativamente la atención una persona que actúa con la nariz levantada por ser un mandatario, un alto ejecutivo, el dueño de un imperio o un deportista de élite.

Pues efectivamente, a este punto hemos llegado. Dentro del mundo de deportistas de éxito en el que nos movemos no todos saludan. Hay personajes, y hay ejemplos diarios de que pasa lo mismo en muchos otros ámbitos, que se sienten especiales por el hecho de triunfar y que pueden llegar a creerse con derecho a una impunidad universal. Hay personajes que se creen, de verdad, especiales por pasar una bola por encima de una red, por marcar goles, por gestionar elevados presupuestos, por cantar sobre un escenario, por dirigir a un grupo de personas. Y, en cambio, esta misma estrechez de miras es la que les lleva a creer que quien les sirve el desayuno, quien les pone un vendaje, quien los traslada de un sitio a otro, quien les cura unas anginas, es menos importante que ellos.

Así pues, cuando manifiesto que mi sobrino no se siente especial y que es humilde intrínsecamente, que es educado como cualquier persona normal, lo único que destaco, en todo caso y como mucho, es que es normal en un mundo en el que no todos consiguen serlo.

A mí, como entrenador y como tío, lo que me ha preocupado siempre ha sido buscar el camino más fácil para lograr los objetivos profesionales, pero también y no de forma menos importante que la gente percibiera a mi sobrino como una persona correcta y educada.

No me hubiera gustado para nada ver en él actitudes chulescas o altivas. Hubiera lamentado mucho verle envanecerse, pavonearse o presumir de sus logros. El máximo

deseo para un familiar es que la gente tenga en buena consideración a la persona y no sólo admire al tenista.

Claro que me importa su palmarés. Claro que hemos perseguido con gran ambición un reto detrás de otro. No pretendo engalanar una personalidad normal y convertirla en excelente. Mi sobrino no es extraordinario. Simplemente es una persona que tiene una visión objetiva y creo que correcta de sí misma y de lo que ha logrado profesionalmente. Mi sobrino se ha encontrado con la victoria y con la derrota y ha sabido tratar a esos dos impostores de la misma manera. Eso es todo.

Cuando un chico joven empieza a destacar haciendo algo, sucede a veces que quienes lo educan entienden que ya deja de ser necesario seguir haciéndolo. Se confunde su madurez practicando un deporte, por poner nuestro ejemplo, con la madurez personal, que muy difícilmente está desarrollada a edades tan prematuras. Entonces sufren una carencia de lo que más necesitan en ese momento: un correcto análisis de lo que les está pasando y, sobre todo, objetividad hacia lo que es su persona.

Cuando el éxito profesional llegó a la vida de mi sobrino, él tenía solamente diecisiete años. En ese momento, un mundo nuevo se abrió ante sus ojos. Empezó a vivir una vida que no se correspondía con la vida normal de un chico de su edad. Empezamos a viajar a ciudades importantes del mundo, a hospedarnos en hoteles caros. Empezó a ganar bastante dinero y a tener que sobrellevar una agenda que le imponía unas obligaciones propias de un adulto.

Todo esto puede confundir y, de hecho, confunde a muchas personas que no disfrutaban en su caso del apoyo necesario para sobrellevar todo esto con normalidad. Este apoyo consiste básicamente en algo muy sencillo: que te recuerden que tú no has cambiado, que eres el mismo de siempre. Lo que han cambiado son las circunstancias. Y lo máximo que debería extraer el que las disfruta es un profundo agradecimiento a la vida.

Esta confusión, por suerte, quiero creer que no le ha pasado a mi sobrino. Ha tenido un buen respaldo en este sentido, tanto en su casa como en el ambiente familiar en general.

Hace unos años participé en un simposio sobre tenis en Biela, una bonita población en el norte de Italia, y, entre otras dificultades, un entrenador italiano comentó lo siguiente: «El problema es que si tú le preguntas a un padre si prefiere que su hijo gane Roland Garros o que sea un chico educado, muchos de ellos elegirán que gane Roland Garros». En este momento yo intervine y contesté lo siguiente: «Bajo mi punto de vista, la pregunta no está bien formulada. Parte de una premisa equivocada». Yo pienso que es más fácil que un chaval gane Roland Garros si ha recibido una buena educación que si la ha recibido mala.

Evidentemente, no es una regla que se cumpla sin excepciones. No siempre pasa así. Como ya he dicho, coincidimos con tenistas, algunos, que hablan mal a sus entrenadores, que desprecian a mucha gente de la que tienen alrededor y, sin embargo, logran disfrutar de una posición elevada dentro de su ámbito. Ocurre en muchos sitios,

no me cabe la menor duda.

De todas formas, tengo la tendencia a pensar que es mucho más fácil que las cosas te vayan bien si eres correcto y educado. Es que si no lo eres, te estás poniendo dificultades a ti mismo. Es muy fácil de entender. Sólo hay que buscar ejemplos sencillos, cotidianos y hacer analogías. Cualquier niño que va al colegio y es bueno y educado conseguirá de forma absolutamente natural que el maestro quiera ayudarle en su formación. En cambio, ante un niño mal educado, contestón e irreverente, un buen maestro hará todo lo que le corresponde pero difícilmente tendrá ganas de ayudarle más de lo preceptivo. Pues simplemente se trata de eso, de trasladarlo a cualquier otro ámbito y sacar las conclusiones pertinentes.

Yo no creo que sea necesario ser altivo, distante, ni pisar a nadie para triunfar. Más bien al contrario. Esa forma de ser de mi sobrino, su normalidad, pienso que es una de las características que le han facilitado el camino. Él no se ha puesto zancadillas a sí mismo. Ha seguido el camino más fácil, el de la corrección y el que le iba a dar satisfacción.

Y lo que ha dado satisfacción a mi sobrino, me la ha dado a mí también, amén de un buen agradecimiento.

Me satisface que mi sobrino haya alcanzado algunas de las metas de ese sueño que un día decidimos perseguir. Pero esto, por sí solo, no me agradaría si no se hubiera conseguido con las premisas y principios en los que hemos creído desde el principio: el esfuerzo y la constancia, la ilusión, la superación, la responsabilidad y, sobre todo, la corrección.



En el marco del congreso LQDVI. Aquí estamos mi sobrino y yo con su fundadora, María Franco y con Pablo Pineda, Nando Parrado y Pedro García Aguado.



© BIPR/ Benito Pérez-Barbadillo

Despidiéndonos del torneo de Melbourne y de nuestro amigo Ian, el chófer que lleva a Rafa cada año. De izquierda a derecha, Sebastián, Rafel Maymó, Carlos Costa, Angel Ruiz-Cotorro, Ian, Rafael, yo, Tuts y Benito.



© Rafel Maymó

Momento de un entrenamiento de Rafael con Francis Roig durante el torneo de Queens.



© Rafel Maymó

Carlos Moyà y mi sobrino en la actualidad en un descanso de un entrenamiento en Manacor.



© Rafel Maymó

Aquí estamos en un descanso de un entrenamiento en Es Centre en Manacor, hablando sobre el trabajo en la pista.



© Rafael Maymó

Esperando turno en Wimbledon para empezar nuestra sesión de entrenamiento.



© Rafael Maymó

Entrenando en Es Centre en Manacor.



© BIPR/ Benito Pérez-Barbadillo

Imagen del box durante el torneo de Madrid en compañía de Carlos Moyà. Rafael en primer plano, jugando su partido.



© JM Vives

Mis dos hijos, buenos aficionados al tenis y grandes admiradores de su primo.



© Rafel Maymó

Vigilando el saque desde otro ángulo.



© JM Vives

Con mi sobrino y el trofeo de Roland Garros 2014.



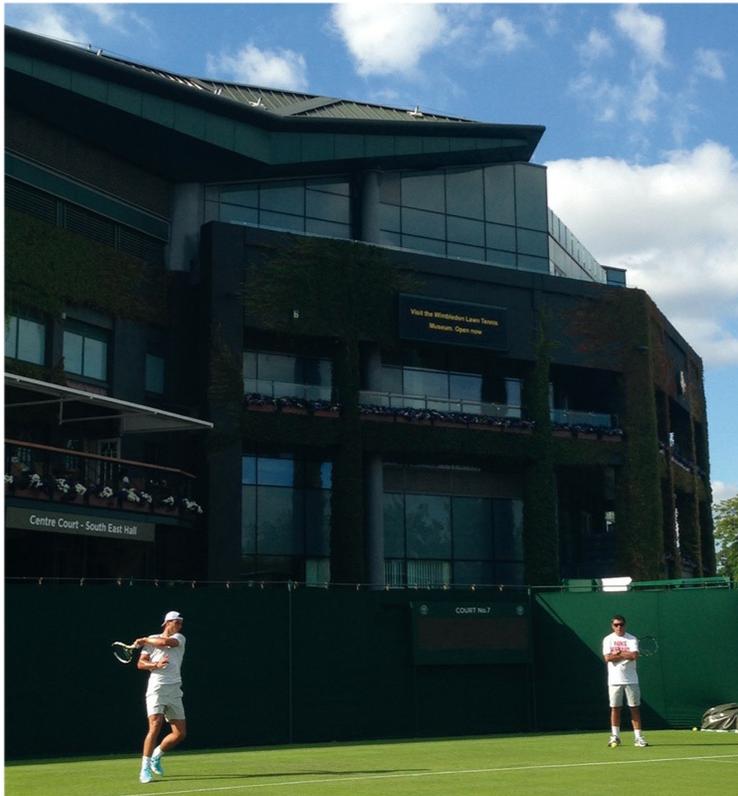
© JM Vives

Foto familiar con el trofeo, mis cuatro hermanos y yo con nuestro sobrino. De izquierda a derecha Miguel Ángel, yo, Rafael, Marilén Sebastián y Rafael.



© JM Vives

Feliz imagen del equipo con mi sobrino después de ganar Roland Garros 2014. De izquierda a derecha, yo, Francis Roig, Rafel Maymó, Tuts, Rafael, Sebastián y Benito.



© Rafel Maymó

Entrenando a los pies de la emblemática pista central de Wimbledon.



© B1PR/ Benito Pérez-Barbadillo

Primer plano del box, aún a medias, momentos antes de empezar un partido en Roland Garros. De izquierda a derecha, Benito, Rafael, Carlos y yo.



© Rafel Maymó

Entrenando el saque en Es Centre, Manacor.



© JM Vives

Con mi hija en el torneo de Wimbledon.

Todo se puede entrenar
Toni Nadal Homar

© del diseño de la portada, microbiogentleman.com, 2015
© de la imagen de la portada, Corinne Dubreuil
© Toni Nadal Homar, c/o Thinking Heads, 2015
© Centro Libros PAF, S. L. U., 2015

Primera edición en libro electrónico: abril de 2015
ISBN: 978-84-16253-26-5